This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Spec 5932, 19.37

Harvard College
Library

FROM THE FUND OF

HARRIET J. G. DENNY

OF BOSTON

Spec 5932, 19.37

Harvard College
Library

FROM THE FUND OF

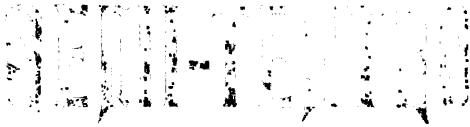
HARRIET J. G. DENNY

OF BOSTON

Bro

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

Madrid, 1895.



LA SEÑORA BARONESA

LOS VENCIDOS

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

Spec 5932, 19.37

Harvard College
Library

FROM THE FUND OF

HARRIET J. G. DENNY

OF BOSTON

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

Madrid, 1895.

REPERTORIO

LA SEÑORA BARONESA

LOS VENCIDOS

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE SAN JERÓNIMO,

0-2-10 Pg.

SEMI-TEATRO

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de J. Rodriguez, Atocha, 100, princi

Luis Ruiz y Contreras

SEMI-TEATRO

LOS VENCIDOS

LA SEÑORA BARONESA

MADRID

1895

HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY

Denny fund
Sfran 59/32, 19, 37

Á mi pequeño Luis.

PRÓLOGO

I

Al fin me decido á presentar en la estéril arena de nuestra empobrecida literatura, mis obras dramáticas, formando colección y con un título que revela desde luego su modestia.

Pero, ante todo, y creyendo imprescindible necesidad en estos casos, cubrirse y defenderse con todo género de armas, diré, para que los que lo ignoran ó lo dudan, lo aprendan, que soy AUTOR DRAMÁTICO SERIO, y llevo mis títulos refrendados y contrastados en un teatro de *primer orden,* por los aplausos de un público numerosísimo y selecto, y en la prensa de la segunda capital española, por escritores muy leídos y respetados.

más (y por si representa mérito alguno lo
fuí *traducido* y hasta *expoliado;* y sepan
que mi traductor no ha sido un cualquie-
grande hombre, un sabio insigne, un

crítico exigente y afrancesado, el filósofo de *La mort et le diable*, notable obra que mereció un prólogo y decididas alabanzas del eximio Littré.

Hace tres años, en un opúsculo que se rotula: EN DEFENSA PROPIA: *libelo que pudiera servir de prólogo á* LOS SENYORS DE PAPER, sometí al juicio del público un caso de bárbara expoliación artística; y no tuve que arrepentirme de mi obra, pues me proporcionó un resultado que colmaba y rebasaba mis deseos. De aquel opúsculo documentado en forma, con párrafos terminantes de algunas cartas de Pompeyo Gener y fragmentos de varios artículos publicados por *El Diario de Barcelona, La Publicidad, La Renaixensa, La Vanguardia, El Noticiero, La Dinastía,* etc., resultaban indudablemente demostradas las deducciones que á continuación expreso:

Los dos primeros actos de una obra estrenada en Barcelona (Teatro de Novedades) con el rótulo de *Los senyors de paper*, por los cómicos ordinarios del genial dramaturgo D. Angel Guimerá, eran traducción *ad pedem litere* (¡Dios mío! ¡yo en latín!) de los dos primeros actos de *Los Vencidos;*

la conclusión de *Los senyors de paper*, distinta en absoluto de la de *Los Vencidos*, era obra

exclusiva y original de mi traductor D. Pompeyo Gener;

los dos primeros actos de *Los senyors de paper*, fueron muy aplaudidos y alcanzaron en la prensa calurosas alabanzas;

la conclusión de *Los senyors de paper* hizo fiasco en el teatro y mereció las censuras de la crítica.

Probar esto hubiera sido una felonía, si antes del estreno mi amigo Gener no hubiese tratado de probar:

que la obra era suya en absoluto y que yo había tomado en su *confección escénica* una parte ínfima y casi nula.

Repasemos algunos datos.

De las cartas de Gener:

Burdeos, 23 Septiembre del 91.—«He recibido á su tiempo, en Barcelona, donde pasé dos semanas, *su drama de usted*, que tengo conmigo para arreglarlo al catalán. Hablé con Federico Soler (del Teatro Romea) y con Tutau (del de Novedades), y ambos me prometieron ponerlo en escena si se lo entregaba, pero me dijeron que tenían obras hasta Navidad, y que *la de usted* sólo podría ir en Febrero próximo.»

. . . . . .

· de Octubre —«He leído el drama, pasando dos
noches en ello. He arreglado ya el primer acto; el
creo que lo tendré listo dentro de poco. En cuan-
la cosa ya cambia. Creo que tendremos que

darle otra solución. Hay dos ó tres cosas que se han de modificar, pues no resultan; pero el final, tal cual usted lo ha concebido, es real y positivo, y lo que lógicamente había de pasar, dado el carácter despreocupado de Julio. Pero yo, que conozco mi país, digo: ¿Habrá medio de que el público lo trague?»

.....

París, 8 Diciembre del 91.—«He concluído ya el arreglo de *Los Vencidos*. Sólo falta ahora el final, que es lo que me tiene mohino.

»*El único que cabe lógicamente es el de usted;* pero, ¿nos lo querrán representar? Tutau—de Novedades,—me dijo que sí; pero que antes quería el permiso de los empresarios.

»Espero regresar á Barcelona en Enero, y allí arreglaré eso, y lo entregaré para que se represente en Marzo.

»Creo que quedará como una obra clásica de la literatura española. El tipo de Julio resultará tan relevante como cualquiera de los de Shakespeare; y el éxito—yo se lo aseguro,—será *un éxito estrepitoso y discutido, pues hay latigazos que levantarán ampollas á la gente del dinero.*»

De la prensa de Barcelona.

La Publicidad del día 7 de Marzo, daba la siguiente noticia:

«Nuestro estimado amigo, el conocido escritor D. Pompeyo Gener, ha entregado á la empresa del Teatro de Novedades un drama catalán, del género realista, titu
senyors de paper.

«*Dicho drama es un arreglo á nuestro idioma, a*
francés, original del mismo Sr. Gener: «Les gros joue
que debía estrenar la eminente Sarah Bernard, y

treno demoró con motivo de su reciente viaje á América

»*El arreglo* lo ha hecho Pompeyo Gener *con la colaboración* del distinguido redactor de *El Resumen*, Sr. Ruiz Contreras.»

La Publicidad, el día 29 de Marzo, daba cuenta de un suceso en esta forma:

«El conocido escritor D. Pompeyo Gener, reunió ayer á varios artistas y literatos, dando lectura de *su obra dramática*, próxima á estrenarse, *Los senyors de paper*.

»En dicha reunión, se acordó calificar esta nueva producción de verdadera obra de singular mérito artístico, ya por la sana y nueva tendencia de la misma, ya por su factura literaria hermosísima y de buena ley.

»Aunque la obra *Los senyors de paper*, sea esencialmente española, como factura, pertenece á la escuela modernísima francesa; toda ella es de observación, y de observación exacta. . El protagonista es un tipo real, completamente nuevo en la escena... El fin es altamente moral, pues consiste en *condenar el juego de la Bolsa, y á los que, siendo meros jugadores, pasan por hombres de negocios y profundos pensadores en cuestiones de Hacienda.*

»Dentro de breves dias, D. Pompeyo Gener dará una lectura pública de *su obra* en el Círculo Artístico.»

Después del estreno.

De *La Vanguardia:*

.....

-gundo acto es donde están las escenas culminantes Las que desarrollan D. Francisco, (D. Justo) y su te y su hermana, y las finales. las de la catástrofe, so-recitadas, verdaderamente dramáticas, son de las

que no se olvidan fácilmente y contrastan con las del tercer acto, las de *aquella* «debacle» *infundada*...

.....

De *La Dinastía:*

.....

«*Los senyors de paper* tiene dos actos muy interesantes...

»*El tercero fue recibido con muestras de desagrado,* y *lo peor es que el público tuvo sobrada razón para no aceptar esta parte de la obra, pues en verdad, estuvieron desgraciados al trazarla* sus autores...

.....

De *El Noticiero:*

.....

«La trama en que está basada la obra se desarrolla con bastante acierto en los dos primeros actos, que tienen escenas notables y vigorosamente trazadas. *El tercer acto decae bastante, comparado con los anteriores*, especialmente con el segundo.

»La obra es de un género completamente nuevo en el Teatro Catalán.»

.....

De *La Publicidad:*

.....

«*Los accidentes del acto segundo, en que se ve amenazando derrumbarse la riqueza del especulador, van ocurriendo en escenas muy bien hechas y ligadas con la difícil facilidad que poseen los autores dramáticos de veras...*

»Sea como fuere, *Los senyors de paper* es una obra notable que se sale de la vulgaridad; bien al contrario, es valiente y

busca la lucha contra muchas preocupaciones y convencionalismos.»

.....

Del *Diario de Barcelona:*

.....

«Que los autores *no son mancos,* lo proclaman algunas escenas dialogadas con destreza, al modo francés, y algunos varapalos...

»...Reduciendo el drama á los dos actos primeros, hubiera tenido compostura en el concepto meramente literario; pues *cayó por el tercero, deslabazado* y *lánguido...*»

.....

De *La Vanguardia* (en un segundo artículo):

.....

«El drama es curiosísimo: revela un afán innovador, no siempre discreto, y un odio profundo á la preponderancia del capital, no siempre justo. Es un eco bastante acentuado de las quejas que motiva el presente estado social. El mundo no es, en rigor, tal como allá aparece pintado, pero da motivos bastantes para que los espíritus fuertes é independientes lo pinten de tal manera y lo fustiguen implacables y sin compasión.»

.....

«Dejando á salvo casi todo *el acto segundo,* que es sin [illegible] el mejor de la obra, y *uno de los más nutridos del* [illegible]*ntaldn...*»

.....

[illegible]*naixensa* ofreció el argumento de la obra, [illegible] de hablarnos «del interés que había por

presenciar el debut del Sr. Gener en el teatro», y haciendo las observaciones que á continuación traduzco.

Después del acto primero:

«Acaba el acto, que es estrepitosamente aplaudido. Hay que advertir que *Los senyors de paper* son muy *espontáneos*, que dicen verdaderas humoradas, *aunque Dionis peca algunas veces de un socialismo de sobra inoportuno...*»

(Tengo una carta de Gener, que dice:

«...*Y como yo le pongo algunos toques socialistas...*»)

Al terminar el segundo:

«Este final es de muy buen efecto, y todo el acto interesante y movido.

»...Después de este acto, *el autor* fué llamado varias veces al palco escénico.»

Después del tercero:

«...Con esto acaba el acto, que seguramente es el más flojo del drama, á pesar de contener escenas vigorosas. Los autores son llamados algunas veces á escena, pero no comparecen.»

Todo lo que acabo de probar, no serviría de nada si muchos de mis lectores creyesen, como un bondadoso amigo mío, autor ilustre y empresario de inconstante y varia fortuna, que un como el de los dos primeros actos de mis I *dos* en un teatro como el de Novedades er celona, poco y acaso nada justifica.

¡Oh! Con cuánto afán y lisonja nos protejemos á *farolazos* los más *dulces*, y con cuánta suavidad procuramos todos atender constantemente aquel precepto humano que dice... *y al prójimo contra una esquina!*

.....

El teatro envejece más de prisa que las demás artes, porque no sale de sus convencionalismos, y los aplica, no sólo á las necesidades y conveniencias del escenario, sino también á todo lo exterior que con el teatro se relaciona.

Hemos aceptado, por ejemplo, que hacer una obra para el teatro es ocurrencia ridícula, y si la obra pretende campar en algún horizonte nuevo, entonces la ridiculez sube de punto y raya en locura. Todo el mundo se permite, *á priori*, condenar las imaginaciones del dramaturgo inédito, y nadie soporta la más ligera lectura de un manuscrito.

Cada uno de los directores de compañías tiene su manera especial de *librarse* y huir de los *desheredados*. Vico recoge cuantos originales van á [illegible]rle y los *encierra* en una vitrina, donde acar[illegible]rmen las esperanzas de algún poeta, entre [illegible]aginaciones ridículas de cien pobres diablos; [illegible]señala hora y sufre la *impertinente* lectura,

pero tiene la facilidad—alabada en distintas ocasiones por uno de sus biógrafos,—de abstraerse de tal modo con sus pensamientos, que no entiende ni atiende hasta que termina la obra; y Palencia no se duerme leyendo, pero lee durmiendo, y tampoco llega jamás á enterarse.

Así ha podido suceder que Feliú y Codina se viese precisado á estrenar su *Dolores* en Barcelona, después de verla rechazado por los teatros de Madrid; y *La Dolores* ha vuelto y ha triunfado contra todas las indiferencias.

Mayor calamidad es imposible concebirla, porque *La Dolores* no era un aborto de nuevas teorías, sino un drama puramente castellano y popular. Pero, ni eso distinguen y aprecian los jueces *irrevocables* de nuestra literatura dramática.

El teatro está reducido en España, como en parte alguna ocurre, á un pequeño negocio sin imposiciones de ninguna especie. El Estado no lo suvenciona, la Prensa lo desatiende, los actores no lo cultivan y el público sólo busca en él pasatiempos fugaces. Hace muchos años que no ha pisado la escena un autor novel, que merezca llamarse poeta ni dramaturgo, y los pocos intentos que se hayan realizado, no se deben al *interés* de los cómicos y directores por hallar *gente nueva,* si no á

las imposiciones del poder manifestado en varias formas, por concejales, periodistas famosos y personajes políticos. No se ha dado, *una sola vez*, el caso de *subir* á la escena una obra, por su pie, ó sobre la cabeza de un actor, que por noble impulso de adivinación artística descubriera en cualquier manuscrito preciadas bellezas. En cambio, todas las que tuvieron fácil entrada, mostraron su estéril naturaleza, ó su ruín espíritu, al asomarse por la boca del escenario; porque para los hombres que aspiran á grandes, pueden ser de importancia las imposiciones de los poderosos; pero al público en el teatro no se le impone más que un genio que le fascine ó un bufón que le divierta.

Esforcéme *probando* que una obra mía se asomó audazmente á las candilejas, para recibir (sin merecerlas acaso) las alabanzas del público y las felicitaciones de la prensa. Las dos obras que hoy publico, han estado *también* aceptadas en dos teatros importantísimos de Madrid; lo cual no prueba otra cosa (y es bastante) si no que tuve fuerza suficiente para subir media cuesta del calvario. Para la [illegible]nitad se necesita cirineo, y nunca dispuse yo [illegible]yudas ni conozco á nadie que pueda prestár[illegible]s. Durante mi campaña de crítico teatral, pu[illegible]nseguir *imponerme* como cualquiera otro,

pero mi delicadeza exagerada no me permitió aprovecharme de aquella *oportunidad;* y después, todo era más difícil para mí. Había dicho demasiadas verdades, hecho demasiados favores y demostrado con sobrada independencia mi carácter *indómito,* para que me quedaran complacientes y complacidas amistades.

No me hago ilusión alguna, porque repetidos ejemplos me demuestran que los inconvenientes con que hoy tropiezo, ni se crearon para mí, ni se presentan por última vez á quien se halle, por su fortuna, en condiciones análogas á las mías.

Por el mundo corren impresas dos obras de Gaspar *(El Problema* y *Amor y arte),* al frente de las cuales depositó sus amarguras el dramaturgo, en párrafos como este que copio:

«Las dos obras que hoy me permito recomendar á la aten-
»ción de los lectores, forman parte de la media docena bien
»contada que en el transcurso de cuatro años he producido,
»sin conseguir que su representación tenga efecto. Condi-
»ción humana es equivocarse, y no ha de ser el autor dra-
»mático el que la eluda; muy por el contrario, nadie como
»él está sujeto á tal contingencia, pues pocos hay capaces de
»contar sus obras por sus triunfos. Pero cuando se [illegible]
»consecutivas llama uno á las puertas del templo [illegible]
»(al que el favor del público y la benevolencia de la [illegible]
»le habían dado acceso) y las encuentra cerradas, pre[illegible]
»hace deducir de ello la dolorosa consecuencia d[illegible]

»que en otros es achaque pasajero, en él ya degenera en »afección crónica; que el error contínuo bien merece lla»marse ineptitud.»

Es de advertir que dichas obras fueron publicadas en 1881, después de cuya fecha D. Enrique Gaspar supo reverdecer sus laureles de *La Levita* y *Las Circunstancias*, con *Lola*, *Huelga de hijos*, *Las personas decentes*, etc.

No falta quien asegura, fundándose tal vez en este caso y algún otro parecido, que para escribir obras dramáticas hácense indispensables el ambiente y la vida social de Madrid; pero esta razón carece de fundamento en absoluto.

Más lógico sería suponer que para ver sus obras representadas, autores buenos y malos, necesitan arrimar de cerca el hombro y defender su puesto á brazo partido en las contadurías y saloncillos, á los cuales acuden tantos golosos, tantos necesitados y tantos acaparadores.

II

ıal de que adolece nuestra escena dramáti-
c acentúa más cada vez, y su curación va
s poco menos que imposible.
-eformadores, todos aquellos que preten-

den ofrecernos en el teatro un *interés* cualquiera, distinto del *juego escénico* vulgar con personajes de cartón que hacen del drama una sentimental mentira y de la comedia una basta caricatura, no traen solución, pero abren el camino á los que puedan hallarla un día, preparando al público, haciéndole más atento, acostumbrándole á oir y á juzgar, prescindiendo casi en absoluto del bastardo interés que le atrae y seduce, porque fortalece sus aprensiones y sirve humildemente sus instintos.

Ignoro si Galdós consolidará con el tiempo su teatro, pero de todos modos, han de palparse las conveniencias resultantes de su obra. Sustituir á las exageraciones del honor que acarrean la venganza, y á los méritos de la fe religiosa, *materialmente premiados*, que nos conduce al más torpe fanatismo, la sublime piedad, siempre redentora y siempre santa, es volver la corriente á su cauce y apartar del peligro á los que, ciegos, en él se complacen.

Jean Jullien ha dicho en el prólogo de su *Theatre Vivant:*

«Avant tout, ce q'il convient de chercher á modifier c'est »d'abord le goût du public, trompé par les speculations de »certains directeurs et par la routine des comediens; en»suite, les conditions qui font d'un ecrivain quelconque,

»soit un auteur, soit un critique dramatique. Personne n'a »plus l'air de se douter que le théâtre es un art au meme »titre que la peinture, la sculpture et la musique; pour les »directeurs c'ert une industrie, pour les acteurs un metier »et pour les auteurs, qui acceptent le principe de l'offre selon »la demande, c'est du pur comerce. Pour quoi s'etonner »alors que le public n'aille plus au théâtre que par mode et »qu'il se désinteresse de plus en plus des effortts artistiques »faits sur la scene?»

«On surprendrait bien des gent en leur disant, lors qu'ils »s'engouffrent sous les portes du Palais de l'Industrie ou »du Cham de Mars pour admirer les œuvres des salons, que »les jouissances esthétiques qu'ils viennent chercher lá, et »celles qu'ils seraient en droit d'exiger du théâtre, sont de »meme ordre. Ils se recrieraient: «Nous allons au théâtre »pour nous amuser, ici, nous venous admirer des œuvres »d'art! Ici, c'est l'interprétation harmonieuse de la pensée »ou de la nature, par la ligne ou la couleur qui nous char»me; tandis que votre théâtre ne fait que de la declamation, »de la caricature ou du grotesque!»

¡Declamatorio y caricaturesco; siempre fuera del arte! Así lo meditan los autores, así lo admiten las empresas, así lo presentan los cómicos y así lo desea el público.

el teatro sigue *interesando* y sigue también
endo más y más.

autores no saben cómo decir una vez lo que
n mil veces; los cómicos dan á su *personali-*
importancia de que los personajes carecen

y los hombres ilustrados, los que sienten por el arte anhelos infinitos, lo buscan en la música y huyen del teatro declamatorio.

La pobreza de recursos, en todo resalta; la más ínfima novedad, se repite ansiosamente; y el éxito, se busca de cerca, se acorrala entre las convenciones ya establecidas.

En tales condiciones, el teatro es un siervo de la sociedad, y como siervo recibe sus desprecios. No alienta sus nobles ambiciones, y se complace alabando sus perfidias y siendo acicate de su trivialidad. Ya he dicho que Galdós ha iniciado en sus ensayos una corriente salvadora. Orozco, demasiado metafísico; Pepet, y la Duquesa de San Quintín, algo simbólicos, y sobre todos Paternoy, el más *real* de todos, vinieron á ser en el teatro los fundadores de una raza noble, de una familia honrada, que dará sin duda numerosa descendencia, porque lleva infiltrada en su sangre un espíritu generoso de piedad humana, reflejo de la inagotable clemencia divina.

.....

Yo, impotente y desconocido, me propuse muchos años tamaña empresa. Mis dos prim ensayos me revelaron un camino en esta d ción. Después de abrasar mi pensamiento con

gas y repetidas lecturas del teatro antiguo español, de aprender de memoria los dramas de Hartzenbuch, García Gutiérrez y Zorrilla, y desentrañar hasta el fondo las creaciones románticas del gran Echegaray, escribí una leyenda en un acto, un drama en tres, y entonces advertí que sobre todas mis imitaciones de sectario convencido, aparecía en mis asuntos un sentimiento, con el que yo no conté y que tan lejos creía de mis *convicciones:* la piedad, verdadera y profunda, la que brota inconsciente del corazón humano, la que perdona sin orgullo, la que se muestra por ley absoluta de la vida, no por imposiciones de la voluntad.

Así nacieron con el tiempo mis personajes de *La señora baronesa* y de *Los Vencidos,* en esa atmósfera tibia y piadosa que hace de Julio (el protagonista de *Los Vencidos)* un sér que, sin salirse un momento de la realidad, resulta *inverosímil,* como el Paternoy de Galdós.

Pero hácia el año de 1884, cuando escribía yo las dos obras citadas, proyectando las que no me permitió acabar el desaliento que debí á repetidas *ferencias,* preocupándome siempre de la in- ón fundamental ó doctrinaria, traté de acre- *realidad* en mis obras, atendiendo al *medio* absoluto abandonado por los dramaturgos,

cuidadosos de la *trama* y cuando más del carácter aislado.

En la mayor parte de las comedias, el *medio* es puramente caprichoso ó accidental. Si conviene que un personaje se cuele saltando una tapia, se coloca la escena en un jardín, forzando muchas veces otros accidentes. Para los desafíos, colócanse armas donde se necesiten, aunque no fuese aquel su punto; balcones y puertas y pasillos y escaleras, los hay siempre donde hacen falta, y vuélvase loco el que pretenda construir una casa tomando por base las acotaciones de una comedia. Pues bien; yo me propuse que mis personajes *reales* habitasen un mundo *real,* y que, por consiguiente, cuanto los rodeara, contribuyera en su carácter, en los acontecimientos de su vida.

Esto será mejor ó peor, y más ó menos importante y nueva mi teoría, pero, de todos modos, creo atendibles cuantos esfuerzos hice para patentizarla en estas obras, que si no son seculares creaciones de un genio poderoso, tampoco se ofrecen tan estériles y faltas de literatura y arte, como la mayoría de las *confeccionadas* al uso, para
sión y entretenimiento de muchedumbres l
zanas ó perezosas.

No aspiro á *reformar* el arte con mi an

del *medio* al teatro, ni á *convertir* á los canallas con mis exaltaciones de piedad; pero sí tengo confianza en que *alguno* (cuando se hayan impuesto en el teatro ideas y procedimientos análogos á los míos, ya que no los míos propios) en lo porvenir me recuerde y hasta dé por buenas mis intenciones.

Con esta esperanza publico mis obras, y para que no se vea en mi resolución rastro de inmodestia, las rotulo con este modestísimo nombre: *Semi-teatro*, comenzando así por confesar en la portada que, á pesar de la firmeza de mi convicción, desconfío de mi trabajo, y hasta que soplen vientos más favorables, *apenas me llamo Pedro.*

Madrid, Diciembre del 94.

LOS VENCIDOS

COMEDIA MODERNA

EN TRES ACTOS

LOS VENCIDOS

COMEDIA MODERNA

EN TRES ACTOS

Lugar de la escena del acto 3.°

Habitación del hotel viejo. En el fondo, puerta vidriera que da salida á un pequeño vestíbulo de hierro y cristal desde el cual se baja al jardín; á uno y otro lado de la puerta, grandes ventanales de hierro y cristales sin maderas, que parten del suelo y llegan hasta el dintel de la puerta. A través de los cristales se ve el jardín, frondoso y florido, cuyo suelo se supone metro y medio más bajo que el piso del hotel. A la izquierda puerta que da paso á las habitaciones de Fernando y Carolina. A la derecha, primer término, la que conduce al despacho de Julio; en segundo término, la que comunica con las demás dependencias de la casa. Mesa en el centro, llena de libros y periódicos. En el fondo, á uno y otro lado de la puerta, rozando con los ventanales dos anchos y mullidos divanes, provistos de cómodos almohadones. Sillas de rejilla, sobre una de las cuales, á la izquierda, habrá un tapiz doblado.

Observaciones.

Entiéndase por derecha é izquierda las del acto

La escena tiene lugar en Madrid.

Epoca: contemporánea.

Desde el primer acto al segundo, transcurrierc tres meses.

Desde el segundo al tercero quince días.

El primer acto, principió á la una de la tard del mes de Febrero.

El segundo á las tres de la tarde.

Y el tercero á las cinco de la tarde.

Personajes.

CAROLINA (Hija de Justo).....	21 años.
NIEVES (Hija de Mercedes).....	19
MERCEDES.....	50
PURA.....	28
JULIO.....	25
FERNANDO (Hijo de Justo).....	23
ENRIQUE.....	52
JUSTO.....	54
ANGEL (Conde Angel).....	30
UNA DONCELLA.....	24
UN CRIADO.....	27
UNA CRIADA.....	46
UN JARDINERO.....	49

Los Vencidos

COMEDIA MODERNA

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Entran por la puerta del fondo: Mercedes, apoyada en el brazo de Justo; Carolina, en el de Enrique; Pura, en el de Fernando; y Nieves, en el de Angel. Pura se sienta en la banqueta del piano y Fernando queda de pie junto á ella. Carolina, desasiéndose del brazo de Enrique, vuelve hacia la puerta por donde entraron, en el momento en que un criado se presenta con una gran bandeja sobre los brazos, que contiene un elegante y costoso servicio de café. Mercedes, Nieves y Angel se sientan en cómodos muebles, cerca de la mesa del centro, sobre la cual deja el criado el servicio que trae, y retírase por donde entró. Justo y Enrique descansan en dos pequeñas butacas cerca de la chimenea. Pura golpea las teclas del piano sin ejecutar ninguna composición seriamente; Fernando habla con ella en voz baja y con marcado afán. Carolina se dispone á servir el café, del cual ofrece á Doña Mercedes la primera taza.

MERCEDES *(Rechazando la taza que le ofrece Carolina.)* No.

CAROLINA *(Insistiendo.)* Si. En mi casa siempre será usted la primera. No por respeto á esas [illegible] que nada expresivo dicen, pues la vejez es [illegible]nio de todos. Los años pasan rápidamente [illegible] difícil llegar á viejo.

Lo verdaderamente difícil, lo que hacen muy pocos, es aumentar sus atractivos á medida que aumenta su edad; lo difícil es atraer con los ojos ajenos de pasión y encantar con la palabra, libre de amorosas vaguedades, ser buena como usted lo es, y atractiva sólo por su bondad, que conquista dulcemente.

MERCEDES Ya sabes que agradezco tus atenciones; pero conmigo tenéis confianza, y allí está Pura.

CAROLINA *Allí.* Tiene usted razón; *allí*, pero no *aquí.* Ellos forman colonia independiente y odian al *extranjero* que interrumpe su dicha un solo instante.

(Fernando se acerca, sirve dos tazas de café, vuelve al piano, llevándolas, y después de ofrecer una á Pura, se toma la otra.)

¿Lo ve usted? Han escusado mi servicio. Hicieron bien, porque yo pensaba resistir todo lo posible antes de acercarme á distraerlos.

(Llégase á la mesa y sirve otra taza; Nieves se había levantado un momento antes y llena otras dos tazas que ofrece á Justo y á Enrique. Angel toma la taza que le ofrece Carolina y se sienta por fin al lado de aquél.)

NIEVES *(A Justo.)* Yo le serviré á usted

JUSTO *(Cogiéndola una taza.)* Gracias, hija mia.

NIEVES *(A Enrique.)* Y á usted también.

ENRIQUE *(Cogiendo la otra taza.)* Tanto favor me desvanece.

NIEVES ¿Tendrá bastante azúcar?

ENRIQUE Acerque usted los lábios y quedará más dulce que las mieles.

JUSTO Enrique, ¿así estamos?

ENRIQUE Perdona Justo, este angelito me encanta.

JUSTO Vete de aquí, Nieves; huye la tentación.

NIEVES Si no le tengo miedo.

JUSTO ¿No?

NIEVES Porque ya está casado con Pura.

ENRIQUE ¿Y si no lo estuviera?

NIEVES Entonces tampoco le tendría miedo.

ENRIQUE ¿Tampoco?

NIEVES Porque se casaría usted conmigo.

JUSTO ¡Muchacha! ¿Dónde has dejado tu timidez?

ENRIQUE *(Enfático.)* Está leyendo en mi corazón.

EVES *(Tentada por la risa.)* Eso sería difícil. rá escrito usted en él tantas cositas... *(Corre a Carolina y siéntase á su lado).*

JUSTO Y fíate luego de niñas ruborosas.

ENRIQUE Lo son hasta cuando el amor llama á su puerta.

JUSTO ¿Nieves está enamorada?

ENRIQUE Sí, ¿no lo conoces?... Esa alegria, esa espansión, ese desenvoltura, sólo el amor puede darlas.

JUSTO Ella, tan pusilánime, tan encogida; ella, que tuvo apagados los sentidos.

ENRIQUE Como tú cuando duermes; pero ha despertado ya.

JUSTO Y ¿quién hizo el milagro?

ENRIQUE No es un milagro que la piedra y el eslabón se rocen y salte una chispa.

JUSTO Y... ¿quién es él; *el eslabón?*

ENRIQUE De hierro parece, Montero se llama y es capitán de caballería.

JUSTO Pero ¿rico por sus padres?

ENRIQUE Muy rico. Figúrate que tiene fibra de acero y corazón de oro. Quiere á Nieves con delirio y está dispuesto á morir por ella.

JUSTO Pero no estará dispuesto á tomarle un abono en el Real, ni una berlina para ir á la Castellana. Esos chiquillos no saben lo que se pescan, y hay muchos hombres que se dejan alucinar como chiquillos.

(Siguen hablando en voz baja.—Entra una doncella y se dirige á Carolina.)

DONCELLA Acaban de traer una caja de vestidos.

CAROLINA Bien; ya los veré luego.

DONCELLA Y un recado de Mdlle. Jeuny, preguntando á qué hora quiere probarse los vestidos la señorita.

CAROLINA De cuatro á cinco puedo recibirla.

DONCELLA ¿La señorita desea de mí alguna cosa?

CAROLINA Sí. Al pie del busto de mamá, en mi gabinete, hay una cajita de raso azul; tráela. *(Váse la doncella por el fondo.)* No me acordé de enseñártela; es una sortija de *espera* que yo he comprado.

MERCEDES Tendrás un museo de preciosidades.

CAROLINA Una lluvia de regalos. Pero ninguno tan hermoso ni tan agradecido como el de usted. ¡Qué precioso *riviére* de brillantes. ¿Quiere usted que hable con franqueza? Me duele admitirla.

CEDES Calla, tonta.

ROLINA Es una joya que cuesta un dineral. arece que le quito algo á Nieves.

EDES ¿Olvidas que tu padre, con sus ne-

gocios de Bolsa y su talento, hace producir maravillosamente mi fortuna? Te dí lo menos que darte podría, pensando lo mucho que os debo.

DONCELLA *(Entrando por el fondo, con una cajita de raso azul en la mano.)* ¿Es lo que pedía la señorita?

CAROLINA *(Tomándole la caja.)* Sí; esto es.

DONCELLA ¿La señorita desea otra cosa?

CAROLINA No. *(Váse la doncella.)*

NIEVES *(Mirando el anillo que Carolina sacó del estuche azul.)* ¡Qué precioso! Mamá, cuando yo me case, le regalaré uno así á mi novio.

ANGEL ¡Magnífico solitario!

CAROLINA *(A Nieves.)* ¿Y para qué supones que tengo yo éste?

NIEVES Para dárselo al Marqués.

CAROLINA Sin duda. Y me anticipo extraocialmente para que sus dedos se vayan acostumbrando á la opresión del anillo, hasta el día que le ponga el de alianza: el que sólo se rompe con la muerte.

ANGEL *(Recibiendo el anillo.)* Y si por cualquier azar de la fortuna no llegase aquél á lucir en mi mano, éste bastaría para satisfacer mi orgullo y ligarme á tí durante toda la vida con cadena de esclavo. *(Siguen hablando en voz baja Carolina, Mercedes, Nieves y Angel.)*

JUSTO *(A Enrique.)* Golpe tras golpe, derriba un leñador el árbol más alto. Se ceba la suerte, y golpe tras golpe nos derriba también, sin que podamos defendernos.

ENRIQUE Te desanimas, Justo; te desanimas ahora, olvidando que fuiste siempre osado, y tu osadía te salvó. Dos veces te hundiste y dos te alzaste ¿Por qué te acobardas?

JUSTO Me acobardo; me acobardo, sí. He perdido la confianza en mis cálculos y en mis pensamientos; cualquiera resolución me hace temblar creyendo que por ella encontraré la ruína. ¿No he de acobardarme, si hace ya un año que voy en derrota? Y resisto, resisto; pero al fin los más fuertes caen. Quisiera delirar, quisiera enardecerme, para lanzarme con brío y recobrar los millones que perdí. El alza es segura, inevitable. Pero ¿cuándo llegará? ¿Cuántas oscilaciones contrarias han de producirse hasta entonces?

ENRIQUE Difícil es adivinarlo. Pero esas dudas son una razón de más para tener cautela. Todavía dispones de medios con qué defenderte.

JUSTO Ninguno me queda, Enrique; tu lo sabes. La de la liquidación se acerca y me veré obligado á disponer del dinero de Mercedes. No hay remedio ni otra esperanza.

ENRIQUE Puedes adoptar ese remedio, mientras lo uses con medida. Tus dos casas valen cincuenta mil duros. No te conviene venderlas, porque sería confesarte vencido; puedes arriesgar su precio, pues con ellas pones á salvo tu honra. Pero, si al lanzarte nuevamente, la desgracia se ceba en tí, mucha cordura necesitas para no apurar el hollón y cometer un abuso. Toma de la fortuna de Mercedes lo que te haga falta, pero nunca olvides con qué medios cuentas para devolverlo.

JUSTO Si no lograra reponerme, ¡qué sería de mí!

ENRIQUE Más vale ser vencedor que vencido, claro está; pero al fin, cada cual se resigna con su suerte y vive.

JUSTO ¡Y vive! No; la vida me sería insoportable.

ENRIQUE Justo; te alborotas, te descorazonas, y ese no es modo de acabar bien. Ten valor y serenidad, como siempre tuviste cuando situaciones más apuradas atravesaste.

JUSTO Sí; entonces no me veía tan arrollado como ahora. El casamiento de Carolina me ata las manos y me da miedo.

ENRIQUE ¿Qué temes?

JUSTO Que fracase y que mi ruína se descubra.

Cómo están hoy mis asuntos; una muestra, la más insignificante, bastaría para comprometerme. Bien lo sabes; noticias hay que vuelan y en la menor indiscreción cuerpo toman. La desconfianza y el descrédito me amenazan.

ENRIQUE Pero el matrimonio de Carolina no se hace temer, porque ocupando el Marqués Angel una posición mas falsa que la tuya, no hablará de contrato de boda, por la cuenta que le tiene. Vino aquí para vivir á tu costa, para lucir y abrillantar su título con tu dinero.

JUSTO Como yo quise ilustrar mi dinero con su título. La posición de mi hija lo reclamaba. Un hombre de nuestra sociedad puede abrirse camino en todas partes con un puñado de oro. A la mujer el oro no le basta; necesita un apellido ilustre, un título de añosa cepa.

ENRIQUE Es cierto, y no critico tu proceder.

JUSTO Precisamente, como nadie ignora las condiciones de ese matrimonio, si el Marqués, receloso, se retira, pensarán con razón las gentes que no hay aquí lo que Angel buscaba y lo que todos [illegible] dinero... ¡Dinero!

[illegible]QUE No debes preocuparte. Angel será muy [illegible] marido de tu hija, y tu recobraras el acierto, [illegible]ponerte á recobrar la fortuna comprometida.

JUSTO Si Dios te oyera...

(Levántase y dirige sus pasos hacia la derecha. Pura y Fernando advierten este movimeinto, y mientras él apura la taza, ella comiensa formalmente á ejecutar un bonito estudio. Enrique se detiene junto al grupo que forman en el centro del escenario Carolina, etc., y dirige una frase á Nieves. Justo llega hasta el piano y escucha muy atento mirando á Pura. Fernando acércase á Mercedes y Pura deja de tocar, mirando fijamente á Justo y sonriendo con maliciosa provocación.)

JUSTO *(A Pura.)* ¿No quiere usted que la oiga?

PURA ¿No quiere usted que le mire?

JUSTO A los árboles secos no acuden los ruiseñores. La vida busca á la vida, las aves el fresco follaje, y las mujeres la juventud y la pasión

PURA Pero de un tronco seco vense brotar frondosos retoños. El alma es fuerte, y aun cuando el cuerpo envejezca, no se acaba la juventud ni mueren las pasiones.

JUSTO Sí; acaba la juventud al sentir el primer desengaño; mueren las pasiones al perder piedad abasalladora de su egoismo salvaje. I más, todo es comedia. Que ayer nos cono hoy nos amamos y mañana nos olvidarem

haber marchitado la carne con fieras caricias, sin haber abrasado los ojos con lágrimas de rabia, sin haberse aniquilado al chocar, como los fluídos que producen el rayo, sin haber envejecido en una hora y abrazado la eternidad en un instante.

Lo que llamamos pasiones, son las más de las veces telas de araña que construyen los hombres para entretener su ociosidad y disimular su importancia.

PURA Y ¿por qué compara usted siempre á las mujeres con los pajaritos?

JUSTO Porque, como ellos, son incautas y se dejan coger fácilmente con cualquier amaño; como ellos, son vivas y parleras; como ellos, esbeltas y graciosas, y, como ellos, viven cantando en una jaula, de la que se nos escapan al menor descuído.

(*Siguen hablando en voz baja.*)

MERCEDES Y Julio, ¿no ha escrito una sola carta?

FERNANDO Ni una sola.

MERCEDES Se habrán perdido acaso.

FERNANDO Puede ser.

ICEDES Tres meses ausente, sin dar noti-
e su paradero... Es muy extraño.

NANDO A mí nada me parece ya extraño.

CEDES ¿Habrá muerto?

FERNANDO Es posible; mueren tantas gentes todos los días.

MERCEDES Tal vez fué á su pueblo y allí le retiene su madre.

FERNANDO Tal vez.

MERCEDES Pero tú no has tratado de averiguar...

FERNANDO No se me ocurrió averiguar nada; soy tan poco curioso...

MERCEDES Casi era tu hermano, confidente de tu niñez, testigo constante de tu juventud.

FERNANDO Excesivamente constante.

MERCEDES Si reprochas su cariño, eres injusto; si piensas con indiferencia en su alejamiento, eres descuidado.

FERNANDO Ni su cariño, ni su alejamiento, me preocupan. Cuando necesite algo de mi... *(Pura y Justo reúnense al grupo del centro.)*

MERCEDES No te lo pedirá, Fernando; conoce mucho tu desvío para decidirse á molestarte. Hay gentes que no piden nunca, cuando nada se les ofrece. Julio admitiría de tí un favor; pero tú, haciendo del favor una limosna, quizá humillaras al amigo que más te quiere.

FERNANDO Es usted acérrima partidaria de opositores desesperados.

ENRIQUE ¿Cómo concluyeron aquellas oposiciones?

FERNANDO La desaparición de Julio claramente lo indica.

ENRIQUE ¿Las perdió?

JUSTO Alcanzó el primer lugar en la terna, pero dieron la cátedra al segundo.

MERCEDES El segundo era sobrino del ministro.

ENRIQUE Justicia humana.

FERNANDO No; diga usted más bien tontería humana. Antes de terminar los ejercicios, Julio recibió un recado oficioso. El tío de su contrincante le rogaba que se retirase, ofreciéndole á cambio de esta delicadeza un honroso y productivo destino, además de su apoyo incondicional para una nueva campaña universitaria. Julio no quiso acceder; parecióle ridículo dar aquel paso, admitir aquella derrota, que sería recompensada con mejores triunfos. Resistió y le vencieron. Perdió su esperanza y ganó un enemigo poderoso. La historia de siempre, tan desdichada como repetida. El orgullo del sabio devorando la conciencia del hombre.

[illegible]UE Vencido, escapó.

[illegible]ANDO A esconder la vergüenza de su [illegible]to, sin duda.

MERCEDES O á buscar consuelos en los brazos de su madre. Yo pienso hacer lo que tu no hiciste.

FERNANDO ¿Qué?

MERCEDES Lo que tu debiste hacer. Escribir á la madre de Julio y enterarme de lo que sucede.

FERNANDO *(Bruscamente.)* ¡Oh, qué idea! ¿Está usted enamorada?

MERCEDES *(Seriamente apoyándose en el brazo de Justo.)* Sí; enamorada de la nobleza de un hombre á quien todos abandonan, porque tiene más entusiasmo que astucia y más lealtad que prudencia; enamorada de la resignación que adora y sufre, y del talento que se oculta y calla; enamorada de un alma noble que pretende vivir en esta impura tierra, como viven los ángeles en el puro cielo.

FERNANDO ¡Romanticismo!

CAROLINA ¡Romanticismo!

MERCEDES Vosotros me juzgáis; los viejos *(Refiriéndose á Justo y Enrique)* callan, porque comprenden mi razón. Ellos, aceptando *la conveniencia*, toleran *la impiedad;* vosotros, adorando la conveniencia, hicísteis de la impiedad una diosa. Libres os dejo aquí; ridiculizad mis *ñoñerías*. Yo voy al jardín, al aire puro y sano, bajo el sol que calienta, sobre la yerba perfumada. Vivimos en dos mundos distintos.

CAROLINA *(Galantemente.)* Pero no distantes. porque los lazos del cariño los acercan si el vuelo de la imaginación los separa.

FERNANDO ¡Viva Doña Mercedes!

MERCEDES *(Al salir por la puerta del jardín con Justo y Enrique, sonriente y complacida.)* Gracias, hijos míos.

ESCENA II

PURA, CAROLINA, NIEVES, FERNANDO Y ANGEL,

(Entra la doncella, recoge el servicio de café y lleváselo).

PURA *(Después de breve silencio.)* Supongo que no faltarán ustedes al baile de la Marquesa.

CAROLINA De ningún modo. ¿Y usted?

PURA Yo no trato á esa señora, y casi puedo asegurar que nunca la he visto.

ANGEL Pues ella conserva de usted muy buenos recuerdos.

PURA No sé á qué podra referirse.

ANGEL Muchas veces, hablando de usted, me ha dicho: «Pura es una mujer divina y canta como un ruiseñor.»

PURA Agradezco el elogio... inmerecido.

ANGEL La noche que cantó usted en casa de los señores de Salguero, estaba la Marquesa en el

PURA *(Recordando)* ¿Es muy amiga de Conchita?

FERNANDO Inseparable.

PURA Se llama... ¿Dolores?

FERNANDO Dolores.

PURA Ya, ya recuerdo. Es muy joven y muy linda. Y ¿aquel caballero que con frecuencia la acompaña?

ANGEL Su marido.

PURA No; el otro que no es marido.

ANGEL Su secretario, Esteban; compañero de colegio del Marqués; muchacho de gran talento y grandes condiciones, ingeniero y abogado; él lleva en aquella casa todo el peso de los negocios. Ha desenmarañado las cuentas que andaban algo confusas, y ha redondeado el patrimonio en menos de tres años. Sin su ayuda valiosa, el sucesor de los Moralillos, que perdió siendo soltero toda su fortuna, hubiera perdido después de casado la de su mujer. Esteban es el alma de aquella casa.

PURA ¿Mañana se da el baile?

CAROLINA Mañana.

PURA Será una hermosa fiesta.

CAROLINA Un espectáculo deslumbrador. El decorado de las habitaciones, enteramente nuevo, y allí reunida la gran sociedad, *todo Madrid:* alta banca, aristocracia, elevada política...

ANGEL Y la infanta, que honró á los señores de Moralillos aceptando su invitación.

PURA ¡También la infanta!

CAROLINA Quisiera que volaran las horas. ¡Qué gran día será mañana! *(A Nieves.)* Estarás hermosísima. Si el Duqne te viese, acabaría de chiflarse.

NIEVES Calla, tonta.

CAROLINA ¿No te gusta?

NIEVES Es tan feo y tan viejo.

CAROLINA Pero muy rico.

ANGEL Y muy duque. *(Siguen hablando los tres en voz baja.)*

PURA *(Hablando aparte con Fernando.)* Quiero ir á ese baile.

FERNANDO *(A Pura.)* Irás. *(A Angel.)* Anuncia á la Marquesa una nueva presentación.

ANGEL ¡Ah! Pura. Cuánto se alegrará Dolores.. Ahora mismo voy á verla para comunicarle tan agradable noticia.

FERNANDO Ve pronto y vuelve luego. *(Ofreciendo el brazo á Pura.)* Y nosotros al jardín á conquistar á Enrique.

PURA *(Aparte á Fernando.)* No quiero separ[illegible] de tí.

[illegible]ERNANDO *(Aparte á Pura.)* Mañana irás al [illegible] conmigo. *(Salen por la puerta del jardín.)*

ESCENA III

CAROLINA, NIEVES Y ANGEL

CAROLINA ¿Vas á ser tú quien la presente á Dolores?

ANGEL Mi amistad con el Marqués, mi confianza... y el deseo de Fernando...

CAROLINA ¡Tener constantemente cerca de nosotros á esa mujer!

ANGEL Si te disgusta, le diré á tu hermano que no me ha sido posible...

CAROLINA No tanto. Evitemos una contrariedad á ese loco y vayan en buena hora.

NIEVES Lo que no acierto á comprender es, cómo D. Enrique, tan perspicaz, tan adiestrado en enseñanzas del mundo, se casó con esa francesa.

ANGEL Tales cosas las inspira el diablo. Un momento de alucinación, una tentativa inútil; luego, la ceguera, la locura, y por fin el matrimonio. Con esas bodas acontece lo que con los diamantes falsos. Sus primeros fulgores deslumbran; pero muy pronto el roce constante los oscurece y queda sólo la escoria, un pedazo de cristal sin brillo — impertinente deseo satisfecho.

CAROLINA ¡Pobres tontos de amor!

ANGEL Mártires de la vida; *fenix* atolond-

que se queman en su propio fuego sin acertar á renacer de sus cenizas. Los delirios roban la tranquilidad, sosteniendo constante y abrasadora fiebre. *(Dirigiéndose á Nieves obstinadamente.)* El sentimentalismo no es un pecado, es una enfermedad de que debemos curarnos con acierto y constancia. Si el hombre no enfrenara su corazón, de poco le serviría el entendimiento. Créalo usted, el amor sosegado es el amor verdadero; de otro modo nos precipita á la muerte, y ya ve usted, hemos venido al mundo para vivir.

NIEVES *(Con despego.)* Y me hace tantas reflexiones...

ANGEL Porque sé que ha llegado á su corazón, asentándose como rey absoluto, quien, sin duda, carece de méritos que le hagan acreedor á tan feliz conquista.

NIEVES *(Muy seria.)* ¿Lo sabe usted?

ANGEL Lo sé, Nieves, lo sé; y porque deseo verla dichosa, le hablo con franqueza.

NIEVES Sin pensar acaso que la franqueza de que blasona pudo herir mi susceptibilidad de [illegible].

[illegible]OLINA ¡Hola! ¿Te amoscas? Luego no es un [illegible]ño; estás enamorada.

[illegible]L Quizá he sido indiscreto, creyendo ser

amable; tal vez cause un daño pensando hacer un servicio. Debí tener en cuenta esa susceptibilidad femenil y no olvidarme de que es usted una niña mimada. *(Poniéndose en pie.)* ¿Mi perdón, señorita? *(Ceremonioso y punzante.)*

NIEVES *(Desdeñosa.)* Usted no me ofende, ni es necesario que yo le perdone.

ANGEL Voy á cumplir el encargo de Fernando. Hasta más tarde. *(Vase por la segunda puerta de la izquierda, después de saludar.)*

ESCENA IV.

CAROLINA Y NIEVES

CAROLINA ¿Te has disgustado?

NIEVES *(Con ironía.)* Me he divertido mucho. ¡Es tan gracioso tu novio!

CAROLINA *(Conteniendo difícilmente la risa.)* ¿Sí?

NIEVES ¡Ya lo creo! Y tiene unas ocurrencias tan felices... ¡Suponer que no es digno de mí el hombre á quien amo!

CAROLINA ¿Amas de veras?

NIEVES ¿Acaso es un crimen?

CAROLINA Pero puede ser una desgracia.

NIEVES ¡Qué tontería! ¿Porque no es rico ni

arrastra timbres de antigua nobleza? En cambio, es tan bueno, tan generoso, tan apasionado...

CAROLINA ¿Quién es?

NIEVES Inútil fuera decirte su nombre. Para tí es un cualquiera, un desconocido; para mí la esperanza y el porvenir.

CAROLINA Al pensar en ese porvenir de poéticos amores, ¿te has acordado de que la vida es difícil y prosaica?

NIEVES Todo lo he tenido en cuenta.

CAROLINA Y el extremecimiento que tal idea te produjo, ¿no apagó en tu alma la pasión que á ciegas concebiste?

NIEVES Al contrario.

CAROLINA Escucha, niña. Si cuando vivas modestamente con tu adorado en algún piso tercero de apartada calle, mal servida por una mala doncella, y cuando más por otra peor cocinera, cansada de coser hora tras hora y de inventar mezquinas economías; si entonces sabes que tus compañeras de colegio, tus amigas de la infancia, las que valían menos que tu, las que siempre fueron menos hermosas que tu, son las estrellas del lujo y de la, las que habitan palacios con regia esplen- las pretendidas, las adoradas por la más ele- sociedad: ¿no sentirás envidia?

NIEVES Nunca. Sólo sentiré que no participen de dichas iguales á las mías. ¿Y qué mayor consuelo, para quien se siente amenazado por la miseria, que tener tantos amigos en la opulencia?

CAROLINA ¡Nieves, tu vives fascinada!

NIEVES Y así seré dichosa, no lo dudes. ¡Ah! Si cerraras un momento los ojos, y olvidada del mundo que te rodea, te dejaras guiar por el corazón que ahora calla...

CAROLINA Yo no sé pensar eternamente las mismas tonterías. Lo que ha pasado ya nunca vuelve.

NIEVES O vuelve para torturarnos, cuando es tarde. *(Pausa.)* Pero esta vez la casualidad fué oportuna. *(Julio, vestido de riguroso luto, entra por la puerta segunda de la izquierda. Nieves se levanta, cogiendo de la mano á Carolina.)* Mírale, Julio.

ESCENA V

CAROLINA, NIEVES Y JULIO

CAROLINA *(Displicente.)* Creí que no volveríamos á verte

JULIO ¿Y te complacía ese pensamiento?

CAROLINA Tres meses de ausencia, sin fa

tarnos la mas pequeña noticia tuya, sin dar á conocer tu paradero...

JULIO *(Con afán.)* ¿Alguien ha intentado averiguarlo?

CAROLINA Creo que no. Si te ocultabas, ¿para qué descubrirte?

JULIO Es verdad. A nadie hacía falta. Los muertos se lloran un día; los ausentes se olvidan en una hora.

NIEVES ¿Ha viajado usted mucho?

JULIO Lo bastante para convencerme de que mis tristezas me acompañarán siempre á donde vaya.

NIEVES ¿Ha visto usted á su madre?

JULIO Sí; la he visto y la he perdido. Ya no la veré más.

NIEVES ¡Ha muerto!

JULIO Hace dos meses que murió. Estaba enferma, yo lo ignoraba; nadie me lo escribía. ¡No tuvieron lástima de ella ni de mí! Estaba enferma y no quería confesarlo; no quería cuidarce, porque todo cuesta dinero.

Las cargas duras y pesadas, los rendimientos
los y mezquinos, ella en la miseria y yo igno-
lolo... Pero ¿cómo lo pude sospechar? Mi pen-
llegaba puntualmente; sus cartas no faltaban

nunca, siempre alegres y cariñosas, portadoras de dulces esperanzas. Su amor era fanático y absoluta su confianza; no se daba razones para pensarlo y me creía fuerte, poderoso, avasallador. Si alguien le hubiese dicho: «Tu hijo tropezará en el primer escollo; tu hijo es débil, y los hombres se burlarán de él jugando con su porvenir»; si alguien se lo hubiese dícho, ella, tan humilde, tan candorosa, tan pusilánime, dejárase arrebatar por el orgullo, maldiciendo, blasfemando contra el atrevido que se hacía eco de la razón y de la verdad.

De la razón... ¡No! Mi razón está en el criterio de todos. De la verdad, sí, porque mi derrota y mi ruína son reales.

Hace tres meses... ¡Miserables!... Todos mis estudios, todos mis trabajos fueron inútiles. Un ignorante pudo más que yo; la osadía le ayudaba. Quise pedir consuelos al amor· pero también me lo habían robado. Era preciso enterar á mi madre de todo. Hablarle me pareció más fácil que escribirle, y llegué á mi casa, vencido y humillado.

Al entrar yo en su alcoba, mi madre dormía. Con mis besos la desperté; abrió los ojos y estrechóme contra su corazón, besándome y sonriendo.

Yo quedé aterrado al oir sus palabras.

No dudaba: todo lo creía logrado; todo consegui-

do. Ví en el fondo de su pupilas asomarse la muerte; no quise contrariarla y mentí. ¡Mentí! Pero, ¿qué importa, si con aquella falsedad alargaba su vida? ¡Cuántas horas de angustioso encanto! Ella lo sabía todo; lo veía todo; en sus oídos resonaban los aplausos de mis triunfos y cegaba su vista el resplandor de mi gloria. Yo estaba satisfecho, alegre, triunfante, y ella no abandonaba su delirio.

Al fin, murió, y pude llorar, y entregarme á mis amarguras. ¡Murió creyendo que mi existencia llenaba el mundo, y yo lloré sobre su cadáver, sintiéndome el más insignificante de los hombres! *(Enjugan los ojos; Carolina hace lo mismo con disimulo. Nieves llora y se aparta de ellos, acercándose al balcón de la derecha.)*

CAROLINA ¿Qué proyectas? ¿Qué pretendes? Si deseabas martirizarme con tus recuerdos, por qué no esperaste mejor ocasión, libres de testigos...

JULIO ¡Nieves! *(Mirándola.)* Nieves llora.

CAROLINA Creo que no serán sus lágrimas lo que veniste buscando. ¡Magnífico triunfo! Enternecer un corazón vehemente, candoroso. Más te acre-
ás de galante y cumplido, si en vez de oca-
r su llanto, la hicieras reir con rasgos de inge-
lejos de recordarnos un cuento de amores,

refirieras una historia de notables aventuras y graciosos percances.

JULIO ¡Que también te hicieran reir!

CAROLINA *(Con saña.)* Ciertamente, ¿qué motivos tengo para llorar?

JULIO Perdona, y comprende, pensando las amarguras que allí he sufrido y viendo la perfidia que aquí encuentro, cuántas seran mis alegrías, Pero, si tanto deseas divertirte, por mí has de lograrlo; dímelo al punto; bajaré á la calle, y antes de andar cuatro pasos habré tropezado con algún insolente bufón, tal vez aristócrata y millonario, de esos que se educaron para el placer y para el vicio, y que saben hacer reir con cuentecillos atrevidos á las mujeres frívolas y casquivanas.

CAROLINA Estás loco, y te muestras de sobra inconveniente.

JULIO No puedo remediarlo. Quien recibe en el cuerpo una herida, deja correr la sangre que á ella se agolpa, creyendo así librarse de la ponzoñosa gangrena; y yo también, cuando tus palabras á mí dirigidas se convierten en hojas de doble filo para herir en lo más íntimo de mi razón, dejo v las ideas que se amontonan en mi cerebro, po si nó me defendiera á voces, si no rechazara

todas mis fuerzas tus iniquidades, acabarías por arrollarme, por abatirme, por hacerme tan frío como tú, tan cruel como tú.

CAROLINA Esos temores son una confesión, indicando sin escusa, que mi modo de pensar es más sensato que el tuyo.

JULIO ¿Más sensato que el mío? ¡No! ¿Más cómodo? ¡Eso, si!

CAROLINA Cuestión de palabras. Lo cierto es que tú, cargado de magnánimos sentimientos, estás siempre rabiando; y yo, sin aspirar á ser tan sublime, vivo más tranquila.

JULIO No lo niego. Como todo te halaga y te sonríe, como te ves envuelta en una nube de incienso, como muchos te llaman su reina y su diosa, te has dejado llevar por la soberbia, y esa imprudente adoración que recibes ha satisfecho tu orgullo. Pero, dime, si desde el altar en que te colocaron sentiste algo que no fuera exterior y vano y pasajero; dime si todo ese oropel durará lo que dura una impresión sencilla, vehemente, profunda; dime, si cuando el destino te muestre sus rigores —que para tí como para todos reservados tiene— osa de hallar consuelo, no preferirías tener á do, sintiendo y llorando como tú, una persona te, que verte rodeada de bulliciosa y carna-

valesca muchedumbre que gira en torno del placer y de la alegría, pero, que al oir el primer grito de dolor, al ver la primera huella de la desgracia, huye y se desvanece como una sombra.

CAROLINA Te has remontado tanto, que ya me sería difícil seguir tu portentoso vuelo. *(Con desdén.)* No sé si me reprochas ó me aplaudes, si me ensalzas ó me humillas... pero, es preciso que nos pongamos en un terreno más vulgar, si quieres que hable contigo. *(Pausa: La frase que sigue será pronunciada con intención dañina.)* ¿Ya sabes que me caso?

JULIO *(Suplicante.)* ¡Carolina!

CAROLINA *(Fria y vengativa.)* ¿Te ha sorprendido la noticia? Pues sí, antes de quince días me caso. Por supuesto, no te dejaré de comunicártelo con todas las formalidades necesarias, porque como Dios te hizo tan... sutíl, serías muy capaz de ofenderte.

JULIO Si supieras la pena que me causa oirte hablar de ese modo. No sabes lo que dices. Tú tan fría, tan cruel... Antes tuviste corazón, y has sentido y has amado.

CAROLINA Y ahora, ¿crees que no amo también? ¿Porque supones que me caso?

JULIO No lo sé, ni quiero saberlo. Carolina,

siento aquí, sobre el corazón, un peso que me ahoga. No puedo más. Es preciso que te hable... y quiero que me escuches. En gracia del amor que me has tenido, te ruego que me escuches.

CAROLINA ¿Qué podrás decirme que mil veces no hayas dicho y que sea suficiente para hacerme vacilar? Julio, en nombre del amor que tantas veces me has jurado, te ruego que no hables... de lo que ya pasó para siempre.

JULIO *(Enternecido.)* No; he de hablar, aunque por mis palabras declares un rompimiento decisivo. He de hablar, porque no sé qué convicción profunda me dice á todas horas que tu puedes quererme todavía. Tu corazón no ha muerto; escucha, pues, las tristezas del mío, y quizá cuando lo reflexiones todo, me digas con alegría que mi presentimiento no me engaña.

CAROLINA Acabemos de una vez. No tienes derecho á llamarme cruel, ni siquiera arisca. Te he escuchado siempre; he tenido la paciencia de escucharte, y no sabes la que se necesita para sufrir á un enamorado como tú. Pero, pues, nada tengo [illegible] ver con tus delirios y muy pronto mi estado [illegible] consentirá tolerarlos, te suplico la reserva [illegible]rudente. Si no, me obligarás á que te prohiba [illegible] en mi casa.

JULIO ¿En tus labios tal insulto y yo aquí todavía? Bien haces en no amarme. Un hombre sin dignidad es un ser despreciable.

CAROLINA Lo que acabo de decirte no es un insulto, como tu supones, ni puede llamarse amenaza. Es sencillamente una advertencia que no debes olvidar. O ¿pensaste que cuando con tus locuras atentas á mi tranquilidad no puedo advertirte y aun cortarte las alas que yo te dí, si volaras muy alto con ellas? ¿Creiste que una débil mujer es una esclava de sus adoradores, con obligación de aceptar el amor de quien primero lo finge... cualquiera que sea?

JULIO Es que yo no soy para tí ese cualquiera, ese advenedizo cuyos caprichos ninguna consideración deben merecerte. Puedo aspirar á tu amor, porque me has dicho mil veces que me amabas porque me has amado.

CAROLINA ¡Quién si no tú tomaría en serio los juegos de una niña! Ibas á mi casa por Fernando. Yo te veía con frecuencia, y la costumbre de verte, el afán de tener novio como las mujeres... Por eso fuiste mi novio. Pero luego papá me acompañó al colegio y pasé muchos meses sin verte. Llegaron las vacaciones y tampoco te ví. En aquel tiempo empezaba yo á vivir y á saber algo del mun

Tres años de separación bastaron para que te olvidara por completo. Cuando volvimos á vernos fuiste mi mejor amigo; comprendí que sufrías, y escuchando tus delirios jamás pude imaginar que volvieras á ser mi amante.

JULIO En cambio, no se apartaba de mí tal idea, y esa ilusión era mi única felicidad.

CAROLINA Pero ha llegado el momento de olvidarla.

JULIO ¡Ah! ¡Eso no! ¡Si no puedo!

CAROLINA ¿Quieres ser eternamente desdichado, aspirando á un imposible?

JULIO ¿Un imposible? No. Cuando vas á casarte con un hombre que no te ama; ¡eso sí que me parece imposible! Y creo que al ver redoblar mis amarguras, después de tantos años de indiferencia, has de acercarte á mí con los brazos abiertos, para decirme, loca de alegría: «Qué tonto eres; te has dejado engañar como un chiquillo. Todo lo fingí para probar tu amor y tu constancia. Mírame bien: soy aquella niña que te juró mil veces que te amaba»... Porque no te concibo cómo pretendes [illegible] ahora; te veo como fuistes, apasionada, jugue-[illegible], inocente. ¡Ah! Si volvieras á tu antigua casa [illegible]jaras al hermoso jardín, donde tan felices se [illegible]zaron nuestros amores, volverían á tí tus an-

tiguos recuerdos, tus viejas esperanzas, porque allí están los mas dulces recuerdos de tu vida. Allí están, bajo la sombra de aquellos árboles, en el aroma de aquellas flores, en los cantares de aquellos pájaros, en el puro ambiente que respirábamos. Allí está todo lo que nos ayudó á gozar, lo que nos enseñó á sentir, y en todo está nuestro amor sencillo, puro, inmenso.

¿Recuerdas aquella tarde en que por vez primera tratamos de nuestro amor? Me faltaban palabras para decirte lo que sentía; tú fuiste ayudándome, y entre los dos lo digimos. Qué dichosos éramos entonces: siempre alegres, siempre juntos, siempre amantes... Pero llegó un día terrible. Tu padre quiso mandarte á un colegio para completar tu educación; tú te opusiste, resistiéndote con empeño, y llorabas... ¡lloraba, temiendo verte separada de mí!... «júrame que no amarás á otra mujer en tu vida»,—me digiste.—Yo juré, porque seguro estaba de mi amor. Tus labios se acercaron á los míos, sellando mi juramento con un beso, ¡qué todavía palpita en mis labios!

Años pasaron, sin que volviéramos á vernos. Después tú habitabas este rico palacio; eras ya gran señora; yo seguía siendo un pobre estudiante. El brillo de la novedad y del lujo te han deslumbrado y,

sin duda, creiste que al cambiar los muebles de tu gabinete, debías también cambiar los afectos de tu corazón. Ya no volviste al antiguo jardín que hubiera despertado tus recuerdos; aquí aprendiste á olvidar lo que allá empezaste á querer; aquí murió el amor que me tuviste. Por esta razón adoro aquellas paredes y siento el peso de éstas como si las llevara sobre mis hombros.

(*Carolina le ha escuchado impaciente y se muestra algo afectada.*)

CAROLINA Me has dado un rato delicioso; ya ves si soy complaciente, pues otra vez he tenido paciencia para escucharte.

JULIO ¡Carolina! ¿Es verdad que nada te dice mi corazón en mis palabras? ¿Es cierto que ya rompió con el tuyo la corriente de comunes sentimientos que antes los unía? ¿Nada te inspiran mis razones, cuando te pido por caridad una esperanza que endulce mi vida?

CAROLINA Ya no sé qué decirte para convencerte. Es preciso, absolutamente necesario, que olvides esas niñerías que tanto te afectan.

JULIO ¿Es decir, que por última vez me desdeñas?

CAROLINA Por última vez.

JULIO Y ¿te casarás con el Conde?

CAROLINA Soy libre y puedo hacerlo.

JULIO *(Con triste ironía.)* ¡Serás Condesa!

CAROLINA Lo seré.

JULIO Y desgraciada, pero muy desgraciada. Cuando las vanidades que hoy te halagan no te deslumbren, cuando por un hecho real despiertes á la vida y renazca en tu corazón el verdadero sentimiento, quizá cuando seas madre, comprenderás la enormidad de tu ligereza.

CAROLINA ¡Insensato!

NIEVES *(Corriendo hacia la izquierda.)* ¡Carolina!

CAROLINA *(Arrojándose en los brazos de Nieves.)* ¡Ay, Nieves, ese hombre... es un miserable.

NIEVES Calla. Todos vienen.

CAROLINA *(Separándose de su amiga y esforzándose para aparentar sosiego.)* ¡Ah! *(Julio, adelantándose hacia la derecha, hasta encontrar á los personajes que llegan por la puerta del jardín. Carolina y Nieves se quedan más á la izquierda.)*

ESCENA VI

CAROLINA, NIEVES Y JULIO.—MERCEDES apoyada en el brazo de FERNANDO; detrás de ellos JUSTO.

MERCEDES Julio, nuestro buen Julio.

JULIO Señora... *(Dale la mano y luego la tiende á Justo y á Fernando.)*

JUSTO ¡El desertor!

FERNANDO ¡El bohemio ilusionista!

JULIO Gracias. *(A Fernando.)*

JUSTO Al fin te dejas ver.

MERCEDES ¿Y qué hizo nuestro amigo durante ausencia tan larga?

JULIO Sufrir y viajar.

MERCEDES Su traje me anuncia una desdicha.

JULIO Sí, señora; mi madre...

MERCEDES ¡Ah!

JUSTO ¿Cuándo? Yo ignoraba... Como nada nos escribiste...

JULIO Hace dos meses. *(Carolina y Nieves se habrán acercado á Fernando y hablan con él un rato. Luego salen por el fondo.)* Cuando enterraron á mi madre, creí que la tierra no me sostenía y que se desplomaba el cielo sobre mí. Saliendo del cementerio, pensé que mi casa sería otro sepulcro, y tuve miedo de en-

trar en ella. No sé dónde pasé aquella noche de soledad. Por la mañana, la luz del sol me sorprendió en medio del campo. Mi razón estaba más fría que mi cuerpo; sentéme y reflexioné. Aquel suelo era ingrato para nosotros, avaro de nuestra fortuna, nos negaba mezquinos intereses; mi madre había muerto de miseria; sobre aquellos terruños, moriría yo también miserable y solo...

Esta idea me irritó. Corrí; estaba resuelto. Hablé á un vecino, el Sr. Tomás, que había pasado medio siglo rellenando una pared con onzas de oro; pronto nos comprendimos, y todo quedó terminado.

Pasé algunos días con fiebre, revolviendo carpetas y escrituras, recibos de alquileres, contratos, arriendos y muchas cartas de letra vieja y borrosa que destruyó el fuego. ¡Al fuego! Ilusiones y quimeras. ¡Al fuego! En él pararon las ropas de mi madre; sus muebles también, para que nadie los usara... Cuando sólo dejaba las lisas paredes, abandoné mi casa y entré en la del Sr. Tomás. Las onzas de oro habían salido del escondrijo y brillaban sobre una mesa; en otra mesa dejé yo mis papeles... Alrededor estaban el notario, el escribiente y los testigos; leyeron, firmamos, y comencé á contar oro y á encerrarlo en saquitos renegridos.

Mi vecino reía; sin duda hizo un buen negocio. Cuando todo estuvo terminado, me dijo: «Te vimos nacer y conocemos tu carácter. Al sacar yo á tus campos la tercera cosecha, habrás gastado tú la última de mis onzas.» No le contesté, por no exaltarme; su risilla procaz me enardecía. Salí de allí, salí del pueblo, llevando conmigo mi fortuna. Cuando sea tiempo, iré también á buscar lo único que allí me queda: el cadáver de mi madre, y nunca volveré á pisar aquella tierra para nosotros estéril siempre y siempre ingrata.

JUSTO Procura que no tenga razón tu vecino; sabes demasiadas cosas para no ignorar la cuenta de tus intereses.

FERNANDO ¿Cuántas onzas te dió el Sr. Tomás?

JULIO Mil.

JUSTO ¿Y cuántas gastaste ya?

JULIO Sesenta.

JUSTO ¡Buen desmoche! Te quedan quince mil duros.

JULIO Eso: quince mil duros.

JUSTO ¿Y qué has hecho desde que saliste del pueblo?

JULIO Viajar por Inglaterra y Alemania.

FERNANDO Convertido en el más filósofo de ...ristas.

JULIO Viajaba por distracción, pero no por recreo; estudiando mucho; muchas cosas que ignoraba y me convenía saber.

(*Mientras habla Fernando, Mercedes habla en voz baja con Justo, y antes de que Fernando acabe, sale por la puerta del fondo.*)

FERNANDO ¡Teorías; divagaciones! ¡Ah, los sabios! Los sabios no arreglareis el mundo.

JULIO Pues los tontos tampoco han de hacer ese milagro.

JUSTO Ciertamente. Pero, hay una raza de hombres, escogidos para llevar la bandera del adelanto. El industrial es más fuerte que el inventor y el especulador más poderoso que el industrial. Un sabio descubrió una mina de oro, y los medios de esplotarla para ofrecérnoslo convertido en purísimas barras. Un industrial acuñó la moneda, facilitando así los pagos y las ventas. Esto, ya era un adelanto: pero, dime tu las angustias y los peligros que te acarrearan tus saquillos de onzas, si te hubieses visto precisado á viajar con ellos debajo del brazo. No hay duda, que, quien facilitó más el comercio mereciendo la mayor gloria, fué un especulador que ideó el cambio y el giro. Tus onzas, han hecho su viaje... ilusorio, y aquí las encuentras, escusando con un pequeño descuento,

mayores gastos de trasporte y riesgos inmensurables. Otro sabio, hizo un invento prodigioso, una máquina sublime para cuya construcción eran indispensables muchos millones... ¿Dónde se facilitaba tan inmenso capital? El comercio no lo tenía disponible en tales cantidades, la industria carecía de medios para realizar el proyecto por si sola. Llegó un especulador y estableció la sociedad comanditaria. Tú por un poco, aquél por más y yo por lo que pudiera, todos éramos propietarios de la magnífica obra. El dinero acudió como por encanto; amontonóse, creció: creció hasta el punto que hubo necesidad de cerrarle la puerta.

Como la empresa era ventajosa, el que se quedó en la calle, hacía fuerzas para entrar, empujaba y golpeaba, pero todo fué inútil.

Entonces el especulador se presentó de nuevo, y ofreció *la prima.* No faltaba dentro quien se acobardase y cediese su lugar por aquel seguro beneficio.

Desde entonces, las oscilaciones del capital son más atendidas y estudiadas; y en sus vaivenes, se hacen y se deshacen las fortunas. Así, el dinero
tes ocupaba el hueco de una pared, como
zas del Sr. Tomás, vive, salta, palpita y se
luce como los escudos del Padre Grandet.

JULIO. Y de este modo, en el edificio social, colocan los sabios la primera piedra, levantan los especuladores la pretenciosa fachada y arrojan los tontos la primera teja. Así se establece una corriente constante de composición y descomposición, que no permite observar la falta de materiales y la inseguridad de las instalaciones.

Pensando esto, he decidido hacer lo que *todos*, y en vez de seguir buscando sólidos fundamentos donde otros apoyen sus fofas ideas, resolví empezar tirando mi dinero por la ventana.

ESCENA VII

JULIO, JUSTO, FERNANDO, PURA y ENRIQUE, saliendo del jardin. Entran por la derecha

ENRIQUE *(A Julio.)* Agradable sorpresa nos proporciona usted.

JULIO *(Saludando.)* Don Enrique.—Señora *(A Enrique.)* Llega usted con tal oportunidad, que me ahorra el trabajo de buscarle.

ENRIQUE A sus ordenes estoy, para que usted me indique cuando y como puedo servirle.

JULIO Aquí, ahora mismo. Es una pregunta sencilla.

Yo compro un millón, papel, interior, 4 por 100. Hay baja de un entero y vendo ¿Cuál es mi pérdida?

ENRIQUE Dos mil quinientas pesetas.

JULIO Perfectamente. Yo tengo diez mil duros para ofrecer en fianza; con ellos respondo de mi honradez. ¿Cuánto puedo jugar con esa reserva?

ENRIQUE Diez millones.

JULIO Bravísimo. Diez millones; llega una noticia espeluznante, baja cinco enteros, gano veinte y cinco mil duros.

JUSTO ¿No dijiste que comprabas? Pues los pierdes.

JULIO No, los gano, porque vendo. Las industrias están amenazadas, el comercio por el suelo, la agricultura por el aire. Los agiotistas han sabido hacer del Estado un negociante de banca, de política, de salubridad, de seguridad pública, cuyos actos y cuyas pérdidas siguen la corriente general. El papel bajará, no lo dude usted, bajará.

JUSTO ¡Error; error! La agricultura, el comercio, la industria están en derrota; no pueden ofre-
seguridades ni confianza. El dinero acude á la
la nacional, porque el Estado paga bien.
ıencia de capitales, disminución de intereses.

Para un interés constante, subida de valores. Es el evangelio: el alza está hecha.

JULIO Cada cual con su razón. El azar es el único soberano cuyas decisiones no se discuten. ¡El azar! La ley no puede prohibirlo; pero en una sociedad organizada sobre el principio de garantía mútua, todos los esfuerzos combinados debieran tender á eliminarlo. El azar es un ídolo falso; no existe, porque todo tiene su razón de ser y su determinación rigorosa. El azar es la ignorancia.

FERNANDO Aún conservas raices de filósofo.

JULIO *(A Enrique.)* ¿Va usted á la Bolsa?

ENRIQUE *(Consultando el reloj.)* Antes de veinte minutos,

JULIO Yo saldré con usted, para depositar las cincuenta mil pesetas que arriesgo y tantear mi jugada. Vendo diez millones.

JUSTO ¿Te has vuelto loco?

JULIO No lo crea usted. He aprendido una nueva ciencia. La ciencia que nos enseña fácilmente á vivir, en lugar de presentarnos el mecanismo de la vida. *(Esto lo dice mirando á Fernando.)*

FERNANDO Pierdes las onzas del señor Tomás.

JULIO Lo veremos. La suerte decide. *(Sigue dirigiéndose á Justo.)* Por depronto, quisiera ins-

talarme convenientemente; y, si usted me alquilara el hotel viejo...

JUSTO *(Estrañado.)* Muchacho...

JULIO Allí han vivido ustedes mucho tiempo; allí he pasado muchas horas felices. No tengo familia ni amigos que me cuiden, y allí puedo hacerme la ilusión de que vivo en buena compañía. ¡Los recuerdos! ¡Ah! Cuando ya no queda otra cosa, los recuerdos de la niñez y de la inocencia nos sonrien y el alma se alegra.

JUSTO Asunto concluido. Cuando te plazca puedes pedir las llaves.

JULIO Y haremos el contrato.

JUSTO *(Sonriendo)* Con toda formalidad.

JULIO Y pagaré un año adelantado.

ESCENA VIII

JULIO, FERNANDO, ENRIQUE, JUSTO, y PURA,—CAROLINA entrando por la puerta del fondo. Luego ANGEL, por la segunda de la izquierda.

JUSTO ¿Has oido, Carolina? Julio será nuestro inquilino en el hotel viejo. Cuando se vaya acuerdate de darle las llaves.

ROLINA ¿Sacaste la lotería ó heredaste algu-
-an hacienda?

FO NO: he pensado como el sabio Gabarni,

cuando dijo: «Mis negocios, son el dinero de los demás» Y me lanzo á la conquista; es decír: á los negocios.

ANGEL *(Precipitado, al entrar.)* Ya no hay baile.

CAROLINA ¿Que dices?

ANGEL Qué ya no hay baile. Se ha suspendido la fiesta por indisposición de los primeros actores.

FERNANDO ¿Esta enferma la marquesa?

ANGEL No, pero ha sufrido un atropello... de honra ¡Lance singularísimo y desdichado! Un tropiezo inconveniente debido á la impresvisión de *todos* ó á venganzas de alguno. Lo cierto es que hubo espionaje y sorpresa; bullíales á todos la sangre y sonaron imprecaciones y bofetadas. ¡Un escándalo tremendo! Y como la noticia repercutió en el casino, corre y se agiganta, siendo pasto de lenguas punzadoras: la marquesa en vez de seguir preparando el baile, prepara sus baules y proyecta una escursión al extranjero. *(Angel sigue hablando, en voz baja con Pura y Fernando. Julio se acerca más á Carolina y le dice sofocando la voz.)*

JULIO ¿Sabes á que mundo te lanza tu vanidad?

CAROLINA Sé que tus insolencias me humi

JULIO ¿Y, si tus amores despiertan?

CAROLINA Vive tranquilo ¡pobre cómplice!

tas palabras serán dichas con saña y muy despacio.) que, para ti, nunca despertarán.
(Apártase de Julio y acercáse á Fernando.)

Baja el telón.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

JUSTO Y ENRIQUE

ENRIQUE ¿De qué te sirvió vender el hotel viejo, mermando inútilmente la fortuna de Mercedes? ¡Mientras insistas en tu locura!

JUSTO Bien lo sabes tu. Hace tres meses, Julio, arrendóme por un año el hotel, pero desde que gana dinero en la Bolsa me importunaba para que se lo vendiera. Quince mil duros, llovidos del cielo como quien dice ¿No era un negocio? Creyéndolo así, acepté.

ENRIQUE Y volviste á tu empeño. Siempre lo mismo: esperando el alza, el alza que no viene. Te has perdído por obstinación, y arrastras á Mercedes en tu derrota.

JUSTO A Mercedes... Si... No supe contenerme
lo me advertiste. Todo lo arriesgué y todo lo
lí. Setenta y dos mil duros. ¡Pero aquello ya no
remedio, cuando la casualidad y el capricho
lio vinieron á tentarme.

Ya comprendes: no era cosa de rechazar la única esperanza que se me ofrecía.

ENRIQUE De nuevo te obstinaste y perdiste. Sólo catorce mil pesetas te quedan.

JUSTO ¡Catorce mil pesetas!... Catorce mil pesetas, y lo restante, como todo lo mio, como la fortuna de Mercedes; undióse ya en los abismos de una baja inesperada. ¡La baja! Fiera implacable, que todo lo absorbe, que todo lo devora. Y, sin embargo, no tiene razón de ser; es ilógica, es absurda.

ENRIQUE Estás hablando como un niño, como un desesperado. Ilógico, absurdo. ¿Qué quieren decir esas palabras? Cuando las fuerzas impulsoras se desconocen, no hay más lógica, no hay más verdad que los hechos. Lejos de imaginar, como imaginas: «Por tales ó cuales motivos los valores deben subir; subirán»; has de hacer ya razonamiento inverso: «Bajaron; causas habría para motivar la baja.» Esta es la ley; no hay otra filosofía.

JUSTO *(Ridiculizando las razones de su amigo.)* Lo mejor será lanzarse á ciegas, como en la ruleta.

ENRIQUE Me admira tu candidez, pero no me sorprende. Todos los jugadores inventan una religión y una ciencia: todos conciben una fé avasa-

dadora que los hace poderosos ó los declara necios. La Bolsa tiene dos oscilaciones, como la ruleta dos colores. Vender en alza, comprar en baja y apuntar al negro ó al rojo, es hacer la misma cosa. El azar, sólo el azar, se ocupa de acrecer y destruir las fortunas.

JUSTO Tu consideras la Bolsa como un centro de corrupción, un hervidero de vicios.

ENRIQUE Si así pensara, no estaría en ella.

JUSTO Un juego tolerado...

ENRIQUE A la fuerza, porque nació á la sombra de algo que no puede ser prohibido.

La especulación es noble y productiva; no solamente producen el artesano y el sabio: el capitalista y el comerciante, facilitando y propalando el trabajo de aquellos, producen también. La especulación aumenta la riqueza por sus combinaciones de crédito, de transporte, de circulación, de cambio; pero su hijastro, el agiotaje, la perturba y la deshonra, le roba el nombre, y llama *especulación* á todos los medios no prevenidos por la ley, no asequibles por la justicia de apoderarse del capi- [illegible] ajeno.

TO ¡Brava idea! Entonces la Bolsa es...

IQUE Voy á decirtelo. La política tiene sus [illegible]s, la religión sus iglesias, la industria sus

centros manufactureros, el comercio sus puertos, el capital sus Bancos. La especulación no podía permanecer eternamente bajo forma abstracta y construyóse un templo. Eso es la Bolsa. La diosa entró en su nueva morada por la puerta de honor; su hijastro, el agiotaje, colóse tras ella por una rendija y ocultóse bajo los pliegues de su vestido. Todos conocemos que allí está; pero es imposible darle caza, sin incurrir en un abusivo atropello. El ropaje de la diosa le cubre y le proteje.

JUSTO Deduces que los jugadores somos un atajo de bandidos.

ENRIQUE Algunos hay, entre muchos, inocentes. Para vosotros, los inocentes, el *agio* es un juego con trampas que ignoráis y cuyas consecuencias sufrís. Para los explotadores, el agio es cosa muy distinta y bastante segura. Con frecuencia, una violación de la fe pública, el abuso de un secreto de Estado ó una traición á la Sociedad.

JUSTO Creo haberte oido repetidas veces las mismas razones.

ENRIQUE Ya sabes mi sistema: cuando decaes te animo; cuando triunfas, me callo; cuan obcecas, te sermoneo. Tú podrías con justicia rarme las órdenes, prohibirme que pre

siendo acaso tan pecador como tú; pero, no desconoces cuál es la intención mía.

JUSTO Que te agradezco desde el fondo del alma.

ENRIQUE Medita bien. Reflexiona perfectamente. Combina tus jugadas; necesario es hacerlo. Pero no te ciegues, no te obstines contra la corriente, sino quieres ser arrollado.

Esos fanatismos son la perdición, cuando no conducen como por encanto á la fortuna.

El alza se impone, ¿quién te lo niega?; pero la baja se sostiene, quizá producida por la influencia poderosa de alguno. Como la luna influye en las mareas, los grandes capitales imprimen á las oscilaciones del papel su influencia. ¿Por qué desprecias la ocasión? Por sostener una idea que te arruina. Hoy la baja ofrece seguridades: á la baja; mañana te declaras de nuevo alcista; te serviste de la ola que va y de la ola que viene; tu serenidad es admirada, tu acierto alabado y tu fortuna repuesta. Puedes arriesgar aún catorce mil pesetas. La próxima liquidación te produce diez mil, la del --- que viene triplica tu ganancia y antes de un ·escatas la fortuna de Mercedes y de nuevo te -deas.

ro Todo eso, ¿cómo?

ENRIQUE Dejándote guiar por mí, que veo claro y estoy sereno. Ya llegará tu hora, y entonces ¡arriba! El papel subirá seis enteros, libre de injustas depresiones, y tu famosa jugada será un torrente de oro. ¡A la brega!

JUSTO En tus manos me abandono, pero sin esperanza.

ENRIQUE El gusanillo te corroe. ¡La idea, la fanática idea!

JUSTO Renunciaré á mis cálculos, pues te place. *(Con amargura.)* Sí; el albur es la fortuna

ESCENA II

ENRIQUE, JUSTO Y MERCEDES

MERCEDES *(Entrando por la segunda puerta de la izquierda.)* ¿Solos aquí los dos? No creo difícil adivinar de que hablan.

ENRIQUE Estamos ya muy viejos y muy desengañados para permitirnos otra conversación.

MERCEDES La sociedad les abre sus puertas.

ENRIQUE Sabemos lo que valen sus atenciones.

MERCEDES Las mujeres les halagan.

ENRIQUE Sabemos lo que cuestan sus caricias.

MERCEDES La política les sonríe...

ENRIQUE Pero hay que confiar poco en esa coqueta.

MERCEDES Revolucionarios del capital: son ustedes los dueños del mundo.

ENRIQUE Precisamente, porque le desatendemos para cuidar de nuestros intereses.

MERCEDES Porque están en sus manos los intereses de todos.

ENRIQUE ¿Conoce usted la fábula de *La zorra y el cuervo?*

MERCEDES Sí. El cuervo había robado un queso y lo llevaba en el pico.

ENRIQUE Parose sobre la copa de un arbol, al pié del cual descansaba una zorra.

MERCEDES Que pronto vió el queso, y alabando el plumage del cuervo y su armoniosa voz, que debieran hacerle rey de las aves, logró desvanecerle.

ENRIQUE El cuervo quiso lucir su canto y soltó el queso que cayó á tierra.

MERCEDES Cogiólo entónces la zorra y echó á correr por no escuchar el graznido del engañado rey.

ENRIQUE Nuestra posición social es la del cuervo despues de hacer su presa. No es nuestra voz buscan los aduladores, es el queso. Pero no oltamos: atendemos más al interés que al ro y aparecemos altivos y bruscos.

MERCEDES Se enfrascan ustedes en sus negocios.

ENRIQUE Y los cuidamos con preferencia á la mujer que nos explota, al ministro que nos pide prestado y á *todo el mundo* que desea enriquecerse con la garantía de nuestro acierto.

MERCEDES Justo está muy abstraido meditando tal vez alguna combinación.

JUSTO Eso; una combinación.

MERCEDES Siempre acreciendo tus capitales.

JUSTO *(Distraido y apesarado—Con ironía.)* ¡Siempre!

MERCEDES Dentro de pocos años vas á ser poderoso.

JUSTO Como el rey Midas.

MERCEDES Admiro tus osadías y me asombra tu fortuna, pero no me decido á lanzarme. El riesgo me horroriza. Y claro; para tener probabilidades de ganar mucho hay que arriesgarlo todo.

JUSTO Claro.

MERCEDES *(A Enrique.)* Justo administra mi caudal, según mis deseos, invirtiéndolo siempre en empresas cuyo éxito no sea dudoso.

Yo lo tendría constantemente reducido á c
tos y acciones del Banco; él le da mil vueltas y
vueltas porque su talento y su posición le pe-

ten conocer lo que sube y lo que baja, lo que ofrece seguridad ó amenaza ruina.

Pero, siempre, como yo le digo: los papeles en casa y esperar tranquilamente; comprar lo que se pueda con el dinero que se tiene y encerrar los títulos con siete llaves; lo demás me parece una locura. Me abruma solo pensarlo; y, ¿querrá usted creer que no acabo de comprenderlo?

ENRIQUE Porque lo mira usted con repugnancia. Es tan facil...

MERCEDES *Ventas al contado, á término; prima fija; fin de mes...*

Dios me libre de meterme nunca en tales confusiones.

Pensaría que me robaban el dinero con esos embrollos.

JUSTO ¡Embrollos! Pero, mujer, no son zancadillas y gatuperios como tu supones, sino variadas formas de la especulación.

MERCEDES Mira, Justo; haciendo las cosas á derechas, no habría más que dos palabras: *compro* y *vendo.* Esas combinaciones, sirven para que quien las conoce se aproveche, y el triste que las ignora...

JUSTO Si dejaras hablar y oyeras con calma, no comprenderías tu error y la marcha de los negocios.

MERCEDES Nunca, nunca. Por más que digas no me convencerás. Sostenéis un juego de infierno para ganar siempre.

JUSTO ¡Siempre!

ENRIQUE Implacable y tenaz enemiga: esos acaparadores de agenos caudales, son más candidos de lo que usted supone,. ¡Si viera usted conque facilidad sus cálculos yerran! Juego de infierno es el suyo muchas veces, y son ellos mismos los condenados. Pero usted, irreconciliable con nuestros manejos, verá siempre artes de nigromancia en las combinaciones más sencillas.

MERCEDES He oido decir tantas veces á hombres duchos en esa clase de negocios, que con tal ó cual operación combinada era imposible perder.

ENRIQUE Y, ellos, se arruinarían.

MERCEDES Alguno cayó de muy alto.

ENRIQUE Sin que le valiesen sus ilusiones.

El reinado del juego, en todo el mundo, se lo reparten el azar y los truhanes, que nunca faltan.

MERCEDES Pues lo que esos arañen...

ENRIQUE Aún esos, muchas veces pierden, habiendo visto las cartas de los demás y escogido las suyas.

JUSTO Los que juegan con más probalid en su favor son...

ENRIQUE *(Interrupiéndole.)* Los más afortunados.

Voy á la Bolsa. Volveré aunque nada suceda, porque dije á Pura que viniese á buscarme. Adios, señora.

(Vase por la izquierda; segunda)

ESCENA III

MERCEDES y JUSTO.

MERCEDES Vengo á darte una noticia:

JUSTO ¿Si?

MERCEDES Mi niña se casa.

JUSTO ¿Con el capitan Montero?

MERCEDES Ella le quiere con alma y vida; él la quiere á ella con vida y alma.

JUSTO Que sean dichosos.

MERCEDES Nieves está loca de alegría y mi futuro yerno parece un chiquillo. Ayer me obligó á fijar un plazo brevísimo, y, cuando hube señalado el día de la boda, se arrodilló á mis pies y besome las zapatillas; con cada lágrima que caía rodando sobre sus bigotazos...

JUSTO ¿Y ella?

MERCEDES En una esquina del sofá lloraba también, más que una Magdalena; hasta que Periquito se llama en mi casa el capitán Montero,—se

acercó á consolarla, «Lloramos al entrar en la gloria —decía—pues, si tuvieramos necesidad de separarnos...» Y, ella empezó á construir castillos en el aire, y él á llamarme *mamá* desde aquel momento.

JUSTO ¡Que gozo! Llamarte mamá uno de caballería.

MERCEDES Sí; al marqués Angel, no se le habrá ocurrido llamarte papá.

JUSTO No se le habrá ocurrido, sin duda.

MERCEDES Y llevan dos meses de matrimonio.

JUSTO Con el alma te lo digo, Mercedes. Aplaudo el casamiento de la niña con ese gaznápiro. Sí yo tuviera otra hija, quizá, buscaría también un capitan Montero que la hiciera feliz.

MERCEDES Al fin, serás de los mios. *(Pausa.)* Ya sabes los gastos que ocasiona en una casa un acontecimiento de tal naturaleza. Y, no porqué el novio sea modesto, he de quitar explendor á la fiesta. Necesito cinco mil duros y te lo advierto para que, con calma liquides algo de lo que me pertenece.

JUSTO Mañana iré á llevarte lo que necesitas y á dar un beso á Nieves.

ESCENA IV

MERCEDES, Y JUSTO,—ANGEL. y CAROLINA, subiendo del jardin por la derecha.—FERNANDO en traje de montar, entra luego por la segunda de la puerta izquierda.

CAROLINA Usted en mi casa y nadie me avisa.

MERCEDES Solo vine á decir un recadito á tu padre, y no puedo detenerme. Nieves me aguarda.

CAROLINA Nieves, que me olvida también.

MERCEDES Pues, no tiene pocas cosas que contarte y pocos deseos de verte. Además te prepara una sorpresa.

JUSTO Y no menuda.

ANGEL *(Sonriente; á Carolina: intrigándola)* ¿Que podrá ser?

CAROLINA *(A Justo)* ¿Usted lo sabe?

JUSTO Si.

CAROLINA *(A Angel)* ¿Tú también lo sabes?

ANGEL También.

CAROLINA ¡Ah! Descubierto. *(A Mercedes.)* ¡Suegra; suegra!

MERCEDES Acertaste.

CAROLINA Y, esa picarona que nada me dice.

MERCEDES Hoy almorzó con Anita, y voy á
carlas para salir á compras. Mañana vendrá sin
Como tu estás muy ocupada, teme con razón
barte.

CAROLINA Como ella está bien entretenida, no quiere distraerse

MERCEDES Algo habrá de todo; pero, te aseguro que no tardarás en verla

CAROLINA Tengo que referirla multitud de asuntos...

MERCEDES Y no son pocos los que prepara ella para tratarlos contigo.

FERNANDO *(Saludando, al entrar.)* Mi señora doña Mercedes...

MERCEDES A punto llegas, cuando ya me voy.

FERNANDO ¿Por no verme?

MERCEDES Ni me acordaba de ti.

FERNANDO Muchas gracias.

MERCEDES Eres un personaje tan insignificante.

FERNANDO Para usted, que ya pasó de la raya.

MERCEDES ¡Seductor! ¿Vienes de hacer el *mono*, á caballo, por debajo de sus balcones?

FERNANDO Que mala voluntad me tiene usted.

MERCEDES Porque llevas mal camino, y olvidas el noveno mandamiento.

FERNANDO ¿El noveno? ¿Cual?

MERCEDES ¿Piensas que voy á recrearte los oidos? ¡Te luces!

FERNANDO Es usted implacable.

MERCEDES Y tu... No quiero decírtel

Cuando sientas deseos de oir un fuerte sermón, ve á comer conmigo.

FERNANDO *(Algo amostazado.)* Y, me dará usted...

MERCEDES *(Interrumpiéndole; con cariño.)* Lo que más te guste, tontuelo, si con tiempo avisas. Y, te permitiré que destapes una de las botellas *históricas.*

FERNANDO Cuarenta y ocho. Noviembre del cuarenta y ocho; no se me olvida. Nueve quedan aun; llevo bien la cuenta.

MERCEDES Por esta vez erraste: quedan siete.

FERNANDO ¡Horror! Antes lo bebía yo sólo: ahora se lo beberá el capitan.

MERCEDES Si tu me abandonas y el lo merece...

FERNANDO Mañana; hoy mismo comeré con ustedes.

MERCEDES Hace mucho tiempo que no pones los pies en mi casa.

FERNANDO Esta noche voy á recobrar el paraiso perdido.

MERCEDES Hasta luego, condenado. Adios Ca-
'' 'a. ¿Mañana te aguardo?

STO Un beso á Nieves.

GEL Yo voy á salir, y, si usted, me permite
npañarla...

MERCEDES Saldremos juntos.

FERNANDO *A (Mercedes).* Gracias á sus cuidados, acabaré muriendo en olor de santidad.

MERCEDES Si la intención bastara, yo te salvaría, calavera.

Carolina, Mercedes, Angel, salen por la segunda de la izquierda.

ESCENA V

FERNANDO Y JUSTO

Despues de acompañar hasta la puerta á los personajes que salen, vuelven al proscénio. Momentos de silencio.

JUSTO Los negocios, ocupan por completo mis horas y mi pensamiento; tus locuras embargan en absoluto tus días y no dejan lugar á la reflexión. Hace mucho tiempo que tu y yo no nos hemos visto, como en este instante, á solas; hace mucho tiempo que nada más nos dirigimos la palabra en presencia de otras gentes y para referirnos á cualquiera frivolidad insignificante. Pero, es ya ocasión de que hablemos y de que medien entre nosotros necesarias explicaciones.

FERNANDO ¿Entre nosotros.... explicacic No lo comprendo.

JUSTO No voy á echarte en cara los def-

de tu educación. Si consumes tus años en la holganza, culpa mia es, porque no te obligué á tomar una carrera ó un oficio; si gastas y derrochas: haces bien, que, para eso te criaron en la opulencia. No te acostumbré al trabajo, y horror te inspira; te ofrecí la más completa libertad y en ella te envileces. Comprendo tu razón, pago tus deudas y respeto tus vicios. Pero hallo en tu conducta una falta que puedo reprenderte, y, cuando todo te lo he perdonado hasta hoy, quiero avisarte, y poner correctivo, si persistes en abusar de mi bondad, comprometiéndome torpemente.

FERNANDO *(Displicente)* Ya sé á donde vamos.

JUSTO Ahora Mercedes te advertía: las gentes no hablarán de otra cosa; todo, á tu alrededor, te repite lo mismo; no queda en tu corazón otro sentimiento; ni otra idea en tu cabeza. ¡Como no has de saber adonde vamos!

Pero, lo que no sabes, desdichado, es, á donde llegaremos si no corrijes tu locura,

FERNANDO Mercedes... Las gentes... ¿Que importa lo que piense Mercedes y lo que digan las [illegible]tes?

[illegible]USTO Pero te importan la honra y la fortuna [illegible] tu padre y una y otra pueden perderse por tu [illegible]a.

Cuando se abrigan tales pasiones y se tiene vergüenza, no se abusa de la confianza de un amigo y de la hospitalidad de un padre.

FERNANDO *(Con orgullo.)* Quiere usted humillarme.

JUSTO Tu eres quien me humilla y me provoca; tu, que te sirves de este lugar para palenque de tus ruindades; tu, que aprovechas miserablemente el honrado refugio que mi casa ofrece, para gozarte en la deshonra agena; tu, que olvidas á tu hermana, y la pones en peligro; con tus vilezas la ofendes y con tu ejemplo la provocas; en vez de atenderla, y contrarrestar con tus cuidados los desaciertos de su esposo.

FERNANDO Tendré yo la culpa de todo: si el conde Angel resultó baduleque, si Carolina es mal casada...

JUSTO No te reprocho tus defectos; mal puedo echarte á la cara los que no son tuyos. Pero, quise que supieras todo el daño que haces y lo que puedes influir en las torpezas de cada uno.

Al principio te lo advertí. Esta vez has abusado, comprometiéndome. Si tu no te reportas, yo pondré correctivo.

FERNANDO *(Con altivez.)* ¿Como.?

JUSTO Tus vicios te hacen mi esclavo. No hay

un hijo más sujeto á su padre, que tu, viviendo tan libre.

Necesitas un palacio: necesitas caballos y coches y dinero abundante. ¿Dónde los encontrarás saliendo de mi casa?

El conde Angel tenía un título, un nombre que vender y vendió su nombre. Tú ni eso tienes. Cuando te veas en medio de la calle, sólo y á pié, con la levita raida; serás un pobre diablo.

FERNANDO *(Abatido y desesperado.)* ¡Es verdad!

JUSTO El más pobre, el más inútil de todos. El más desnudo, el más despreciable.

FERNANDO Oh ¡Basta, basta!

JUSTO Y, en cambio; mientras yo te amparo, mientras yo te cobijo: ¿Qué hombre no te envidia; qué mujer no te pretende?

FERNANDO *(Con desaliento.)* ¡Esa pasión; esa pasión...!

JUSTO Se cura en dos meses. Uu viaje á Italia; por ejemplo; un viaje con buena compañía... ¡Pobre inocente!

FERNANDO Obedeceré. Ya lo ha dicho; soy esclavo.

STO Mas sujeto á mi, que sus hijos al me-
al cuando ayudan á su padre en el taller y
palos obedecen. Porqué los hijos del menes-

tral, una vez que aprendieron el oficio, pueden escapar, y el mundo es ancho para ellos; y tu cada día te vés más ligado por tú misma libertad.

FERNANDO ¡Si comprendiera usted lo que llego á pensar!

JUSTO Lo adivino: conozco tus mezquinas ideas.

Pero, si yo hubiese querido á Pura, llegara mucho antes que tú! ¡Nunca dejarás de ser niño! Ella, en cambio, es tan mujer, que conoce muy bien sus intereses... El tiempo te lo dirá.

No es eso lo que me dió cuidado. Es que mi fortuna depende por completo de su marido en este momento; es, que si Enrique se amostazara, podría lanzar sobre mí la deshonra y la perdición; es, que lejos de sentirme poderoso como tú supones, estoy atravesando una crisis fatal; que no tengo más amparo que el de ese amigo, que en su mano están todas las miserias que me abruman, y puede, cuando le plazca, darlas á conocer; es, que una importunidad tuya, puede ser la chispa que prenda una hoguera de odios, y, si esto llegara por tu culpa... No se que sería de ti! *(Le mira lleno de ira. Fernando baja los ojos, aterrado. En este momento entra Carolina.)*

ESCENA VI

JUSTO, FERNANDO, y CAROLINA, entran por la segunda izquierda

CAROLINA. Papá; un caballero le aguarda en el despacho.

JUSTO ¿Quién es?

CAROLINA. Don Calixto Avenzua.

JUSTO Voy allá *(Vase primera izquierda.)*

CAROLINA. *(A Fernando.)* Por qué disputabais?

FERNANDO. Porque desde algun tiempo á esta parte, aquí se formaba una nube tempestuosa, y era necesario que alguna vez reventara. Sobre mi ha caido.

CAROLINA. ¿Sobre tí? ¿Con que razón?

FERNANDO. *(Irritado.)* Tú eres necia. Con la misma razón que al desatarse un rayo, hiere al que coje debajo. Yo estaba más cerca, era más débil, y me partió.

(Desesperado y abatido, siéntase.—Carolina se la acerca con dulzura.)

CAROLINA. Cálmate, Fernando: ten prudencia y paciencia. ¡La vida es tan difícil! A papá no le faltan motivos para revolverse contra tí.

FERNANDO. Ni le faltan motivos, ni le faltan ...s.

CAROLINA En sus manos estás porque su hijo eres.

FERNANADO *(Con ira.)* En sus manos estoy, porque... *(Reportándose.)* Anda: vete Carolina; no quieras adivinar lo que pienso.

CAROLINA *(Tristemente.)* ¡Contra tu padre!

FERNANDO *(Levantándose con fiereza.)* Contra él y contra todos.

Me veo humillado, vencido, y siento crecer un odio que me avasalla. Odio contra los que me abandonaron cuando era inocente, odio contra los estúpidos que me envidian, odio contra los fuertes que pasarán sobre mí. Los temores de papá, me han hecho ver lo que yo ignoraba, lo que nunca me paré á pensar.

Ahora comprendo el papel que aquí representamos, y para que servimos. ¡Cariños!... Los negocios no dejan tiempo para fomentarlos.

¡Condescendencias!... Estudiadas, para llegar á un resultado preconcebido. Es un cálculo seguro; una especulación como las demás.

Al verme siempre alejado de aquí, al saber que nunca me ocupaban los asuntos de esta casa, y al pensar que lucía y derrochaba, me habrás creido inútil y gravoso, descariñado y embebecido en l locuras, mientras á él le juzgabas débil y com ciente padre, víctima de mis desvaríos.

¡Error! ¡Error! Así pensando: tú, y todo el mundo, y yo mismo nos engañábamos, mientras él se reía de nosotros. Sí reía, porque todos éramos sin saberlo, sus servidores y á la fortuna le conducíamos: yo con mis locuras, tú con tus orgullos y los demás con su credulidad. Todos éramos ruedecillas de la gran máquina que sólo él mueve y hace trabajar á su antojo. Inconscientes nos agitamos, creyéndonos libres, y estamos sujetos á él, que nos explota.

CAROLINA ¡Que cosas dices, Fernando!

FERNANDO ¿Que cosas digo? La verdad purísima y radiante, no las rechazaría. Sí. Ha entrado en mi cerebro un rayo de luz, y ¡lo veo todo tan claro!

Es preciso hacer ostentación de la riqueza propia, cuando se quieren ganar la confianza y la riqueza agenas; es necesario hacer bullir el oro en nuestras manos para que se deslumbren los ojos de quien atento nos mira; es indispensable que siempre nos vean, que con nosotros se rocen, que de nosotros se ocupen, que nos admiren por fuertes y nos adoren por soberanos poderosos.

Tú ignoras todavía, que, la pintoresca fachada un palacio, el caballo que triunfa en las carre- la mujer mercenaria que usa elegantes vesti-

dos y lujosos trenes, son, para el explotador avisado, pasquines que publican su fortuna y ponen á la luz el tesoro que rebosa en su caja.

¡El explotador! Cuando luce, cuando derrocha, cuando enloquece; no tira su dinero: lo siembra.

¡Como nos engaña! Cuando creemos que nos obsequia, pagamos, sin saberlo, sus festines, cuando pensamos que nos mira con orgullo desde su altura, se arrastra cautelosamente á nuestros pies para tender el lazo; cuando dice que se divierte, ¡se anuncia!

Sus pasiones, sus juegos, sus alteranías; todo farsa y negocio, ¡Que tarde lo aprendí! Hasta sus hijos... No lo dudes, Carolina.

Mi padre no me obligó á servirle, á trabajar en su despacho: para eso vale cualquier muchachuelo. No me introdujo en la Bolsa para que allí le ayudara con reserva: Enrique lo hace perfectamente. Lanzóme al mundo y á los placeres, donde mejor podía servirle. Yo, triunfando, gastando, derrochando, soy el pregón de su fortuna; el anuncio perfeccionado.

CAROLINA *(Aterrada.)* ¡Calla, calla por Dios!

FERNANDO Y tú, no eres otra cosa *(Pausa.)* ¿Sabes por qué tus exigencias se satisfacen?

CAROLINA ¡Oh! No sigas, no sigas.

FERNANDO ¿Por qué, tus caprichos no encuentran contrariedad alguna? ¿Por qué tienes brillantes á granel y trajes á montones? ¿Y, por qué se ha fomentado tu orgullo, por qué se ha realizado tu desastroso casamiento? Sabes por qué vive Angel en esta casa, en vez de ser arrojado al arroyo; por qué no se cercenan sus abusos, por qué se mantiene entre todos este difícil equilibrio que parece paz y bienandanza?

CAROLINA Por favor no quiero sospechar.

FERNANDO ¡El negocio, el anuncio! Aquí, todos cumplimos nuestra misión; aquí no existen inútiles ¡Miente quien lo crea!

CAROLINA Y tú, como has imaginado...

FERNANDO Papá me dijo lo bastante para que yo adivinase lo demás. Ya te lo advertí.

Un rayo de luz roja iluminome; ví claro un momento, ví el fondo de la sima, para mi oscura, insondable hasta entonces. Pero, al perder mis creencias de niño, he adquirido una satisfación: Ya sé que no soy un ser inútil en esta casa.

CAROLINA Y ¿qué proyectas?

FERNANDO Seguir desenpeñando mi papel de ¡uina obedecer y callar. Papá es diestro y supo rme á él. ¡Quien, al vernos juntos, pensaría que tu esclavo!

(Momentos de silencio. Luego entra Julio por la segunda izquierda.)

ESCENA VII.

CAROLINA FERNANDO Y JULIO.

JULIO Muy pensativos estáis. ¿Habréis tenido la mala ocurrencia de haceros filósofos, cuando yo, por seguir vuestro ejemplo me hice negociante?

CAROLINA ¿Nuestro ejemplo?

JULIO Claro está ¿Qué hubiera yo sabido nunca de tales cosas? En esta casa las aprendí por vez primera, y, con las lecciones aquí recibidas bien pronto he sido maestro.

CAROLINA Pero no tan maestro que sepas disimular con aparente calma la hiel que bulle dentro de tí.

JULIO Ciertamente; muy amarga es. Al principio, su sabor me repugnaba y estremecía; pero, acabé por acostumbrarme; y hoy, me juzgas mal si piensas que finjo tranquilidad y tasco el freno.

FERNANDO ¿Has ido á la Bolsa?

JULIO No voy casi nunca, ni hago allí maldita la falta.

He comprendido que hay algun duende misrioso empeñado en servirme y que se cuida de

negocios con más afán que yo. La fortuna, es humilde conmigo y me busca en todas partes, me atiende á todas horas y me aconseja siempre lo mejor. A la postre, tropecé con mi verdadera senda. Mentira parece. Yo habia nacido para rico, y, si persisto en el ridículo empeño de asegurarme una modesta posición, muero hambrinto.

Como imaginar, que, al perder á mi madre, al sentirme vencido por traidores y humillado por perjuros, al huir de mi cerebro y de mi corazón las ilusiones, la fortuna me aguardaba con los brazos abiertos.

FERNANDO Ni yo hubiera creido jamás que lograras hacerte rico.

JULIO Esta es la vida. Busqué un pedazo de pan sintiéndome con fuerzas para ganarlo, y no me lo dieron: lancéme á un torbellino que no comprendía, y, he sacado el oro á manos llenas. Trabajé con empeño de ser útil, y todos me despreciaron, cuando nada esperaban de mi. Hoy ando vagamundo, y todos me considerán, porque á unos inspiro respeto y á otros envidia.

Y. lo peor de todo, lo más extraordinario, es que
smo llego á ufanarme algunas veces de lo
soy, despreciando lo que fuí. La fortuna tiene
gos traidores y me inspira un resentimiento

contra el pasado. De pobreza murió mi madre; y, en cambio, yo vivo ahora en un verdadero palacio de sueños: gracias á la fortuna.

Era mi mayor ilusión, concebida como irrealizable cuando fuí niño y modesto. ¡Irrealizable! ya llegó á cumplirse: y, en cambio, muchas otras que me parecieron más asequibles, nunca llegarán.

FERNANDO ¿Habéis terminado ese asunto?

JULIO Antes de ayer firmamos la escritura de venta y pagué á tu papá los quince mil duros convenidos.

CAROLINA Como tienes dinero, harás mucha obra.

JULIO No pienso mover, ni una flor, ni un ladrillo.

Con mis recuerdos me acompaño, porque la soledad me aterra y los recuerdos llenan mi casa. Se dibujan en los muros, palpitan en los muebles, toman vida en las plantas del jardín y frescura y luz en el ambiente. ¡Cuantos hijos de la fantasía, seres que la ilusión forja, pero que parecen realidades en aquel recinto, destruirían el martillo del albañil y los pinceles del artista! Que vivan allí conmigo, pues allí nacieron. Vosotros los despreciasteis; yo los adoro.

FERNANDO *(Con frialdad; adelantándose hasta el proscenio.)* Y nadie te los disputa.

JULIO ¡Mentira parece! *(Adelantándose tambien hasta llegar al lado de Fernando.—Carolina queda sentada detrás, á bastante distancia de los dos.)* No recuerdas con gusto los años de tu niñez, los juegos inocentes, que nos colmaban de gozo, los delirios que juntos formábamos y discutíamos, los sencillos amores de que me hiciste confidente y consejero, los versos que redactábamos para tus novias, las esperanzas, las ilusiones... *(Carolina se levanta y se vá por la puerta del fondo.)*

Tú eras entonces algo voluble; te acicalabas mucho y fingías más. Las pobres niñas lloraban sin encontrar compasión en tí, cuando reñías con una para querer á otra. Eramos la fábula de aquella infantil sociedad femenina, tú por tu inconstancia, yo por mi fidelidad. Yo era más sensato que tú, pero tú eras más listo que yo, más atrevido y más valiente. Cuando hacía falta un consejo yo lo daba; cuando eran oportunos los puñetazos, tú los repartías y te llevabas de calle á cuatro enemigos. ¡Que tiempos dos! ¿Pero, tú no recuerdas tu niñez con alegría?

FERNANDO *(Displicente.)* Carolina se ha ido escucharte.

JULIO Hizo bien si se aburría. Vosotros no quereis apreciar lo que yo aprecio, y, en cambio, dais importancia á lo que para mí no tiene ninguna. Tú no sabes, que me produce mucha pena vernos tan distantes, cuando hemos vivido tan juntos; ver que vosotros no me quereis, cuando yo os quiero tanto á pesar de los desprecios que me hicisteis.

Ahora, ya no es el amor á Carolina; te lo juro, ella está casada y yo soy honrado. Es la noble amistad que brota purísima del fondo del alma; y mi amistad se reparte por igual entre tú y ella. Después de aquella edad inocente, cuantos años pasaron, odiándome tú y sufriéndome apenas ¿Por qué me odiabas? ¿Por qué sabía más que tú? ¿Por qué acaso era más dichoso siendo más pobre? ¿Por qué tu orgullo me juzgó muy bajo para hacerme tu igual? Yo, te quería siempre, te quiero aun. Ya no puedes amargar nuestras conversaciones con burlas y alfilerazos. Mis estudios, mis esperanzas, mis ideas, que mil veces hicieron brotar chispas crueles de tu agudo ingenio, nada significan para mí. Ya soy un hombre positivo y práctico hasta la evidencia; ya sé ganar millones; ya salí de mi estupidez para entrar en la sociedad por la pu del triunfo; ya no puedes reprocharme nada ¿Q res que volvamos á ser amigos?

FERNANDO *(Con frialdad.)* Pues ¿no lo somos?

JULIO Amigos, como en aquellos tiempos primeros; amigos para consultarnos nuestras miserias y ayudarnos en nuestros apuros, amigos de corazón á muerte y á vida; como cuando yo hacía por ti versos y tú pegabas por mi puñetazos.

FERNANDO Poco te preocupan tus asuntos si aun te dejan tiempo para pensar en esas niñerías.

JULIO Mis asuntos no consisten solamente en amontonar dinero, porque no es el dinero quien todas las dichas proporciona. Soy más egoista que vosotros, y miro en el porvenir que no quisiera ver desierto.

Cuando los placeres hayan consumido tu energía, cuando la fortuna consienta que tu caudal se agote, ya no te quedará nada en el mundo. Pues bien; yo quisiera, cuando la salud me falte y la ruina me asedie, tener algun consuelo. Yo quis era que tú me lo procuraras, y pr curártelo yo... ¡Imposible! ¡Yo no sabré olvidaros y vosotros nunca me podreis querer! *(Acaba esta frase muy enternecido.)*

FERNANDO *(Con dureza.)* Julio; no vivas eter- -te soñando. Eres rico, afortunado. Fácil es caiga; pero tú, te hiciste fuerte, para nada esitas.

(Apártase de Julio, mostrando más cansancio que indiferencia.)

JULIO *(Mirando fijamente á Fernando cuya dureza le lastima. Pura entra en este momento por la segunda izquierda y escucha.)*

¡Me sigues odiando! Antes, porque sabía más que tú; ahora, porque soy más rico tal vez... Ese odio... ese odio lo engendra la envidia...

¡Desgraciado! ¡Eres envidioso!

(Llévase á los ojos el pañuelo. Pura se adelanta y Fernando la vé.)

ESCENA VIII

FERNANDO JULIO Y PURA

FERNANDO *(Corriendo hácia ella y cogiéndole la mano.)* ¡Pura!

JULIO *(Al verla, secándose los ojos precipitadamente, procurando serenarse, irritado contra su debilidad tan mal correspondida.)*

Que no comprenda mi estúpida emoción.

(Hace á Pura una reverencia y sale por la segunda izquierda.)

PURA Sin duda interrumpí alguna conferencia interesante.

FERNANDO Habíamos terminado ya.

PURA ¿De modo que no he sido importuna? ¿No habrá molestado á Julio mi presencia?

FERNANDO Para que la suya no fuese inconveniente, apresuró su salida.

PURA En eso hizo mál. Yo hubiera escuchado con gusto su conversación.

FERNANDO Y yo, hubiera sufrido terrible tormento.

PURA ¿Por qué?

FERNANDO Porque siempre lo es para mi perder una ocasión de verte como ahora te veo.

PURA ¿Estamos sólos?

FERNANDO Mi hermana en sus habitaciones, mi padre en su despacho.

PURA *(Corriéndose hácia la derecha.)* Le tenemos cerca.

FERNANDO ¡Si él imaginase!... Pero, entró muy preocupado y ahora no se acordará de nosotros *(Pausa.)*

PURA Cuando tú me abandones...

FERNANDO Jamás, jamás.

PURA Cuando infiel me seas...

FERNANDO ¿Por qué lo imaginas?

A Me vengaré de tí.

NANDO ¿Por qué dices eso?

Me vengaré de tí. Muchas veces: muchas

veces lo he pensado. Tú, contra mí, lo podias todo: yo, no tenía un arma, ni una sola, para herirte.

FERNANDO ¿Para herirme?

PURA Para herirte. Indefensa estaba en tus manos, tú, podías olvidarme y envilecerme, y á mi, faltábame recursos para clavar en tu corazón una espina y envenenar tu sangre.

FERNANDO *(Queriendo echarlo á broma, desorientádo por la seriedad de Pura.)* No hay cosa más facil. Ya no es posible recurrir á brujas y hechiceros que preparaban pócimas y filtros para los amantes; pero, en cambio, la ciencia de hoy te ofrece sus adelantos, y, un químico cualquiera, sin artes diabólicas puede satisfacer tus deseos, preparándote alguna sustancia de tal naturaleza, que corroa en largo tiempo úna vida, ó la destruya en un instante.

PURA *(Sin desconcertar su gravedad.)* Las mujeres, conocemos otra química menos arriesgada y de sobra eficaz.

Nuestra ciencia, sólo se refiere á las pasiones; las estudia, las combina las hace reaccionar unas con otras, busca las causas, observa los efectos y la intuición le abrevia el camino adivinando resultados. Como nuestras operaciones atacan lamente á los espiritus, el código nos respe-

sin embargo, muchas veces al choque de dos sensaciones por nuestras mañas producidas, estalla con el espíritu el vaso que le contiene; muchas veces, esos roces sutiles de ideas y pasiones, bastan para desgastar una vida: ó la violenta agitación de los deseos, es suficiente para destruirla en un instante. Los venenos del químico dejan siempre un rastro que pueden seguir el médico y la justicia; nuestras ponzoñas atacan sólo al alma; y, si al ver una víctima, no falta quien nos acrimine, ni el médico se atreve á delatarnos, ni la justicia tiene razón para prendernos.

FERNANDO Sabes mucho más de lo que yo imaginaba.

PURA Y ¿por qué me creiste ignorante?

FERNANDO Porque te ví sencilla y amorosa.

PURA El amor ha sido mi maestro.

Nací en Paris y educóme una vieja muy arrugada, muy viva, muy anciana, y tan conocedora de la tosquedad moderna, como de la galantería de nuestros bisabuelos. Ella, me dijo muchas cosas que yo hubiera ignorado siempre; y las perfidias [illegible] hombres me iniciaron en muchas más.

[illegible]RNANDO ¿Las perfidias de los hombres te [illegible]echo sufrir?

[illegible]A ¿Por qué lo dudas?

FERNANDO Porque me parece imposible conocerte y no amarte.

PURA Pues bien, sí; amando es como dais tormento. Porque vuestro amor es egoista; porque no sabéis amar sin oprimir y sin envilecer. La mujer, al entregarse, piensa nada más en la dicha del hombre, y éste, al poseerla, sólo se preocupa de sus propios placeres. Cuando él delira, pretende absorver por completo la existencia de su amada, la marchita con sus caricias y la cohibe con sus celos.

Cuando el cansancio viene, la mujer se desespera y el hombre la abandona. Es la primera lección que nunca se olvida. Mas tarde, luchan los dos frente á frente, defendiendo cada cual sus ilusiones, como si fueran énemigos: cuando el hastío se aproxima, el hombre huye cobarde, y la mujer se venga si estuvo apercibida. Otra enseñanza que tampoco se pierde. Y al fin, la lucha es formidable, tenaz; entónces ella martiriza y él sufre; hasta que el hombre desfallece y la mujer se ríe.

Primero, lleva consigo un ángel; después, el instinto de la hembra la conduce y luego los espíritus infernales la guían. *(Momento de silencio.)*

FERNANDO Y ¿cual es la venganza que contra mí preparas?

PURA ¿Te interesa mucho conocerla para defenderte?

FERNANDO Mi pasión me defiende; pero querría saber en que consisten las prodigiosas combinaciones de tu química ideal.

PURA El más pequeño esperimento puede causarte zozobra.

FERNANDO No lo creas; tengo confianza en tí.

PURA Son tan sutiles y tan eficaces mis reactivos que llevarán la fiebre á tu corazón con mis palabras.

FERNANDO ¡Así te niegas!

PURA No, pues te obstinas: voy á complacerte: Tú me adoras y cifras tus ilusiones y tus dichas en mí. Eres orgulloso y mi cariño te envanece.

El amor, la vanidad y el orgullo; tres elementos que se aunan y amalgaman, obrando en el mismo sentido.

Tú odias á un hombre: le odias envidiándole. Julio te lo ha dicho; yo lo sospechaba, y ahora lo afirmo: es cierto. Envidia y odio se revuelven lejos de aquellos y ejercen su oficio en otra dirección.

[illegible]go yo, químico... espiritual, y con una sóla [illegible]da—ya ves tú si es perfecta mi ciencia—reu[illegible]s sentimientos distintos y distantes.

[illegible]r, odio, envidia y orgullo, chocan y se agi-

tan. La reacción se produce desarrollando sufrimientos y torturas. Si persisto en mi sistema durante algún tiempo, hago estallar el vaso.

FERNANDO *(Preocupado.)* ¿Qué dices?

PURA Cuando tú me desprecies ó me ofendas, Julio será mi venganza.

FERNANDO ¿Julio?

PURA Y tú llorarás y gemirás de dolor; la envidia torpe acabará contigo.

FERNANDO *(Afectado, pero queriendo hacerse fuerte y mostrarse tranquilo.)* El día que yo te desprecie...

PURA *(Con malévola intención.)* Nunca será tanto, que no te amargue saber que quiero á otro.

FERNANDO ¡Querer á otro despues de quererme y adorarte yo!

PURA Y si ese *otro* fuera Julio...

FERNANDO *(Sufriendo.)* ¡Tienes razón! Pero ¿serías capaz?

PURA Estoy resuelta; y mi elección no me parece del todo desagradable. Julio es ilustrado, simpático y discreto: ha sabido labrar su porvenir, hacerse una fortuna...

(Comprende la impresión que producen palabras y sigue remachando el clavo.)

FERNANDO *(Nervioso)* La suerte se la dió

PURA Yo creo que tu amigo se hará poderoso.

FERNANDO *(Vencido.)* ¿Por qué me martirizas?

PURA Para probarte la fuerza de mis medios. Si con tan poco zozobras...

FERNANDO *(Con tristeza.)* Es verdad, podrías volverme loco.

PURA *(Con zalamería.)* Recursos me quedan aún para conseguir mil veces tu cordura.

FERNANDO ¡Yo lo quise! pero, ¡me has causado una pena!

PURA *(Muy dulce.)* Que mis cuidados aliviarán.

(Fernando se pone en pié, desalentado.)

FERNANDO Ahora me obligan á separarme de tí por algún tiempo.

PURA *(Levantándose de un salto como una pantera. Rápida y enérgicamente.)*

¿A donde vas?

FERNANDO A Italia.

PURA ¿Quién lo dijo?

FERNANDO Mi padre.

PURA ¿Tu padre? Mírame Fernando *(Clava la ada en él.—Fernando levanta los ojos y la a también fijamente.)* ¿Es tu padre quien te na ese viaje, ó entre los dos lo combinasteis?

RNANDO Él obliga; yo callo.

PURA Y todo ¿á qué conduce?

FERNANDO A separarme de tí.

PURA Y ¿qué desean?

FERNANDO Que te olvide.

PURA ¿Por qué, ahora?

FERNANDO Porque ahora teme á tu marido.

PURA ¡A Enrique! ¿Y, si me propongo acompañarte?

FERNANDO *(Aterrado.)* ¡Imposible!

PURA ¿Si Enrique lo consiente?

FERNANDO ¡Que locura!

PURA *(Reflexiva.)* ¡Vivir sola con él y lejos de tí! ¡Jamás!

FERNANDO ¿No le quieres?

PURA No le quiero.

FERNANDO Pero, le respetas.

PURA Me voy sintiendo cansada

FERNANDO Y, mi padre...?

PURA Se reirá del engaño.

FERNANDO *(Perdiendo la vehemencia que animaba sus últimas frases, de nuevo desalentado y abatido.)*

¡Que fascinación! Tú no sabes...

(Se desploma sobre una silla.) ¡No puede no puede ser!

PURA *(Apoyándose con mucha coquetería*

el respaldo del asiento y cogiendo á Fernando una mano. Su voz es dulce, blanda y soñadora.) ¡Italia! ¡Mi mayor delirio! Jamás la ví; jamás; y siento ansia de viajar.—Iremos juntos á Italia. *(Al entrar Enrique por la segunda de la izquierda, oye la última frase de Pura y se acerca á ellos tranquilamente. Ella, al verle, se aparta de Fernando.)*

ESCENA IX

PURA, FERNANDO y ENRIQUE

ENRIQUE *(A Pura.)* Eres libre: Quise ofrecerte una redención que no merecías; engañé á la sociedad presentándote como esposa honrada, y humillas el nombre que te presto; mañana sabrá todo el mundo que sólo eras mi querida; y habrá indulgencia para mí, para tí desprecio... A casa iré á buscarte. *(Vase Pura. Enrique se acerca á Fernando.)*

FERNANDO *(Atolondrado.)* ¿Qué proyectas?

ENRIQUE *(Muy reposado.)* Evitar que mañana me acrimine, diciendo que se envileció porque la [illegible] sóla y desnuda; procurarle recursos para el [illegible] que vais á emprender, y decirle adios.

FERNANDO Y, serás capaz de maltratarla, ven-

gando tu despecho, cuando solamente de mí deberías pretender una reparación, puesto que has confesado que no es tu esposa.

ENRIQUE *(Sin perder su aplomo.)* Muy bien: yo soy el ofendido y callo, tú eres el corruptor y braveas. Yo te perdono y tú me amenazas.

Esa mujer que supo enloquecerte, segura está. Nada temas por ella; tranquilízate.

Aún no me considero bastante humilde, para poner la mano en su rostro.

FERNANDO *(Con fiereza.)* ¡Enrique!

ENRIQUE Llévate á esa mujer, y procura que no se aparte de tí en mucho tiempo, para que á ningún hombre honrado haga el daño que á mí no pudo hacerme.

FERNANDO ¡Mira lo que dices!

ENRIQUE Debieras agradecerme lo que callo. Tu proceder ha sido indigno; monstruoso. Nunca lo hubiera esperado de tí; nunca; y te conozco desde que naciste. Me has hecho daño; no porque me interese conservar á Pura, no lo creas; ya conozco muy bien cuanto vale; no porque me martiricen su desagradecimiento y su abandono; lo que me martiriza es tu traición. En la holganza te revuelves, la vida es facil para ti, el mundo te ofrece mil conquistas, las mujeres mil amores; y entre

todo lo que vés, entre todo lo que sientes y entre todo lo que aspiras, nada más mi deshonra te interesa.

¡Y de que medios te vales para lograrla y que circunstancias aprovechas! Cuando yo corro, trabajo y me sacrifico por salvar la fortuna de tu padre; cuando todo lo abandono para preocuparme de vuestro porvenir que se ve amenazado; entonces tú meditas y ejecutas villanescas traiciones; y mientras yo guardo cauteloso el secreto de vuestras desdichas, tú pregonas desvergonzado mi supuesta deshonra...

FERNANDO Veo en ti afan de ennoblecerte cuando procuras humillarme.

ENRIQUE ¿Mi calma te humilla?

FERNANDO *(Irascible.)* Más de lo que quisiera.

ENRIQUE Mide la distancia que hay de tí á mí. Tú, vendes al amigo que te ampara; yo, perdono al amigo que me vende.

FERNANDO *(Orgulloso y provocativo.)* La distancia que entre los dos existe, midióla ya el amor de una mujer, que te desprecia y me quiere, que te abandona y me sigue.

ENRIQUE *(Sin poder dominarse. Con gallar-*
Sin duda porque tú eres un canalla como ella
soy un caballero.

FERNANDO *(Satisfecho, al ver que logró sacarle de sus casillas.)*

¡Al fin!

ENRIQUE Tanto atizas la lumbre que prende la llama y puede ahogarte.

FERNANDO *(Irritado.)* ¿Tú? *(Ceremonioso.)* Mañana mis padrinos irán á verte; si no perfieres nombrar ahora los tuyos.

ENRIQUE *(Recobrando su aplomo.)* Muy niño eres aun, pero bautizado, estarás. ¿Para qué te hacen falta los padrinos?

FERNANDO *(Creciéndose al juzgar cobardía la serenidad de Enrique.)* Para bautizarte con sangre abriéndote la cabeza.

ENRIQUE *(Muy tranquilo.)* Sabrás batirte ¿no es verdad? Y supones que todo estriva en esto, Mientras tú perdías en la sala de armas el tiempo que yo empleaba en ganar honradamente mi vida: ¿pensabas obtener sobre mi alguna ventaja? ¿Creiste suficiente, saber esgrimir un sable y pulsear una pistola, para librarte de quien pusiera obstáculos á tus villanías? ¡Y por esto te juzgas hombre de honor y de corazón! Pues bien, yo te lo digo: eso, es vergonzoso, es cobarde ¿lo entiendes.?

FERNANDO ¡Vergonzoso! ¡Cobarde! *(Con ira y*

pausadamente) Y tienes cinismo para pronunciar contra mi tales palabras, cuando evitas torpemente un duelo que provocas?

ENRIQUE *(Vilioso desesperado)* ¿Yo, provoco? Lo has dicho; no te desmiento. ¿Quieres luchar? Ya no me opongo; sea. Pero, ahora mismo: ahora, que la sangre se agolpa en mi cerebro y ofusca mis ojos; ahora, que puedo matarte sin remordimiento.

FERNANDO *(Algo intimidado por la actitud amenazadora de Enrique.)*

Voy á buscar armas; pero, sin padrinos, la lucha es criminal.

ENRIQUE ¡Ah! ¿Quién te dijo que fuera honrada la lucha? Sólo la razón y la paz son honradas.

(Coge á Fernando por un brazo y lo empuja hacia la puerta del jardín.) ¡Abajo!

FERNANDO *(Defendiéndose.)* ¡Sin armas!

ENRIQUE *(Casi loco de rabia.)* ¿Y los puños? ¿Y los dientes? Así, riñen las fieras. Abajo; canalla, ruin; ¡Abajo!

(Salen por la puerta del jardín, golpeándose.)

ESCENA X

CAROLINA y la DONCELLA, entran por la segunda puerta de la izquerda conduciendo á MERCEDES que va desmayada. La sientan en un sillón. Mercedes no se mueve ni abre los ojos.

CAROLINA ¡Cosa más particular! ¿Qué le habrá ocurrido.

DONCELLA Afortunadamente yo estaba en la puerta cuando se sintió desvanecida, y pudo apoyarse algo en mi. Si ese desmayo la sorprendiera en la calle... ¡Pobre señora!

CAROLINA Esto dura demasiado. Sería prudente avisar...

DONCELLA Ya pestañea. Ya se le humedece la boca.

CAROLINA Doña Mercedes...

MERCEDES *(Sobresaltada.)* ¿Han advertido á tu padre?

CAROLINA No señora.

MERCEDES Necesito verle; quiero verle al instante.

CAROLINA *(A la doncella.)* Dí á papá venga.

(Vase la doncella por la segunda puerta izquierda.)

MERCEDES ¡Dios mio! ¡Que sorpresa tan horrible!... ¡Si fuese cierto!...

CAROLINA ¿Le anunciaron á usted alguna desgracia?

MERCEDES Si, una desgracia muy grande. La duda me atormenta. ¡Hija mia! ¡Si fuera cierto! No lo quiero pensar.

CAROLINA ¿Y papá tiene noticia?...

MERCEDES Sólo él puede tranquilizarme. ¿No viene?

CAROLINA Poco tardará sabiendo que usted le aguarda.

MERCEDES *(Meditando.)* Casi no es creible. Pero ¿quién inventa esas mentiras?

CAROLINA ¿Qué mentiras?

MERCEDES No; si no hablaba contigo; si estoy delirando...

CAROLINA *(Viendo á su padre que entra por la puerta primera de la izquierda. Dice á Mercedes.)* Aquí le tiene usted.

ESCENA XI

CAROLINA, MERCEDES y JUSTO

STO *(Dirigiéndose á Mercedes.)* Qué ocurre er: para que vuelvas tan apresurada?

¿Te sientes ya bien ó mando llamar al médico?

MERCEDES No. He corrido; he corrido mucho. Al llegar á tu puerta perdí conocimiento... Poco fué; un vahido; un desmayo; poco fué...

JUSTO ¿Te asustaste?

MERCEDES No; pero venía muy trastornada... Ya sabes que salí hácia casa de Anita donde Nieves está; pensábamos dedicar la tarde á compras. *(Mira á Carolina y calla.)* Siento una opresión... *(Mira de nuevo á Carolina, después á Justo y hace ademan de no hablar más por entónces.)*

JUSTO *(Comprendiéndola.)* Déjanos, Carolina. *(Carolina se va por la puerta del fondo.)*

MERCEDES Cuando iba por esas calles, sola y satisfecha, encontré un amigo á quien hace tiempo no veía, y me paró. Anunciéle la boda de Nieves, hablamos de Carolina y preguntóme algo de tí; algo, que me dejó en absoluto sorprendida. Sorprendióle á él mi excesiva ignorancia en asuntos que tanto se relacionan con los mios y... Puedes figurarte lo demás, si es cierto *(Mercedes calla durante algunos momentos y Justo sigue impasible mirándola.)* Hiriόme la sospecha; pero, como yo dudaba, el afirmó lo que decía. Un torvellino de ideas sobrecogióme, haciéndome ver oscurecido el porvenir de mi adorada hija. Sólo en ella pensé;

te lo aseguro; y vine corriendo á que me digeras la verdad, porque lo que me contaron, inverosímil me parece.

JUSTO ¿Qué cuentan; qué murmuran las gentes?

MERCEDES ¡Que te has arruinado!

JUSTO Y ¿tú lo dudas?

MERCEDES Me parece un engaño; y me conviene que lo sea.

JUSTO *(Con extremada ironía.)* Te agradezco todo el interés que me muestras.

MERCEDES No acibares tus palabras. Bien sabes que no es todo por tí; pero podría jurarte, que por mí, nada me preocupa.

Es por esa hija, por esa hija de mi alma, que me inquieto.

JUSTO Durante cinco años, cuidé tu capital, aumentando tu renta. Núnca me creí en el deber de referirte mis negocios, ni me remuerde la conciencia por no haberte anunciado mi ruina. Estoy arruinado; dispuse de tu fortuna, para no zozobrar antes de que se agotara la mía. En mí tuviste fe ciega cuando pude servirte; hoy, que por primera vez la necesito, me retiras tu confianza. Te asegu-
-y haces bien.

anquilízate. Si no queda otro remedio, mañana
-é las joyas de Carolina y esta casa, para

devolverte lo que tuyo es. El escándalo y el descrédito llegarán al colmo; no importa.

Soy un arbol caido. Apártate de mí.

MERCEDES ¡Que mal me juzgas, y que torcidamente mis razones aprecias! Si mía fuera la fortuna que á tu cuidado encomendé, yo te la abandonara. Pero, procede solamente de un hombre, que por amasarla con su trabajo, arriesgó su vida y encontró su muerte; de un padre qne al sacrificarse por ganar un puñado de oro, pensaba en la dicha de su hija: de un iluso que, al morir fiábala de mi torpeza, sin pensar que yo la expondría con ridículas confianzas. Hoy, es el patrimonio de una mujer apasionada, de una niña que jamás fué codiciosa y ahora deliria por ofrecer un tesoro al amante de su corazón, de una hija sumisa, pero que puede hacerme responsable de tan imprevisto desfalco.

Hoy te retiro mi confianza porque te veo pobre, y tuve fe ciega en tí cuando eras rico. Pero, recuerda con cuanto afan te recomendé siempre que no arriesgaras esa fortuna.

Si te hago mal, perdona, y mira que no puedo remediarlo.

JUSTO *(Despechado.)* Al fin, somos lo mismo todos.

Para vosotros los sensibles, como para nosotros los sensuales, el interés tiene más fuerza que la bondad y el agradecimiento.

MERCEDES Para nosotros, los débiles, hay algo más fuerte aún que vuestro material interés. ¡La conciencia!

(Enrique aparece sobre el quicio de la puerta del jardín, mira con espanto hácia atrás; luego procura rehacerse y se acerca á los tres personajes.)

ESCENA XII

MERCEDES, JUSTO Y ENRIQUE

ENRIQUE Buenas nuevas.

MERCEDES ¿Ha estado usted en la Bolsa?

ENRIQUE De allí vengo. Julio gana un caudal; pero á nosotros no há dejado de tocarnos alguna parte, aunque modesta. Julio hacia una operación gigante: advirtióme y le seguí, por supuesto en pequeña escala; no podíamos arriesgar, como él, doscientos mil duros. Fué asunto de media hora, noticias de conmoción, pánico, gritos; tres enteros de diferencia y el camino marcado para seguir...

:O *(Interrunpiéndole. Inquieto.)* ¿Hasta :?

'QUE ¡Quién lo averigua! La baja se pre-

senta imponente, aterradora. Es feroz alimentarse con el eco de tantas calamidades, pero la ganancia siempre consuela. Dos mil duros, vencidos están; sigo la jugada y la doblo porque aún confio que baje mucho más. La liquidación se acerca, presentándose favorable. La fortuna sonríe.

JUSTO *(Muy preocupado y cabiloso.)* Era ya tarde. ¡Si no ha llegado á tiempo! *(Desplómase sobre una butaca y se extremece como si fuera presa de una pesadilla.)*

ENRIQUE ¿Qué dices? ¿Qué te preocupa?

ESCENA XIII

MERCEDES, ENRIQUE y JUSTO—UN CRIADO por la puerta de la izquierda, trayendo en una bandejita de plata una carta.

CRIADO Una carta para el señor. *(Justo la coje febrilmente. Retírase el criado. Justo despues de leer la carta, se abandona con desaliento.)*

JUSTO ¡Tarde, sí; tarde, para mi salvación!

ENRIQUE ¿Te vuelves loco?

JUSTO Estoy perdido: mira *(Alargándole la carta.)*

ENRIQUE *(Toma la carta: hace un gesto de asombro y disgusto al leerla. Despues la tira y dice á Justo, con indiferencia.)*

Tú lo quisiste. Tú ceguedad te mata.

JUSTO *(Abatido; casi delirante.)* No, no lo creas. Es la desdicha, es la desdicha que obstinada me persigue. Yo confiaba en tí, resuelto á dejarme guiar por tus consejos; pero vino Avenzua, cuando no pensaba en él, vino á pedirme unas notas que yo podía proporcionarle; díselas y se fué pronto diciendo, que tenía mucha prisa. Dejele marchar... y al verle ya en la calle abrí precipitado la ventana, para darle una voz y escribirle una orden.

Fué delirio de un instante. Creí que me había herido el rayo de la fortuna y era el rayo de la muerte.

No he dudado de tí, pero me había olvidado de todo.

ENRIQUE ¡Veinte millones! ¡Treinta mil duros de diferencias!

JUSTO Al mismo tiempo, se ha propalado la noticia de mi ruina, y Avenzua teme con razón y quiere que le ponga pronto á cubierto.

(Pausa. Justo se levanta y con la cabeza muy abatida se acerca al balcón; las piernas le flaquean y allí se abandona sobre otro mueble. Cuanto la salvarse de lo mio dáselo, á Mercedes.

EDES ¡Que suplicio!

(Sigue hablando á Enrique.) Interésate

más por ella que por la suerte de mis hijos ¡Pobres hijos mios!

ENRIQUE *(Preocupado.)* ¡Veinte millones en alza, cuando todo se hunde! Tú capital agotado; el descrédito sobre tí...

JUSTO *(Con desconsuelo.)* ¡Soy un miserable!

Antes, cantaban todos mis alabanzas: ahora, cualquiera se juzgará con derecho para humillarme... ¡Y tendrán razón! Ya ¿Para que valgo?

ENRIQUE *(Acercándose á Justo.)* Haremos el último esfuerzo. Voy á la Bolsa y Julio me ayudará.

Animo: tal vez volveré pronto y satisfecho.

JUSTO Abandóname también. ¡Para todo es tarde!

ENRIQUE No desesperes ¡Valor! *(Dale un apreton de manos y se dirige al sofá de la izquierda, donde llora Mercedes.)*

Señora: si usted no piensa permanecer aquí, yo puedo acompañarla.

MERCEDES *(Levantándose con trabajo apoyada en el brazo de Enrique.)*

No tengo ánimos... Le seré á usted muy molesta.

ENRIQUE Apóyese bien; mi brazo es fuerte. *(Dirígense muy despacio hacia la segunda puerta de la izquierda)*

MERCEDES Y, la desgracia de Justo ¿no tiene remedio?

ENRIQUE Ninguno. Estos males son tan extraordinarios, que solo se curan cuando se ignoran. Desde que todo el mundo conoce sus causas, no haymedicina posible.

Muchas veces, en las grandes crisis patológicas, solo queda un remedio: la confianza en el doctor. Aquí, por el contrario, el último remedio es la confianza en el enfermo. Y ésta, una vez perdida, nunca se restablece.

(Salen: Carolina los vé marchar al asomarse por la puerta del fondo. Acércase á su padre que con las manos sobre la cara y todo el cuerpo caido hacia delante, sigue sentado á la derecha, presa de rudo abatimiento: arrodíllase á su lado y acariciándole con ternura le habla.)

ESCENA XIV.

JUSTO y CAROLINA

CAROLINA Perdóneme papá.

JUSTO *(Levantando la cabeza; tristemente.)* ¿Qué puedo perdonarte?

CAROLINA Mis torpezas, que no me permitie-
ivinar sus desdichas.

:O ¡Tus torpezas! ¡Pobre criatura! ¿Vienes á
perdón por tus torpezas, cuando eres víc-
as mias?

CAROLINA Es muy triste lo que pienso ahora. ¡He sido tan ingrata con usted! Si enlugar de construirnos un palacio, me hubiera criado en un rincon pobre y mezquino; si en lugar de vestidos y joyas, me hubiera ofrecido una saya modesta, y no tuviese yo, más coches ni más trenes que unos viejos zapatos, ni más amigos que la triste soledad, ni más espectáculos que un girón de cielo azul, que desde mi ventana se descubriese. ¡Oh! Entonces hubiera vivido para usted, siempre apercibida, hubiera comprendido sus temores al mirar sus espantados ojos, sus angustias al posar en su ardorosa frente mis amantes lábios, sus pensamientos al estrecharle contra mi corazón que los adivinara... Pero, sin dejar que viese la miseria ni las privaciones, quiso usted para mi la opulencia y la satisfacción. Sentime rodeada de tanta gloria, que los objetos absorvieron mis atenciones y mis cuidados, y no pensé jamás en quien la dicha me traía.

Lejos de usted no pude adivinar sus conflictos; pensando en mis comodidades, nunca me interesaron otros pensamientos; cuidadosa de las pena mis amigos, olvidé los dolores de quien ser debí tre todos el primero. Los recursos que usted procuró para hacerme feliz, me hicieron in

Así somos los hijos: el pedazo de pan se agradece y se comparte, y la fortuna poderosa no se toma en cuenta.

JUSTO *(Acariciándola.)* Dura contigo eres y mal te juzgas.

Pero, á mi—no mientas, Carolina—á mi ¿como me juzgaste?

CAROLINA Con bondad y sin amor, acordábame de usted siempre. Le creía honrado y generoso, viéndole más complacido en sus asuntos que en mi trato; y llegué á pensar, que, las intimidades dulces de la familia eran sólo placer para los pobres, que no disfrutan de nuestros costosos placeres.

JUSTO *(Con interés.)* Y ¿qué piensas ahora?

CAROLINA Pienso, que fueron muy grandes la ignorancia y el engaño en que viví; pienso, que puede haber en el corazón de un padre algo de más valor que todos los tesoros de la tierra.

JUSTO *(Enternecido.)* ¡Hija mia! Sabes que necesito consuelos y así me los procuras. ¡Que bondadosa eres!

AROLINA ¿No me juzgas sincera?

STO ¡Hasta hoy no he comprendido lo que una hija! ¡Hija de mi corazón! *(Abrázala llorando.)*

¡La vida es muy difícil; para todo es tarde!

(Levántase y dirígese hacia la izquierda Carolina queda llorando en el sitio que ocupó su padre. Cuando Justo llega al centro de la sala, Angel entra precipitadamente por la segunda puerta de la izquierda; sofocado y con el sombrero puesto; acércase á Justo bruscamente.Los dos se paran frená frentete y se miden con la vista.)

ESCENA XV

CAROLINA, JUSTO y ANGEL

ANGEL *(Con descaro.)* Acaban de darme una noticia.

JUSTO *(Iracundo, febril y amenazador)* La que todos me traeis apresurados, como si fuera nueva para mi. *(Angel se quita el sombrero y hace ademan de hablar.)* ¡Oh! Calla: sé lo que piensas decirme. Te juzgarás víctima de un engaño porque cuando te casaste con Carolina, mis negocios habían sufrido grandes quebrantos y no te lo advertí. ¿Es eso? Pues bien; no te advertí porque confiaba reponerme. Y, no creas que ahora me disculpo. Si yo sospechara entonces á donde íbamos á parar, no consintiera vuestro matrimonio, porque de sobra sabía lo que aquí buscabas, porque con solo conocerte imposible fuera dudar que, siendo Carolina muy rica podías no hacerla infeliz, pero que siendo pobre, te sobraba hiel para martirizarla y amargar

su vida. Yo no puedo defenderme ni defenderla; el infortunio, al fin, nos ha vencido.

Dueño eres de tus acciones y puedes intentar cualquier hazaña. *(Vase por la puerta primera de la izquierda y cierra con llave por dentro.)*

ESCENA XVI

CAROLINA y ANGEL

ANGEL *(Mirando á la puerta por donde salió Justo.)* Viejo loco: escupe todo el veneno que te hicieron tragar. A mi, no me llega. *(Acércase á Carolina.)* Ya viste lo que me dijo tu padre. Me insulta y le perdono; me odia y solo puede inspirarme compasión. Le compadezco: y á tí tambien, porque son muy duras las desdichas que os acechan. *(Con la suavidad conque pican las víboras.)* Mira como guardas el nombre y el título que te dí.

CAROLINA *(Sollozando.)* Que me vendiste dirás mejor. No puedo pagártelos en dinero y te los cobras en amarguras.

ANGEL Mi nombre y mi título, que siempre
honrados y que has de cuidar como precio-
as.

OLINA *(Levantándose con fiereza.)* ¡Precio-
as! que has arrastrado villanamente por el

suelo de todos los lupanares y por las cajas de todos los prestamistas. Tu título, tu corona. *(Arrancándose un imperdible que lleva prendido en el cuello del vestido.)* ¿La vés. tu corona? Estafador, mal hombre, ¿la vés tu corona? Eso hago yo con tu corona. *(La tira al suelo y la pisotea.)* Ya no puede quedarte duda; ya sabes como guardo tu nombre; Ya viste como lo pisoteo...

(Sollozando.) ¡Dios mio! ¡Dios mio! *(Siéntase y llora. Julio entra precipitadamente por la segunda puerta de la izquierda, y Angel al verle se pone el sombrero, le sale al encuentro y le habla con finísima frialdad.)*

ESCENA XVII

CAROLINA, ANGEL y JULIO.—Luego FERNANDO.

ANGEL *(A Julio.)* En esta casa ocurre algo muy grave. Procure usted servir de alivio á mi desventurada familia.

(Salúdale muy cortesmente y se va por la segunda puerta de la izquierda.)

CAROLINA ¡Villano! *(Irguiéndose amenazadora para lanzar á su marido esa imprecac encuéntrase frente á Julio; le mira con despr y le habla con amargura.)* Y tú ¿Vienes ahora gozar con nuestro sufrimiento?

JULIO *(Suplicante.)* ¡Carolina! ¡Siempre cruel!

CAROLINA Todos se alejan de nosotros ¿Por qué te acercas tú?

JULIO Porque me hicisteis distinto de todos. Porque mientras erais felices, yo sentía vuestra indiferencia y los demás vuestra constante atención; ahora que los demás huyen, permitid que os traiga un consuelo, pues, como yo, sois desdichados.

CAROLINA No ¡Tú vences y te haces rico!

JULIO *(Amargamente.)* ¡Rico; si; muy rico! El oro sube, sube á mi derredor, me tapa y me ahoga.

Desde que soy rico, nadie me conoce, porque apreciando solamente mi riqueza, olvídanse de mi.

Hoy se arruina tu padre, perdiendo menos de lo que yo gano y de poco me sirve.

A ofrecérselo vengo para salvarle.

CAROLINA *(Con orgullo.)* Y ¿piensas que puede admitir tu limosna?

JULIO ¡Limosna! El no me ha despreciado nunca. Mi confianza no le humillará.

FERNANDO *(Aparece por la puerta del jardín, apóyase en el marco y así queda, lívido, desenca-*
, desfallecido.)

engo muerto! ¡Vencido!

ROLINA *(Corriendo hácia él al verle.)* ¡Tú
¡én!

FERNANDO *(Apoyándose en su hermana, dirígese á la izquierda)* Enrique... me ha matado... ¿Y, mi padre?

CAROLINA *(Señalando la puerta primera de la izquierda.)* Allí.

(Iracunda.) Julio propone su salvación ¡el hipócrita!

FERNANDO *(Meditando.)* Julio... Su salvación... *(Decidiéndose; con arranque.)* ¡Sea! *(Desprénde se de su hermana y se aproxima á Julio.)*

¿Tú quieres?

JULIO Con toda mi alma: ¡salvémosle!

FERNANDO Si; si; espera. *Dirígese á la primera puerta de la izquierda y hace intención de abrirla. Al notar que está cerrada por dentro dá en ella unos golpecitos con el puño.)*

Papá... Cerró la puerta... Papá... Yo le llamo... *(Golpea más fuerte.)* Julio... Julio, te salva.. *(Gritando)* ¡Padre! *(Redobla los golpes.)* ¿Por qué no contesta? ¡Padre!... ¡Padre! *(Empuja con violencia, la puerta cede. Fernando entra y retrocede. al instante. Carolina se acerca.)* ¡Ah! ¡El! ¡Su sangre! *(Desesperado.)* Un cuchillo... ¡Su sangre! ¿Lo vés? ¿Lo vés?

CAROLINA ¡Qué horror! *(Se arrodilla á la puerta desde donde vé el cadáver de su padre. Fer-*

nando vacila y caé desplomado en los brazos Julio que corre á sostenerle.)

JULIO ¡Ya es tarde! ¡Siempre tarde para mi!

FERNANDO *(Delirante; sin incorporarse, vuelve la cabeza y mira con odio á Julio, que le d vuelve una mirada de cariñosa compasión.)*

La envidia me hace odiarte... ¡Si! ¿Te odio, y n amparas?... *(Haciendo esfuerzos para incorporarse sin poder conseguirlo.)*

¡Miserable! ¿Quién eres tú?

(Después de lanzar esta imprecacción pierde sentido.)

Baja el telón rápidamente

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

JULIO, sentado cerca de la mesa revolviendo los periódicos. ENRIQUE llegando por el fondo.

ENRIQUE Buenas tardes, mi querido periodista.

JULIO Corresponsal.

ENRIQUE Genio bursátil.

JULIO Afortunado.

ENRIQUE Veleidoso.

JULIO Precavido.

ENRIQUE Modesto.

JULIO Franco.

ENRIQUE ¿Es definitiva su resolución?

JULIO Si.

ENRIQUE ¿No tentaremos de nuevo á la suerte?

JULIO No.

ENRIQUE Una y otra vez mostrose favorable.

JULIO Temo cansarla.

ENRIQUE Es usted desconfiado y desagrade-

.IO Sé perfectamente hasta que punto es
·oria mi fortuna.

ENRIQUE Pero, no sabe usted hasta donde la fortuna puede ayudarle.

JULIO Me hizo rico.

ENRIQUE Nada es para ella, si pensó hacerle poderoso.

JULIO La locura y el desconsuelo entregáronme al azar. Jugué mi herencia, porque dispuesto estaba tambien á jugar mi vida. Hoy la reflexión y la paz que recobro, me apartan del peligro, y el ejemplo de D. Justo no se borra de mi memoria.

Usted no pudo verle, como yo le ví; con el cuello cubierto de sangre; los ojos espantados, las manos temblorosas... ¡Qué lección tan horrible para nosotros.

ENRIQUE Justo se obcecaba, y discurría de sobra, como los jugadores que, con ilógicos razonamientos, calculan en la rúleta el color favorable.

JULIO Esa confianza, el tiempo y los repetidos sucesos la imponen; porque al juego acuden los delirantes y los desesperados: los que llevan arraigada su torpe fe, y los que por no tener ninguna pueden abrazarse á cualquiera que aparezca como redentora. Yo lo siento en mí; cien veces la fortuna me ayudó; si otra vez probara, lo digo — vergüenza, estaría seguro de sus favores. Y es torpe y estúpido cuando se tiene criterio y —

ha perdido el juicio. Tres meses viví, desvaneciendo amarguras y amontonando caudales; alguna vez la ganancia me hacía olvidar mi desdicha; eso es bajo y ruín ¿Era posible recobrar ni con todo el oro del mundo la soñada felicidad, el amor de Carolina, la vida de mi madre? Pues bien: el oro me deslumbraba; con él olvidé mi martirio; con él adquirí este palacio de mis ilusiones...

Satisfacer el espíritu con la grosera ganancia; comprarlo todo con oro: ¿A quién no ciega? Y, si el azar nos lo trae: ¿quién duda del azar? Y, si la suerte nos lo quita: ¿quién no maldice la suerte? ¿Quién no construye altares y dioses? quién deja de luchar cuerpo á cuerpo, con esas infantiles vaguedades?

Mis libros, mis ideas, mis esperanzas: todo lo abandoné. Creo que hasta mis amores hubieran sucumbido, si yo persistiera en el juego infernal, arrebatador, que, sobre una montaña de bullidora espuma subíame á los cielos de la gloria.

Sí; llegué á la gloria, á la popularidad, á la opulencia. Todos me conocen, porque *brillo*, los necesitados me buscan y los envidiosos me alaban. La prensa repite á cada paso mi nombre; un ministro que despreció mis trabajos y se burló de mis afanes, amistoso me saluda, ofréceme una cruz, y ¿en

qué se funda para otorgarla? En que soy sabio y trabajador y noble y estudioso; ¡ni siquiera dice que soy rico! Eso, ¿no es elocuente?

Pero yo rechazo la honorífica distinción, mientras su excelencia no se lance á decir: «Pido una gran cruz, para premiar á un jugador que se hizo millonario en tres meses.»

ENRIQUE Eso no es posible. *(Riendo)*

JULIO ¿Por qué no ha de serlo? Cuando el oro es lo que se aprecia y lo que vale: ¿por qué no ha de ser lo que se honra? Descubramos el juego: ¡sobre la mesa las cartas! Si la fortuna, por casualidad ó por malas artes lograda es fuente de honores ¡á la rapiña! Si á la fortuna se le pide, como á los caballeros, una ejecutoria que pruebe la limpieza de su linaje. ¡Al trabajo!

ENRIQUE Al trabajo. Esa voz ha sido para usted la más poderosa y al trabajo de nuevo acude. Hace usted bien.

JULIO Enriquecióme la suerte; soy millonario. A nadie lo debo; á nadie lo robé; mi fortuna es mía; pero, persistiendo en el juego la esterilizo. El juego es infecundo. Vaivén contínuo de capitales que, ni se aumentan ni nada producen; movimiento costante de inteligencias que no razonan, de brazos que inutilmente se agitan; debil tela de araña

que se teje y se desteje á cada momento; actividad perdida, inútil y molesta.

El juego no es innoble, pero encanalla porque absorbe fuerzas y aptitudes que no aprovecha.

El juego me hizo rico, y ofrezco al trabajo productor mi fortuna. Si la suerte me abandona y el trabajo me arruina, mi capital no sufrirá una trasversación inútil; convirtiéndose, durante mucho tiempo, en salario de obreros y en *contribución* que redime de sus cargas al Estado.

ENRIQUE O en *gajes* delsobrestante si hace usted obras, en *ahorros* del encargado, si tiene usted fábríca ó almacen, en *dotes* de las hijas del colono si compra usted fincas, ó en *sombreros* para la señora de algun personaje si paga usted la contribución.

JULIO La inteligencia puede luchar contra la vil astucia; el cuidado evita el abuso, la publicidad aterra y contiene á la cruel tiranía; y, si esto no es bastante, la justicia recuerda que tenemos un código para los ladrones.

ESCENA II

ENRIQUE, JULIO.—El JARDINERO que entra por el fondo. Luego NIEVES.

JARDINERO Una señorita pregunta por doña Carolina.

ENRIQUE *(A través de los cristales vé á Nieves en el jardín, baja de prisa y vuelve luego con ella del brazo. Julio se aproxima á la vidriera que sujeta manteniéndola abierta. El jardinero se vá por la segunda puerta de la derecha.)*

¡Nieves!

JULIO ¡Usted honrando mi casa!

NIEVES Les habrá sorprendido mi atrevimiento.

JULIO Me conoce usted lo bastante para suponer que adivino sus bondades. Hay cerca de mí, seres que necesitan consuelo; cuando yo ninguno les puedo dar. Usted viene á traerselo sin duda.

ENRIQUE *(A Nieves. Mientras hablan los dos, Julio toca un timbre. aparece una criada por la segunda puerta de la izquierda.)*

¿Y mi señora doña Mercedes?

NIEVES Deseando ver á usted á quien está muy agradecida.

ENRIQUE ¿Y mi señor capitan?

NIEVES Según él dice; á las puertas de la gloria

ENRIQUE Pronto entrará en ella conducido por la mano de un angel.

NIEVES ¡Adulador!

(Momentos de silencio; Julio se aproxima á Nieves.)

ENRIQUE *(A Nieves, bajito, dándole la mano.)* Mis recuerdos á mamá; y á ese tunante, dígale que le tengo envidia. *(Saluda después á Julio y sale por el fondo.)*

ESCENA III

JULIO Y NIEVES

NIEVES ¿Cómo está Carolina?

JULIO Ella no lo dice, y yo no quiero pensarlo.

NIEVES ¿Y, usted, se ha retirado de los negocios?

JULIO Del juego. Necesitaba una existencia más activa; un objeto que me preocupase constantemente; un deber que se incautara de todas mis horas. Por fortuna, en aquel triste viaje á que me [illegible]on mis desdichas, como si las honradas gen- [illegible] .ivinaran mi desesperación y mi tortura, en [illegible] partes hallé amigos que me hicieron com- [illegible] la vida social y el trabajo que yo desco-

nocía. Mi educación hasta entonces fué insuficiente; los libros no pueden enseñarlo todo, y yo no tuve más compañeros ni maestros que mis libros. Tal vez creyóme sabio, alguno, mirándome solo en mi habitación mezquina, pero yo era ignorante lanzado en el mundo; mis derrotas me lo habían demostrado.

En mis últimos viajes, pronto aprendí á trasformar en trabajo productor mis conocimientos y mis estudios teóricos, y me propuse vencer y lograr fortuna, ó morir en la demanda. Mis ilusiones estaban perdidas, el amor huía de mi buscando vanidades mundanas, despreciábame la gloria entregándose á quien nunca la mereció, como vulgar impura. Faltóme valor para coger un cuchillo y csgí... una baraja; el juego me ayudó y me hizo rico. Hoy, el trabajo me sostendrá: mañana, tal vez acabaré como D. Justo. ¡La vida es muy amarga!

NIEVES ¿Y Fernando?

JULIO Apenas hablo con él. Las noches que Carolina descansa, yo le velo; pero nunca cruzamos una palabra que pueda provocar una explicación. Está herido, de muerte. La lucha con Enrique; la sorpresa de su ruina; el esfuerzo que le costó derribar la puerta; el horror que le produjo la sangre de su padre. Todo contra él, que no co-

nocía la contrariedad ni el sufrimiento y que sufrió en una hora por toda una vida.

Humillado, abatido, miserable, moribundo, sintiendo su debilidad y su despretigio; cuando levanta los ojos y me mira: ¡lo leo en sus ojos humedecidos! le inspiro compasión; *(Profundamente afectado.)* á él, que me ha odiado siempre porque me envidiaba!

Cómo debe suponerme, cómo me verá, para que no me odie, ni me envidie... ¡y me compadezca!

NIEVES *(Despues de algunos momentos de silencio; Julio procura desimpresionarse y Nieves dá otro giro á la conversación.)*

Me han dicho que se dedica usted al periodismo.

JULIO Es la ocupación que me llena, mientras planteo algunos asuntos que me procurarán más importantes ocupaciones. El director de un diario de Berlin, á quien traté mucho durante mi viaje, nombrome hace algunos días su correspoesal. Con este motivo, me muevo siempre, voy á todas partes, hablo con todo el mundo... y huyo de aquí, donde mis amarguras son atroces.

Luego, clasifico mis noticias, escribo mi corres-
ncia, y, cuando la fatiga me vence, duermo
tan rendido que ni fuerzas para soñar me
m. Ni la más leve reminiscencia se agita en

mi memoria. Al despertar me siento ya repuesto y el trabajo nuevamente me absorbe. (*Momento de silencio.*)

NIEVES Estaría durmiendo, Carolina.

JULIO Sin duda; esta noche pasada veló.

NIEVES Y por mi han ido á despertarla. Yo volviera más tarde si usted me lo hubiera advertido.

JULIO Comprendií que la visita de usted había de hacerle más bien que su descanso.

NIEVES Yo hubiera vuelto.

JULIO Ya volverá usted. ¡Es tan triste la soledad; tan amargo el abandono! Y doña Mercedes vendrá tambien. Ella, es amable y sensible y caritativa.

Sí, que venga por caridad... ¡Es tan dulce consolar á los desventurados!

Y yo; ni eso puedo hacer.

(Carolina entra por la puerta de la izquierda. Las dos amigas se abrazan y lloran durante un rato bastante largo para que se compreda que la emoción les embarga la voz. Julio las cotempla conmovido, y luego se vá por la derecha, primera puerta.)

ESCENA IV

CAROLINA y NIEVES

NIEVES ¡Que ceguedad! Nuestro comportamiento con vosotros ha sido infame. A darte vengo

explicaciones que me disculpan; si tú las rechazas, yo me humillaré. Fuí siempre tú mejor amiga: no lo ignoras; la pasión me hizo abandonarte; una locura; una miseria vergonzosa, lo comprendo: pero mi egoìsmo no me conducía. Pensaba en él como mi madre pensaba en mí. Quien ama, delira.

CAROLINA ¡Oh! Si yo pudiera delirar como tú ¡Porque tus delirios son la verdad y mis realidades son el engaño! Tus ensueños de niña inocente vida toman para endulzar tu vida. En cambio: ¿qué se hicieron mis grandezas? Todo era real, pero falso; todo brillante, pero vacío; todo deslumbrador, pero pasagero. Rápidas ante mi cruzaron las dichas. Espesa llama fueron, que se deshizo en humo, dejando en el corazón amarga escoria.

Dolor, abandono, pobreza, y ultrage... Mira si es envidiable mi cohorte. Solo eso me queda; las venturas han sido veleidosas; las desdichas amenazan ser fieles y constantes. No hay salvación para mí.

(Toma asiento muy entristecida.)

¿Por qué me abandonaste?

NIEVES Porque la codicia me cegó. Vime arrastrada por la más vil de las pasiones. Anhelaba para
-nante, todas las dichas; pensé que con dinero
. satisfacer alguno de sus caprichos y pre-
ome desde entonces el estado de mi fortuna

Cuando tuve noticia del desastre de D. Justo, lloré de rabia y maldije.

¡Que duro es confesarlo! ¡Sabiendo que aquí viniste; dudábamos de tí. Calumniábamos á Julio que os arrastró y á vosotros que cedisteis... Os calumniabamos en vez de ofreceros protección. Mamá deliraba pensando en el dinero perdido, yo sentía la ruina de mis ilusiones, Pedro enfurecíase al mirar nuestro desconsuelo. ¡Fortuna! ninguno de los tres la quiso para sí; pero cada uno se angustiaba, pensando que no la gozarían los demás. Aquello era incomprensible. Siendo prudentes, generosos y desinteresados, parecíamos faltos de juicio, embrutecidos y codiciosos ¡Que torpeza!

Fascinados así, pasamos algunos días, hasta el de ayer, cuando llevó D. Enrique la liquidación á mamá. Un momento de calma dió lugar á que nuestra cordura se restableciera y empezamos á ser sensatos. Nuestra fortuna, mermada y reducida, ofrecíanos la sombra de una horrible desgracia... Pensando en tí, lloramos, y, si aquel llanto no bastase para lograr el perdon de nuestra vergonzosa culpa, creo que mi humildad lo ganaría.

CAROLINA La suerte puso entre las dos larga distancia. Pienso en tí como pienso en mi padre;

y, os veo tan lejos que no me queda esperanza de alcanzaros

NIEVES No; tu padre te aguarda, mas allá de la muerte: yo en mis brazos te oprimo (*Abrazándola.*) Mientras él te falte, yo te poseo; yo te gozo y te acaricio; eres mi hermana.

CAROLINA ¿Por qué no te acompaña doña Mercedes?

NIEVES No sale todavía: está convaleciente y espera que vayais á verla.

CAROLINA (*Muy agitada. Sollozando.*) A verla... Si... yo iré... iré.

NIEVES (*Cariñosa.*) No llores Carolina.

CAROLINA ¿Como no he de llorar, cuando creyendo, tranquilizarme acerbas mi dolor; si cuando consuelos me ofreces, tus palabras me martirizan si cuando te muestras generosa, me obligas á juzgarme torpe y envilecida ¿Serás mi hermana dices? ¿Tu madre quiere verme; querrá guardarme á su lado, separándome de aquí? Es noble vuestra obra, pero me desgarra el corazon! Cuando todos me abandonasteis, solo esta casa me ofrecio refu- esta casa que dejé por pequeña y humilde, me ía cuando era yo más humilde y más insig- nte. Recogía también á mi hermano moribun- iendo renacer aquellos años en que aquí

eramos dueños; y, disfrazando de este modo la humillante lismosna, hízola menos amarga y menos triste. Si tú supieras como vivimos desde aquel día desastroso! Julio recogió á Fernando que se desplomaba; oí una imprecación terrible, un quegido de muerte y una voz que decía.—«Salgamos de aquí» Tantos horrores juntos heláronme la sangre. Olvidé que mi padre quedaba en el suelo; anduve como un autómata sin pensar y sin padecer. Subimos á un carruaje... Toda la noche lloré; mi mi hermano parecía muerto. Con la luz de la mañana mis ojos vieron claro y la memoria me ayudó.

Estábamos en mis habitaciones, en nuestra casa. Julio se anunció, á las dos, como entónces que á visitarnos venía. Enterándose, conmigo y con él médico estuvo; luego, dionos la mano y se fué.

Eran mis criados los que me servían, mis muebles los que yo usaba, mi amigo de siempre quien como amigo quiso ayudarme... Bendije al cielo y procuré apreciar aquella generosa delicadeza.

NIEVES ¡Oh! Carolina; tu situación me hace temblar. Es preciso que huyas de los recuerdos que te asedian tenazmente; huye, sino, estás perdida.

CAROLINA ¡Perdida! Tú descubriste mi nuevo dolor.

Me juzgué razonable, y, tú lo has visto, estuve delirando. Siempre delirando, siempre huyendo del bien...

(*Fascinada y llorosa.*) Esta casa es de Julio, y Julio fué mi novio mucho antes de mi boda con el conde... Julio es muy bueno; desde que me tiene cerca, ni parece ya enamorado, aquello pasó; Julio es muy noble y me atiende, y me respeta... pero ya no me ama... tal vez me desprecie porque soy la mujer de un miserable. Apenas nos vemos, casi nunca y de nada importante hablamos; él en sus ocupaciones, yo, al cuidado del enfermo, siempre distantes, siempre indiferentes... y, sin embargo: es vegonzoso que yo viva en esta casa!

NIEVES (*Queriendo atennar sus apreciaciones y las tristezas de Carolina.*)

Vergonzoso, no, pero arriesgado, si... Hoy mismo, quiero que mamá venga; os despidireis de Julio y viviréis con ella...

CAROLINA Sí; con doña Mercedes nosotros, y tú con el capitan.

(*Hablando maquinalmente como una iluminada.*)

Con doña Mercedes, nadie tendrá que te-
.. Lejos de aquí, lejos de todo lo que despertar
ría mis dulces recuerdos.

¿Cuando me preocuparon los recuerdos? ¿qué falta me hacen? ¿de qué me sirven?

En cambio, las gentes me apreciarán; no dudando de mí. El aprecio de las gentes... ¡Ya lo creo!... Pero, la niñez, los recuerdos... Está muy distante mi niñez.., y mis recuerdos... ¡Ah! que tonterías...

Mañana iremos á vivir con tu madre.

NIEVES Tu honra de mujer casada exige que te acojas á ese amparo.

CAROLINA Mi honra; si, hay que poner a salvo mi honra... Y, estando casada, la honra de mi marido... ¡Ah! ¿Tú sabes lo que hace mi marido con su honra? La juega sobre un tapete verde cada tarde y la pisotea en las casas de placer cada noche...

¡Pero yo me guardo, y el mundo queda satisfecho!

NIEVES Estás muy nerviosa. (*Levántase. Carolina también.*) Descansa, tranquilízate, y luego ,vé preparando tu traslación. Yo voy á decir á mi madre que ya sois nuestros.

CAROLINA Sí: líbrala de sus dudas y dále un abrazo.

NIEVES Hasta luego.

CAROLINA ¡Ah! Mejor sería que no volvieses... Fernando queda muy tranquilo; yo podré dormir, y mañana...

NIEVES Mañana dormiremos bajo un mismo techo.

Adios, reina mía.

Se besan y váse Nieves por la puerta del jardín.

ESCENA V.

CAROLINA. FERNANDO Entra por la izquierda. Quédase apoyado ne una de las hojas de la puerta.

FERNANDO ¿Quién hablaba contigo?

CAROLINA ¿No conociste su voz?

FERNANDO De mujer pareciome, pero no la reconocí. ¿Quien era?

CAROLINA Nieves (*Acercándose á él Fernando se apoya en el brazo de su hermana y andan pausadamente hasta llegar al diván de la izquierda.*)

FERNANDO ¡Nieves! ¿Y su madre?

CAROLINA No: vino sola.

FERNANDO Podremos todavia serles útiles, cuando nos buscan.

CAROLINA Muy al contrario: tratan de sernos agradables.

FERNANDO (*Llegando al diván, se sienta, Carolina le arregla los almohadones y le ayuda á irse.*) ¿Cómo?

ROLINA Pretenden que vayamos á vivir con Mercedes.

FERNANDO ¿No es esta nuestra casa? ¿No vivimos aquí bien?

CAROLINA (*Con decaimiento y amargura.*) No Fernando.

FERNANDO ¡Tienes razón! (*Quédase un momento pensativo.*)

El dolor y la muerte se dispatan mi cuerpo; la envidia y los rencores ya no acibarán mi alma: una simple ternura la invade, acaso la engendraron la impotencia y la debilidad que me abruman.

Nada soy, nada puedo: el mundo me abandona y yo le olvido; ya no hay odios en mi: los temores no les dejan lugar.

Estoy tan humillado, que mis enemigos me inspiran respeto. Eran todos más fuertes que yo, y era yo más vil que todos, más imprudente, más tenaz.

¡Si supieras cuales son mis pensamientos. Pienso en mi vida pasada y me acrimino; en mis rivales, y temo; en mis víctimas, y, quisiera verlas á mi lado para implorar su perdón. Muchas veces, la vista se me ofusca; llévome la mano á los ojos para restregar mis párpados y los encuentro inundados de lágrimas. Muchas veces se deshacen en mi memoría las ideas que acaricio y preséntase fascinadora, tras el agradable recuerdo, la terri-

ble amenaza. Con que gusto renunciaría yo á lo poco que de pensar y de sentir me queda; con que placer viviría, como las estátuas de marmol, indiferente, impasible, sereno, sin que me hicieran temblar las sombras ni me conmovieran los pensamientos.

CAROLINA No hables tanto; no tortures tu imaginación; no te abandones al delirio.—Mira; tu mano abrasa ya; la fiebre aumenta.

FERNANDO ¿Y, la fiebre, disminuye cuando callo? (*Pausa.*) Tú no lo sabes, ni Julio. Esta mañana escribí á Pura, y á Enrique también. Quiero verla; quiero hablar con los dos: necesito hacer algo por su tranquilidad, yo, que tanto hice para su desdicha... ¿Lo vés? Estos recuerdos me torturan: pero, á veces renace alguno que me consuela... (*Momentos de silencio.*) Cuando el mundo me abandona, olvidado y pobre, viviendo en esta casa contigo y con Julio, sin nada que manifieste mi opulencia y mis locuras... á veces tengo paz y me animo y gozo. Los ensueños de Julio, sus abstracciones y sus fantasías... ¡Oh! tú lo sientes tam-
.. En todo hay algo de cierto.
s límites de la realidad y de la ilusión no es-
'efinidos; todas las ilusiones tienen un fondo
alidad; todas las realidades, evapóranse al fin

como la mas temeraria ilusión. Sin fe no hay vida, sin esperanza no hay fe; sin ilusiones no hay esperanza, sin fantasía, no se producen ilusiones. Yo pensaba siempre vivir en el más frio positivismo, y víctima fuí del más ciego engaño. Creíme, poderoso, envidiado, querido, fuerte: tuve fe loca en mi osada ostentación, esperanza en mis riquezas, ilusiones en mis placeres, fantasía para todas mis locuras... pero, se deshizo el encanto, y, halleme pobre, despreciado, inútil y vencido. El poder que otros admiraron, las envidias que me tuvieron, los amores que gozé, las fuerzas en que confiaba, todo ha sido tan fugaz como los falsos inventos del científico sin genio y las bastardas creaciones del artista sin inspiración... Pero, cuando estos yerran tienen disculpa, porque ignorantes ó no, se sacrificaron á un buen deseo, mientras que yo fuí víctima de la torpeza y de los vicios!

CAROLINA (*Viendo á Fernando muy abatido procura distraerle.*)

Todo pasó; no razones lo que no ha de volver; recuerda solamente lo que te agrade: tranquilízate y espera ¡Dá tantas vueltas la fortuna! Tranquilízate y acuérdate de como venció Julio...

Tal vez el porvenir te sonríe...

FERNANDO ¡El porvenir! Será injusto y

mientras no escriba su lema con estas palabras: «Piedad para todos los que deliran, cuando sean sus delirios honrados.»

CAROLINA Pensemos en otra cosa. ¿Nada me dices del ofrecimiento de doña Mercedes? ¿Querrás que vayamos á su casa?

FERNANDO Si, si; tú necesitas aquel amparo cuando yo muera. El mundo te mirará con indiferencia, pero tú le debes respeto y consideración. Estás casada, tu marido te abandona, nadie te defiende; pero, tú has de pensar en todo y en todos, porque si no lo hicieras, los que ahora no te ayudan y te olvidan, se fijarían en tí para degradarte y envilecerte. Aquella limosna será caridad; esta sería deshonor y verguenza. Nadie trabajará por tu bien y tu prestigio, pero tu mal y tu infamia ¡cuantos obreros encontrarían! Evita que tan villanas acciones contra tí se conjuren. Resígnate y sufre ¡Oh! El sufrimiento tendrá su recompensa como el placer desordenado su castigo...

(Habrásele apagado la voz que se ahoga por completo en la última palabra: Fernando reposa y calla; Carolina inclinada s [illegible] l solloza. Entre tanto, Angel aparece en la puerta del f[illegible])

ESCENA VI

FERNANDO, CAROLINA y ANGEL

ANGEL (*Con excesiva cortesía.*) Hallé la puerta entornada y franco el paso; nadie me salió al encuentro. A través de los cristales pude veros y á saludaros vine. Perdonadme, si fué osadía penetrar de tal modo en esta casa y presentarme á vosotros así.

(*Fernando no cambia de actitud, como si no le oyera, Carolina se incorpora y habla reposada y tristemente.*)

CAROLINA Teníamos la esperanza de no volver á verte.

ANGEL (*Irónico.*) Todo es creible de vuestra sencillez. Y ¿de que mal os remediaria esa esperanza?

CAROLINA Del que nos ocasiona tu presencia, robándonos la tranquilidad y el sosiego que nunca gozaríamos cerca de tí.

ANGEL Renunciaré á todos mis derechos, agradecido á tu mucha cortesía

CAROLINA ¿Qué dices ahora?

ANGEL No basta tu voluntad para desligarte de mí. Necesítas obtener mi consentimiento.

CAROLINA ¿Proyectas alguna infamia nueva?

ANGEL Me limito á recordarte lo que olvidas. Eres mi esposa.

CAROLINA (*Con amargura.*) ¡Todavía!

ANGEL Lazos terribles fueron, que te ligarán hasta la muerte.

CAROLINA (*Gimiendo.*) ¡Dios mio!

ANGEL (*Aparentando sufrimiento.*) ¡Bien me pesan!

CAROLINA (*Con desprecio*) ¿A tí?

ANGEL A mí: ¿por qué lo dudas?

CAROLINA Apártate, ¡mal hombre!

ANGEL (*Cínico y provocador.*) Como víboras acorraladas que sintieran sobre su piel agudos alfilerazos, lanzais veneno sobre quien os hostiga. Humillados estáis; víctimas de la soberbia fuisteis. No me culpeis á mí; yo no hice vuestra desgracia.

Culpad vuestra estupidez, vuestras necias pretensiones. Yo no engañé á nadie; vosotros me habeis engañado; yo dí lo que ofrecí, vosotros no dais lo que prometisteis; yo sigo siendo conde, vosotros habeis dejado de ser poderosos. (*A ella.*) T[illegible]dre me despreció poco antes de morir; tú i[illegible]as despreciarme cuando á la orilla de un a[illegible] te colocas. El orgullo palpita en todas

vuestras palabras, en todas vuestras acciones. ¿Y de que podeis ahora estar orgullosos?

De vuestra miseria, de vuestra deshonra; porque ya no sois ricos, ni fuertes, y vuestro porvenir está en mi mano.

CAROLINA Nada contra nosotros puedes hacer.

ANGEL Puedo llevarte conmigo á donde yo vaya, puedo torturarte y envilecerte, puedo vengar en tí los odios que neciamente me mostrasteis, puedo ennegrecer vuestra conciencia, comprometiendo al hombre que os proteje y os ampara.

CAROLINA Tú me has abandonado ¿Por qué vuelves á mi cuando nada puedo darte?

ANGEL Yo no te abandoné. Salí de aquella casa donde para mi honra eran todos enemigos; y cuando volví á buscarte, ya no te pude hallar; habías huido.

CAROLINA ¡Huir! No. Acompañé á mi hermano moribundo, aceptando el refugio que nos ofrecieron, porque allí el horror era tan grande, que ahogoba mi sufrimiento y amenazaba nuestra vida.

ANGEL Y, una mujer así, olvidando á su marido, sin contar con sus amigas ni preocuparse las gentes honradas, no sabe hacer otra cosa acogerse al amparo de su amante.

CAROLINA (*Con gallarda indignación.*) ¡Mentira!

ANGEL (*Sigue, cínica y sosegadamente.*) De su amante; á quien adoró en su niñez, de quien habíala separado su vanidad y á cuyos brazos la volvía la miseria.

CAROLINA ¡Mentira: mentira!

ANGEL Creí verte á mis pies, rogando tu perdón, y, así me contestas! Hace quince días que abandonaste tu casa y sin solicitar mi consentimiento, viniste á la de Julio.

No faltan espíritus apocados que te compadezcan, pero, en justicia, mía es la razón si contra tí entablo demanda. Ahora trátame con desdén, á mi que soy honrado y libre, que puedo llevarte á una galera de mujeres.

CAROLINA (*Desesperada.*) ¡Infame! ¿Qué pretendes? ¡Tuya soy! Humíllame ante la sociedad, pero, yo, ante tí, nunca me humillaré.

FERNANDO Basta (*A su hermana.*) Yo puedo salvarte, Carolina (*A Angel.*) Y tú, miserable, obra como quieras, pero vete de aquí.

ANGEL Las cosas deben pensarse muy despa-
antes de resolverse; tén calma y, al fin vere-
por donde salimos.

NANDO (*Irritado.*) ¿No te vás? ¿No? Im-

potente soy para obligarte; pediré auxilio á quien ayudarme puede ¡Julio!

CAROLINA (*Acercándose á él y conteniéndole.*) ¡Calla por Dios!

FERNANDO (*Gritando más: con visible dificultad.*) ¡Julio! (*Cae sobre el diván desfallecido.*)

ANGEL (*A Carolina.*) ¡Eso! Que venga él á defenderte!

ESCENA VII

ANGEL, CAROLINA y FERNANDO.—JULIO entrando precipitadamente por la primera puerta de la derecha.

JULIO (*A Fernando.*) ¿Eres tú quien me llama?

FERNANDO Si. Mírale... (*Indicando á Angel.*) Arrójale de tu casa... (*Julio clava en Angel una mirada escudriñadora y altiva; Angel sonrie y se inclina saludando cortesmente; Carolina se acerca á Julio suplicante. Todo muy rápido.*)

CAROLINA (*A Julio.*) ¡Prudencia; prudencia!

ANGEL (*A Julio, que ni contestó al saludo de Angel, ni se mueve, ni habla, dudando lo que conviene hacer.*) No se apure usted, que nada sucede; pero el pobre Fernando, deliraba. ¿Verdad Carolina? Deliraba, y pretendió arrojarme de a olvidando que su hermana es mi esposa, qu hermana es una víctima inocente de la imp-

sión, á quién otro marido, menos cauto y más celoso que yo, podría llevar á los tribunales, procurándole gravísimos disgustos.

JULIO ¿Por qué motivo?

ANGEL Sin duda viven ustedes con una sencillez paradisiaca ¿Un hombre ilustrado, pregunta por qué motivo se puede procesar á una mujer casada que se porte como Carolina?

JULIO (*Con entereza y dignidad.*) Es inocente.

ANGEL Y usted también lo es: yo no culpo á nadie; pero la humana sociedad tiene sus leyes y sus aprensiones, y arroja sobre mí una deshonra, que no existe, pero que yo he de soportar. Decidido á respetarlo todo, hasta los desaciertos de ustedes' y á huir de la verguenza que me abochorna, expatriarme pensé, y á despedirme vine. Yo necesitaba ver á Carolina, para que no siguiese creyendo que abandonada la olvido: quisiera llevarme alguna prueba de mi razón y vine cortesmente á buscarla.

CAROLINA Concluye pronto, que á todo estoy dispuesta ¿Qué quieres? (*Acercándose á su marí-*
Este saca del bolsillo un papel.)

ANGEL Traigo un borrador preparado, para
omizarte molestias y fatigas. Copia esta carta,

y, cuando yo mi libertad asegure, la tuya será ilimitada.

CAROLINA (*Tomando el papel que Angel la ofrece.*)

Y, si te complazco en esto: ¿te apartarás para siempre de mí?

(*Mientras Carolina habla con Angel, Julio se dirige á Fernando.*)

ANGEL Para siempre, aunque tú te acercaras, arrepentida. Nuestra separación aseguro, por si algun día tuvieras la famosa idea de buscarme.

CAROLINA No dejaré de advertir hácia donde caminas, para marchar yo en sentido contrario.

ANGEL (*Recalcitrante.*) Todo es facil.

CAROLINA (*Solemne.*) ¿Nunca, nunca volveremos á vernos?

ANGEL ¡Jamás!

CAROLINA Con esta condición firmaría mi sentencia de muerte. No sé lo que dices en este papel, y lo voy á copiar punto por punto. Tendrás lo que deseas: pero, si no cumples tu palabra, si vuelves á martirizarme con tu presencia, yo, debil mujer: (*Inspirada, viril.*) te prometo que tanta infamia no quedará sin castigo.

(*Julio se aparta de Fernando, este llama á debil voz.*)

FERNANDO ¡Carolina!

ANGEL Tu hermano te llama, quiere tal vez aconsejarte: óyele.

CAROLINA No pienses que retroceda, estoy decidida.

(*Apróximase Carolina á Fernando y Julio al conde.*)

JULIO ¿A donde vá usted?

ANGEL A Inglaterra.

JULIO ¿Y después?

ANGEL Las circunstancias lo dispondrán.

JULIO ¿Quiére usted que, mientras ella escribe, hablemos nosotros?

ANGEL Siendo usted complaciente para darme conversación...

JULIO (*Como interpretando la galentería del conde.*)

Usted se mostrará razonable. (*Andan los dos hacia la derecha. Julio indica al conde la primera puerta.*) Por aquí.

Entran: primero Angel y luego Julio por la primera puerta de la derecha.

ESCENA VIII

FERNANDO y CAROLINA

Mientras hablaban Julio y Angel, Carolina dió á su hermano la carta y leyola él

FERNANDO (*Devolviéndole la carta.*) ¿Esto vas á escribir?

CAROLINA Para librarme de un malvado.

FERNANDO (*Haciendo referencia al contenído de la carta.*) Esto, á tí te molesta y á él de nada puede servirle.

CAROLINA No creas que lo ignora.

FERNANDO Confesarte con ese hombre, darle cuenta de tus pensamientos y de tus inclinaciones, admitir su razón y su castigo, renunciar á ser suya sintiéndolo con dulces frases,á vivir á su lado prometiéndole cordura y soledad. Y desearle dichas, amores y placeres, para resarcirle de una desgracia que por tu culpa sintió... Esto expresa su escrito; y ¿vas á copiarlo con tu letra y á firmarlo con tu nombre? Y cedes á semejante impertinencia para librarle de sus necios temores...

CAROLINA Nada teme, pero finge.

FERNANDO ¡Precaverse para cuando le busqu
Aun sintiendo hambre, frio y dolor inmenso

posible que á su amparo te acojas y tu verguenza reclames?

CAROLINA ¡La verguenza de haberle pertenecido!

FERNANDO ¿Tan ruines llegamos á ser para que sospechen así de nosotros? ¡Ay! Carolina; pronto no quedará, ni el recuerdo de lo que fuímos.

¿Tú piensas á veces en aquellas grandezas?

¿Te acuerdas, como nos miraban todos, como nos aduló ese hombre? Y ahora ya le viste: fingímientos, amenazas, imposiciones... Cuando yo no tengo fuerzas para estrangularle, cuando por obrar noblemente tu inocencia comprometiste. ¡Le abandonaste! Sí; tiene razón. Él es la víctima, tú el verdugo.

CAROLINA (*Disponiéndose á salir por la izquierda.*) Voy á escribir.

FERNANDO (*Con amargura.*) Sírvele... (*Irónico.*) ¡Nada pide! Sírvele... la última vez que nos humilla; que se vaya pronto, que no vuelva jamás, que nunca le veamos...

CAROLINA Confieso mis ligerezas... renuncio á s dichas... Todo esto es necio. (*Refiriéndose al pel.*) y el no lo duda. ¿Para que lo querrá? ¡Mis erezas! los recuerdos, los amores, las esperanzas. s dichas!... vivir con él, gozar de su bondad,

llamarme suya... ¡Oh! Cuanto voy á reirme, copiando estas majaderías.

EL JARDINERO (*Entrando por la puerta del fondo.*) Una señora desea ver á D. Fernando.

CAROLINA Que suba. (*El jardinero sale por el fondo.*)¡ Es ella! (*Fernando se incorpora y se sienta ayudado por Carolina.*) Solos quedais.

Vase por la izquierda cuando entra Pura por el fondo.

ESCENA IX

PURA Y FERNANDO

FERNANDO ¡Pura! Ven; acércate á mi, siéntate á mi lado (*Pura se sienta en el diván al lado de Fernando.*) ¡En que situación me hallas! (*Pausa.*) ¿Nada me dices? ¿Nada me preguntas?

PURA (*Disimulando su indiferencia.*) El cansancio me rinde.

FERNANDO (*Conmovido.*) Y las penas te agoviarán también; los pesares, que no pueden faltarte. Ya que saber lo que me ocurre no ansías, cuéntame lo que te sucede, cuéntamelo todo, desde que dejamos de vernos: desde que hablaste con Enrique; todo, todo me interesa.

PURA Después de quince días de separación angustiosas dudas, recibí tu recado y vengo complacerte. ¿Qué me quieres?

FERNANDO Que te quiero y te adoro y tus desdichas me hicieron temblar. Tú eras tan feliz, y, por mi culpa... Si supieras con que pena lo recuerdo muchas veces ¡Oh! Este pensamiento aviva con frecuencia mi calentura exponiéndome á la muerte... ¡Mi vida es tan triste!

PURA ¡Y tan desesperada tu situación!

FERNANDO Nosotros vivimos de limosna ¿Y tú?

PURA Yo, en mi casa.

FERNANDO (*Impaciente.*) ¿Con Enrique?

PURA Si.

FERNANDO ¿Te ha perdonado?

PURA No.

FERNANDO ¿Te martiriza?

PURA Es mucha su cordura.

FERNANDO Y ¿qué te ofrece?

PURA Lo que yo le pida.

FERNANDO (*Angustiado.*) ¡Generoso se muestra!

PURA (*Sin compasión.*) Es caballero.

FERNANDO ¡Es rico! (*Momentos de silencio.*)

PURA Fué para mi tan oscuro uno de los párrafos de tu carta, que no supe desentrañar su sentido.

FERNANDO ¿Deseas que te lo explique?

PURA A eso vengo.

FERNANDO (*Afectado.*) ¿Sólo á eso vienes?

PURA (*Comprendiendo que su indiferencia raya en descaro, pero no dispuesta á retroceder ni explicar sus palabras.*) Sin duda. ¿Por qué te alarmas?

FERNANDO (*Resignado.*) Porque te creí más amorosa.

(*No puede contener su disgusto y enjuga sus lágrimas.*)

PURA (*Fria.*) ¿Quieres dar lugar á una escena?

FERNANDO De ningun modo; nada me sorprende. La curiosidad es el mejor cebo para las mujeres; inconscientemente aseguré por ella tu visita. El amor puede guardarse y contenerse, la curiosidad es invencible.

(*Momentos de pausa.*)

PURA ¿Te sientes bien?

FERNANDO No; muy mal.

PURA (*Cogiéndole la mano.*) ¿La fiebre te impacienta?

FERNANDO Nunca me abandona.

PURA Tu mano está enardecida y áspera.

FERNANDO (*Reteniendo la mano que ella quiere retirar ya.*) Deja que al contacto de la tuya suave y fresca me tranquilice y me consuele (*Sin*

soltar la mano que tiene asida se apodera de la otra.)

PURA Fernando; estás loco.

FERNANDO (*Con pasión.*) Estoy enamorado.

PURA (*Sonriendo.*) ¿Todavía?

FERNANDO ¡Y lo extrañas! Cuando muera, para tí será mi último pensamiento, para tu imagen mi última mirada.

PURA ¡Quien sabe! Lo que dices, está muy lejos, y yo, estaré pronto muy lejos de tí.

FERNANDO (*Llevándose la mano á la izquierda del pecho, lanza un grito.*) ¡Ay!

PURA (*Sentándose á su lado.*) ¿Qué tienes?

FERNANDO Un dolor... un dolor tan agudo... Aquí...

PURA (*Poniendo una mano sobre la herida.*) ¿Aquí?

FERNANDO ¡Soy una ruina que poco á poco se desploma!

PURA ¿Te duele mucho?

FERNANDO Lo ignoro ya; tú no sabes con que fuerza me galbanizas.

PURA (*Retirando la mano.*) Debes cuidarte

FERNANDO Cuidarme; cuidarme... La pobre Carolina no me abandona. Pero: ¡son tantas mis heridas! El cuerpo tengo lleno y el alma tambien.

Una, sobre todas, me acibara la sangre: una herida del alma, tu desdicha, que sufriste por mi culpa. Temía para tí las iras de mi enemigo Enrique. temia su abandono. Ni la brutalidad ni la miseria te hirieron por fortuna. El te respeta, pero quiero que te perdone; para eso le llamé también y estoy dispuesto á humillarme si tanto es preciso. Vuestra paz me intereresa; el remordimiento corroe mi vida. Yo turbé vuestra paz con mis amores, tú fuiste débil conmigo, y con él traidora; pero si muero... Y, aunque no muera; yo renuncio á todo, mientras asegure tu tranquilidad y tu porvenir.

PURA (*Mirando á Fernando más curiosa que interesada.*) ¡Siempre soñando!

FERNANDO Sí: fué mi sueño de quince días... Al fin, decidido me atreví á llamaros.

No renuncio á mi obra; no; aún sintiéndome debil sigo tenaz. Me cuesta vencérme desde que á mí lado te veo, ya no podría ofrecerte bienes, y me resuelvo á librarte de amenazadores males. (*Mírala fija y apasionadamente.*) Aun beberé amor en tus ojos; un momento nada más...

Mírame, mírame una sola vez enamorada... y luego apártate de mí para siempre.

PURA (*Fria.*) ¡Desventurado! El delirio no te abandona.

FERNANDO (*Enardecido.*) Mírame, mírame una sola vez enamorada... y luego...

PURA (*Levantándose.*) Sin razón te preocupas y proyectas hazañas imposibles. Despidámonos ya, y guardemos un amable recuerdo de nuestras lejanas alegrías. Para el amor pasado; no hay dolores. Estrecha mi mano y besaré tu frente. Mis labios frios calmarán el fuego de tu cabeza. El mundo es grande; ignorada la fortuna ¿quién sabe lo que mañana nos espera? La dicha se busca y el dolor se olvida. No te disgustes al recordarme, cuando serena vivo. Cuidate y adios.

(*Estréchale una mano y bésale en la frente.*)

FERNANDO No te vayas; aguarda: Enrique no tardará.

PURA Te aviso que tu deseo es imposible, porque yo lo rechazo.

FERNANDO Bien; aguarda y mira (*Saca del bolsillo una cartera y un estuche pequeñito.*) En adelante, nada te podré ofrecer. Soy pobre, inútil y vivo de limosna. Mi fortuna no puede ya empeorar, pero ¡quien sabe cual será tu fortuna! C[illegible]da esta cartera: (*Pura la toma.*) casi nada c[illegible]ene, pero si la desgracia te oprime, algo te a[illegible]rá; guarda esta caja: (*Pura la coge.*) peque-ñ[illegible] pocas joyas encierra, pero lo poco es mu-

cho para el oprimido. Ojalá pudieras despreciar estas pequeñeces, pero, si recurrir á ellas necesitas, olvida que mias fueron sin olvidarte de mí.

PURA No te olvidaré.

FERNANDO (*Muy abatido.*) Y, ahora, dame otro beso para calmar mi afán, y huye; aunque yo pretenda detenerte.

PURA (*Le besa la frente.*) Adios.

(*Fernando se reclina sobre el divan tapándose los ojos con las manos. Ella dirígese á la vidriera del fondo y desde allí le mira un momento, algo impresionada*)

FERNANDO ¡Cierro los ojos y la veo aún! (*Con la voz muy apagada.*) Vuelve, vuelve; no me creas... no huyas... vuelve á satisfacer mi delirante ansiedad...

Con la voz estinguida, las manos trémulas, el cuerpo inclinado acaba de perder su equilibrio y cae sobre el diván.

ESCENA X

PURA, en la puerta algo turbada. FERNANDO, desmayado. JULIO y ANGEL entrando por la primera de la derecha, páranse apenas dieron dos pasos en la escena.

ANGEL La confianza que acaba usted de hacerme, ha sido para mí tan alhagueña, que me sería difícil de hoy en adelante poner límites á mi agradecimiento.

JULIO No hice más que aprovechar una coyuntura y servirme de la bondad infinita de usted.

Yo soy quien debe mostrarse agradecido.

ANGEL Satisfaré complidamente su deseo.

JULIO Espreseme con bastante claridad para que no le quede á usted ninguna duda.

ANGEL Y yo entendí tan bien, que no titubeo en alabar el buen éxito de la empresa. Desde Londres daré á usted noticias mías,

JULIO (*Ve á Pura y se dirige á ella decidido y grave.—Fernando cobrando el sentido pero sin atender á los demás personajes toma una posición menos violenta sobre el diván.*)

Señora: ¿Qué busca usted aquí?

PURA (*Sonriente.*) No se afecte usted amigo Julio; mi presencia en esta casa tiene una explicación. El me ha llamado (*Refiriéndose á Fernando.*) Si no; como había de atreverme... Y, aunque Fernando insistiera, le prometo no repetir mi visita. La dichosa calma que aquí se disfruta, y que teme usted ver turbada, se me hace insoportable, me descompone los nervios. Yo no sé como pueden

'es vivir así.

CRIADA (*Entrando por la izquierda.*)

.or?

.IO (*Acércandose á ella.*) ¿Que quieres?

LA CRIADA La señorita me manda traer esta carta. (*Dale á Julio un sobre del que Julio saca dos papeles; escribe algo con lapiz en uno de ellos y lo vuelve á meter en el sobre devolviéndoselo á la criada que se va por la izquierda. Guarda el otro y se acerca á Fernando. Entre tanto, Pura se aproximó á Angel y hablaron los dos.*)

PURA (*A Angel.*) ¡Julio ha estado conmigo muy galante! La hidalguía castellena se va perdiendo entre los hombres.

ANGEL Ciertamente: pero dudo que tome carta de naturaleza entre las mujeres.

PURA El aturdimiento es un gran confesor.

ANGEL Según para quien, no lo dudo.

PURA ¿Marcha usted á Londres?

ANGEL A Londres ¿Y usted?

PURA Yo, á Paris.

ANGEL ¿Asuntos urgentes la reclamaran en Francia?

PURA Tan urgentes como los que á usted le llevan á Inglaterra.

ANGEL (*Contrariado.*) ¿Por qué nos apartamos el uno del otro?

PURA (*Con mucha coquetería.*) Nos ol razones geógraficas: cuestión de itinerarios.

ANGEL Si pudiéramos convinar uno...

PURA (*Interrumpiéndole vivamente.*) A cualquier pais agradable y de nosotros desconocido.

ANGEL A Italia.

PURA ¡Mi mayor deseo! Iremos juntos á Italia.

(Enrique, al entrar por la puerta del fondo, entiende las últimas palabras de Pura y se dirige á ella.)

ESCENA XI

FERNANDO, JULIO, PURA, ANGEL Y ENRIQUE

ENRIQUE ¿Otra vez?—Esta será de veras. No podías elegir mejor compañero de viaje (*Acércase á Julio y este se aparta de Fernando para salirle al encuentro.—Refiriéndose á Pura y Angel.*)

Pero ¿qué hacen aquí estas gentes?

JULIO Ella vino por Fernando; él con la infame idea de martirizar á Carolina.

ENRIQUE ¡Pobre Carolina!

JULIO Amenazó, exigió, quiso atemorizarla y despidiose de nosotros. (*Sonriendo expresivamente.*) Yo le dí encargo de pagar diez mil pesetas á mi banquero de Londres... He averiguado que tengo banquero en Londres.

ENRIQUE Y toma el camino de Italia.

Procuré dar á Pura una comisión parecida: Diez mil pesetas para mi banquero de... Pekin

JULIO ¡Ah! ¡Que se vayan! Lejos.

ENRIQUE Y [illegible] *Acércase á Pura y Julio á Fernando.*

FERNANDO (*Con la voz muy apagada.*) ¿Qué [illegible]?

JULIO Nada... nada importante...

FERNANDO Aquí ella... y Enrique... Quiero hablar á Enrique...

JULIO Le diré que se acerque.

FERNANDO Y á ella: quiero salvar su traquilidad...

Fernando contempla el grupo que forman Angel, Pura y Enrique, asómbrase al ver que Angel y Pura se despiden sonrientes de Enrique, dándole la mano y luego se ván por el fondo cojidos del brazo.)

¡Se despiden!.. Ella rie... Del brazo de Angel... Ese hombre... ¡Ah! Enrique... ¿te has vuelto loco?

ENRIQUE (*Aproximándose á Fernando.*) No lo sé.

FERNANDO (*Mira por los cristales del ventanal.*) Allí ván... muy despacio... Se miran... ¡Oh!.. Se paran... ¡Ella! ¡Maldita!.. Me han visto... Huyen... (*Volviéndose á Enrique, fuera de si, desesperado.*) ¡Enrique!.. ¿Tu sabes lo que has hecho?

ENRIQUE Sin duda.

FERNANDO (*Muy descompuesto.*) Yo te llamé,

para que me ayudaras á salvarla, para rogarte su perdón, para unirte á ella... para devolveros las tranquilas dichas de que os privaron mis locuras... Un día te provoqué... yo estaba ciego, y me venciste... Justicia era...

Pero, lo de ahora... delante de mí, abatido, moribundo... es infame... criminal...

Pura se vende.. porque yo no puedo ampararla, y tú le niegas un honrado auxilio... Su perdición caerá sobre tu conciencia... Yo, me arrepentí, quise salvarla... Tú fuiste cruel y la pierdes... Medítalo, exige... imponme condiciones... ¿Mi vida?... Sí... yo sabré matarme como mi padre... Mi cariño no será para tí una sombra... Mátame, pisotéame, deshónrame... pero salvala... por caridad.

ENRIQUE Ignoras por quien ruegas ¡infeliz!

JULIO Enrique: ayudeme usted á calmarle.

FERNANDO ¿Por quién ruego? ¡Por quién he de rogar! ¡Por ella! Necio; no sabes querer, no te sentiste arrastrado por frenético deseo, no comprendiste que una mirada suya, una palpitación de su pecho, una sonrisa de sus labios, la más leve caricia una palabra, lo más trivial en esa mujer; vale [illegible] ces tu honra y la mía? No supiste adivinarlo [illegible] piste comprenderlo, y la rechazas y la des- [illegible] s y la pierdes?... ¡Miserable!

ENRIQUE Porque la comprendí, la desprecio. ¡Tu ceguedad me lastima! Yo también estuve como tú, enamorado y ciego por ella. Esa mujer, es una infernal encantodora. Desdichado el que de sus artes no se defiende.

Has comprometido tu porvenir por una cortesana y arriesgaste por ella tu vida.

FERNANDO La insultas con ese nombre ¡una cortesana!

ENRIQUE Lo más abyecto, lo más infame, rival de quien por ella se apasione. Oyeme atento y sabrás de donde procede y como me atrajo esa maldita.

Fernando llora, Enrique sigue hablando con él, muy conmovido. Carolina se presenta en la puerta de la izquierda. Julio se aproxima rápida y silenciosamente á Carolina.

ESCENA XV

FERNANDO y ENRIQUE en el diván. JULIO y CAROLINA á la izquierda, abanzando hacia el proscenio.

JULIO Que no te vea Fernando.

CAROLINA (*Mirando hacia el fondo.*) ¿Llora?

JULIO Si.

CAROLINA (*Con recelo.*) Y Enrique...

JULIO Nada temas. Le perdona, puede s
Mírale, sonrie...

CAROLINA ¡El dolor contrae sus labios!

JULIO Se despiden amigos...

CAROLINA Amigos... Pero Fernando muere.

JULIO Ha ganado la paz.

CAROLINA ¡Y pierde la vida!

JULIO Solo te afanas presagiando amarguras.

CAROLINA Todas las he sufrido y aun las temo.

(*Enrique se aparta de Fernando y acércase á Julio.*)

FERNANDO (*Con voz muy apagada.*) Carolina.

CAROLINA (*Corriendo á su lado.*) ¡Fernando!

FERNANDO ¿Te acuerdas de Pura? Enrique te dirá quién era... Fria como el reptil, inconstante y traidora... ¡Pura!... La ilusión de mi juventud, por quién todo lo abandoné... Es hermosa, irresistible aun su recuerdo me seduce, pero la olvidaré como Enrique la olvidó... El vive sin ella despues de adorarla... Yo viviré sin ella sólo por tí!

(*Siguen hablando Fernando y Carolina.*)

ENRIQUE (*A Julio.*) Si recobrase la calma refrescando su pensamiento con otras ideas, quizá pronto se salvaría.

FERNANDO (*A Carolina.*) Eso era... Eso era... me alucinó... ¡Pura!... ¡Pura!...

JULIO (*A Enrique.*) Sería conveniente que volvera el médico.

[illegible]—Madrid.

CAROLINA (*Cogiendo el tapiz que sobre una silla de la izquierda está y cubriéndole con él.*) ¿Así?

FERNANDO ¡Gracias!. (*Se rebuja y cierra los ojos. Carolina y Julio le contemplan unos instantes, tristes y silenciosos. hasta que se duerme*)

JULIO (*Adelantándose hacia el proscenio y corriéndose á la derecha, con mucho tiento para no hacer ruido. Carolina le sigue.*) ¿Tú qué piensas?

CAROLINA De todo dudo. ¿Y tú?

(*Julio se deja caer abatido sobre una silla, Carolina se sienta á su lado.*)

JULIO Todo lo temo.

CAROLINA Nunca dejamos de temer y de sufrir.

JULIO (*Con esperanza.*) El bien es corto, pero el mal no es eterno.

CAROLINA ¿Confías?

JULIO En la salvación de Fernando; en la tranquilidad constante de los tres, ya que no en nuestra dicha.

CAROLINA (*Recelosa.*) ¿Y Pura?

JULIO No volverá.

CAROLINA (*Avergonzada.*) ¿Y Angel?

JULIO Se fué para siempre.

CAROLINA (*Entristecida.*) ¡Los he visto salir!

JULIO (*Afanoso.*) ¿Y qué has pensado?

CAROLINA (*Saltándosele las lágrimas.*) ¡Ah! Que vayan benditos de Dios.

JULIO (*Disgustado y afligido.*) ¿Pero lloras?

CAROLINA (*Rompiendo en llanto.*) ¿Es tan agradable mi suerte para que no me haga llorar?

JULIO ¡Lloras porque se fué, y era tu verdugo!

CAROLINA No: lloro porque me voy cuando aquí me quedaba una esperanza. Lloro porque cuando me creí desvalida y sóla, hubo quien se acordó de nosotros, haciéndome comprender lo que yo nunca quise pensar.

JULIO (*Adivinando y temiendo.*) ¡Nieves!

CAROLINA Como aquel que, abatido por las desdichas, con los aires de su país natal se regenera: con los recuerdos de mi alegre niñez, aquí pude dar treguas á mi martirio. Esta casa, tú la compraste, pero aún es algo mío; lo están diciendo á cada instante mis recuerdos que la llenan. Yo no comprendo esa vergüenza que las gentes murmuran, pero cedo y huyo. El mundo tiene razón contra nosotros cuando somos débiles, cobardes y d- validos.

JULIO (*Preocupado.*) ¡Á eso venía Nieves!

CAROLINA Á eso vino: y mañana nos despediremos de tí.

JULIO (*Sin poder sofocar su dolor.*) ¡Qué amargura!

CAROLINA (*Enternecida.*) Y, te quejas aún, cuando acompañándote quedan recuerdos de diez años; nuestro espíritu que por todas partes palpita; mientras Fernando y yo vamos á comer en un rincón desconocido, la limosna, qué, no el cariño sino un supuesto *decoro* nos ofrece!

JULIO (*Como si hubiera acudido á su pensamiento una idea salvadora.*) ¡Ah! pero yo puedo huir para siempre, y dejaros aquí libres y honrados.

CAROLINA ¡No puede ser!

JULIO Yo puedo confesar crímenes y abusos, restituir á los hijos la fortuna que hubiera robado al padre.

CAROLINA (*Atemorizada con semejante idea.*) ¡Oh!

JULIO (*Dolorido, venciendo su pasión con su nobleza.*) Mentí por vez primera para endulzar la inocente agonía de mi madre. Volveré á mentir
a salvar tu honra y tu dicha.

AROLINA (*Fascinada.*) Y, si eso hicieras ¿podría yo ser dichosa?

JULIO (*Solemne.*) El olvido lo puede todo.

CAROLINA (*Con expresión.*) Y el remordimiento con todo acaba.

JULIO (*Interesado.*) ¿Te sientes agradecida?

CAROLINA (*Con toda su alma.*) Sí.

JULIO (*Apasionado, loco.*) Pero amante...

CAROLINA (*Esforzándose para torcer su voluntad que diría otra cosa.*) ¡No!

JULIO Lo poco que os ofrecí ha bastado para formar un sentimiento eterno.

CAROLINA Sí.

JULIO Lo mucho que te adoré no es bastante para revivir en tu corazón nuestros infantiles amores.

CAROLINA No.

JULIO Tú puedes humillarte como una esclava.

CAROLINA (*Con vehemencia.*) Sí.

JULIO Tú no puedes ceder como una reina.

CAROLINA No.

JULIO Cuando fuí despreciable me rechazaste. Querías á un poderoso.

CAROLINA (*Avergonzada.*) ¡Yo era poderosa!

JULIO Ahora soy el que tú querias ¡y me rechazas!

CAROLINA (*Con amargura.*) Porque soy despreciable.

JULIO *(Desesperado.)* ¿Quiéres que maldiga de mi fortuna como renegué de mi pobreza?

CAROLINA Quiero que me olvides como yo te olvidé.

JULIO *(Apasionado.)* ¡No!

CAROLINA Quiero que goces humillándome, como yo humillándote gozaba.

JULIO ¡No!

CAROLINA A todo renuncio; nada me interesa. ¿Quiéres que aquí me quede obedeciéndote?

JULIO ¡No! Quiero que tus recuerdos despierten tus amores y digas que me amas.

CAROLINA ¡No! *(Desesperada.)* ¡Qué vergüenza! Despreciarle pobre, admitirle rico. Decir que te adoro y pensar que me vendo... *(La pasión se desborda en su alma y en su cerebro, lo invade todo, y la obliga inconscientemente á pronunciar en alta voz lo que piensa.)* Más vale decir que me vendo y saber que le adoro.

JULIO ¡Ah! *(Grito de pasión y de alegría difícil de interpretar y cuyo estudio, lo mismo que el de la situación siguiente, sólo pueden encomen-*
d e á un gran actor.)

OLINA *(Que arrepentida de su confesión,*
l ..ase y retrocede un paso.) No; no lo creas;
n ´´in poder ya defenderse contra la pasión

que la hostiga, se acerca de nuevo á Julio y le tiende la mano, que él oprime.) Sí, sí, ¡te adoro!

(Si aquí bajara la cortina, sería muy sencillo pronunciar esta exclamación y arrojarse sobre su amante; pero la cortina no está dispuesta para velar el suceso á los ojos del público, y es necesario que, ni éste se asuste y alborote, ni el actor se desaire y encoja mientras la escena sigue. A la última confesión, inconsciente, de Carolina, y al grito de pasión feroz alcanzada, por Julio, cualquiera comprende lo que debe suceder, lo que sucedió en realidad, como lo demuestra el delirio de Fernando. Siendo imposible, por no acostumbrado, un espectáculo de tal naturaleza, la dama y el galán deben adoptar una actitud severa y digna, pero apasionada; de tal modo, que aparezcan abstraídos por sus pensamientos y sus goces, olvidados de todo lo que les rodea, hasta de los dolores de Fernando, sin abusar de los cariños ni acortar demasiado las distancias.)

FERNANDO *(Despierta sobresaltado, arroja el tapiz que le cubre, incorpórase febrilmente, y mira hacia delante con los ojos espantados.)* ¿Huyes? Yo te mataré... Así... *(Como si oprimiese con un brazo la cintura de una mujer que con él estuviera.)* El corazón quiero arrancarte... *(Tiende*

el otro brazo, como si atravesara el pecho de una sombra, y palpa con la mano buscando el corazón.) Así... Nada encuentro... ¡Ah! Esa mujer no tiene corazón. *(Pausa.)* Huye... Allí... *(Mirando á Carolina y Julio.)* ¡Ángel! ¡Pura! ¡Villanos, esperad! *(Levántase y aproxímase, tambaleándose, á la mesa del centro en la cual se apoya.)* Os arrojáis como fieras hambrientas dispuestas á devorar vuestras caricias. ¡Yo las ahogaré, vuestras caricias! ¡Vuestros abrazos, yo los cortaré! ¡Vuestros besos, yo los apagaré! Complacéos libres un momento aún, sin saber que yo me acerco para mataros, y gozar con vuestra cruel agonía. Como el rayo, cae sobre vosotros mi venganza... *(Sepárase de la mesa y adelanta, sosteniéndose apenas, hacia donde están Julio y Carolina; la coge á ella de un brazo, y la sacude violentamente.)* ¡Pura!... ¡Maldita!... *(Cae de cabeza entre los dos. Julio se levanta horrorizado; Carolina se arroja sollozando sobre el cuerpo de su hermano.)*

CAROLINA ¡Perdón, perdón!

JULIO Tú que fuíste mártir sobre la tierra, pide [illegible] lo perdón para este deventurado.

[illegible]olina sigue llorando sobre el cuerpo de su hermano. [illegible], ya sereno, la mira con lástima y con amor.)

LA SEÑORA BARONESA

ACCION DRAMATICA

DIVIDIDA EN TRES JORNADAS

PERSONAJES QUE FIGURAN EN ELLA

Luisa.	*Don Enrique*
Gabriela.	*Don Eugenio.*
Mercedes.	*Ramón.*
César.	*Dos Guardias.*

ESCENARIO

Frondoso jardín en una capital de provincia.—A la derecha, espesos y altos árboles, dejando entre sus troncos, espacios practicables, suponiendo que por el primero se va á la reja de entrada, por el segundo al bosquecillo y por el tercero al patio del caserón de la Baronesa. A la izquierda, primero, fachada de la casa de D. Enrique, con ancha escalera practicable, terminada por su parte superior en una galería con puertas vidrieras, que da paso á las habitaciones; segundo, pasadizo de cañas entrelazadas y cubiertas de floridas enredaderas, que termina en el centro del escenario en un ensanchamiento exagonal ó cenador, abierto por el frente y por la izquierda. El fondo de la decoración, es de árboles no muy altos, por encima de los cuales asoma á la derecha el caserón de la Baronesa El piso principal de la casa de don Enrique tendrá balcones con persianas cerradas, todo figurado. En la parte anterior del escenario, arbustos, tiestos, estátuas, faroles, etc., formando el contorno circular de una plazoleta en la que habrá muebles de jardín.

JORNADA PRIMERA

Aparecen GABRIELA en la galería y RAMÓN en el jardín Suenan fuertes campanillazos.

GABRIELA ¿No oyes que llaman?

RAMÓN Sí, señorita; voy corriendo. *(Vase por la derecha, llevándose las herramientas.)*

GABRIELA Será papá. *(La campanilla sigue sonando.)* ¡Gran repique! ¡Ay! Es mi primo. ¿A las cinco y media? Temprano vuelve. *(Baja corriendo al jardín.)*

CÉSAR entra por la derecha muy sofocado.

CÉSAR ¡Día encantador! Pedro no estaba en casa, el presidente salió á cazar con sus hijas, Petra enferma, Diego rabiando, el sol que abrasa los ojos... Y ese zángano que me tiene media hora en la reja. ¡Estoy satisfecho! A los que deseo ver no hallo en casa, y encuentro á los que me aburren y fastidian. Traigo calor, cansancio y hastío... ¡Preciosa tarde!

GABRIELA ¡Pobre César!

AR Compadéceme, sí. Vengo sudando á

RIELA Y... hoy tampoco has ido á la oficina.

Ya se ve que no.

GABRIELA César, no sé cómo eres; no piensas.

CÉSAR ¡Bah!

GABRIELA Es decir, sólo piensas tonterías.

CÉSAR Muchas gracias.

GABRIELA Hoy no has ido á la oficina.

CÉSAR Y ayer tampoco fuí, porque me aburre.

GABRIELA Hace quince días que te nombraron secretario del Banco de Agricultura, y no has asistido cuatro veces...

CÉSAR ¿Te parece poco? En esas cuatro veces me han obligado á oir cuatrocientas necedades.

GABRIELA *(Irónicamente.)* ¡Tienes razón! Aquí no puede vivir un hombre como tú.

CÉSAR Si no quiere vivir rabiando.

GABRIELA Pero si fueras á Madrid...

CÉSAR Viviría en un medio más agradable.

GABRIELA En cuanto te apearas del tren, te hacían ministro de seguro.

CÉSAR *(Un poco amostazado.)* ¡Gabriela!

GABRIELA *(Tristemente.)* ¡Qué desgraciado vas á ser! *(Momento de silencio.)* Te sobran muchas esperanzas.

CÉSAR ¡Ya!

GABRIELA Muchas ilusiones.

CÉSAR ¡Vaya!

GABRIELA Mucho orgullo.

CÉSAR ¡Pues todo me sobra!

GABRIELA No todo, porque te falta juicio, mucho juicio.

CÉSAR *(Cómicamente.)* Señora, usted me favorece demasiado.

GABRIELA Te digo la verdad.

CÉSAR Estás hablando sin saber lo que dices, como los niños de la escuela cuando cantan la lección, y esa lección te la enseña tu padre.

GABRIELA Sí, sí; te duele que te echemos en cara tus delirios. ¡Ay, César! Te forjas muchas ilusiones sin pensar que quien siembra ilusiones, recoge desengaños.

CÉSAR Y quien siembra tonterías, ¿qué recoge?

GABRIELA *(Dolorida.)* Recoge un ingrato como tú, que no merece que nadie se interese por él.

CÉSAR *(Disculpando su brusquedad.)* Con tus predicaciones vas á volverme loco.

GABRIELA *(Haciendo pucheritos.)* ¡Si no lo fueras ya!

CÉSAR Seré todo lo que quieras, pero tus filosofías no siempre vienen al caso. Y mucho menos en [illegible] ocasión, cuando estoy decidido á renunciar á [illegible] á matar mis esperanzas, para vivir tranquilo [illegible] nosotros en este rincón del mundo. ¿No te dí [illegible] de mis propósitos?

GABRIELA Pero... ¿De qué te sirve hacer propósitos que no han de cumplirse?

CÉSAR ¡Que no han de cumplirse! Desde mañana. Me levantaré temprano, para no faltar á la oficina un solo día; comeré á la una en punto. Dormiré mi siestecita, tendré con vosotros mi ratito de conversación, y á las cuatro á la secretaría. De un plumazo, suprimo casinos, teatros, tertulias... Así, como así, me aburro soberanamente en todas partes.

GABRIELA ¡En todas partes!

CÉSAR Sí, señora; en todas partes donde no estás tú. Y pronto, muy pronto me aburriré también contigo, si das en imitar á tu padre en todas sus manías.

GABRIELA ¡Cuánto mejor te fuera tener en cuenta sus consejos!

CÉSAR Me propongo seguirlos y ¡ya verás cómo me lucen! Dentro de diez años quizá logre, si la suerte me ayuda, ser... concejal!

GABRIELA ¡Qué tonto! ¿Habrás creído acaso llegar á ministro por otro camino?

CÉSAR Muchos lo han sido.

GABRIELA También muchos, muchísimos, han sido y son concejales; y mi papá es alcalde, sin que por esto se le haya caído ningún anillo. ¡Pobre Cé-

ar! ¡Cuántas ilusiones has de ver desvanecidas!

CÉSAR Pero, mujer, cómo puedo decirte que me resigno...

GABRIELA Si yo no quiero que te resignes; sí quiero que te convenzas de que esto sólo es lo que te conviene.

CÉSAR Ya estoy convencido.

GABRIELA No te creo. En lugar de arrojarlas, en un rinconcito de tu corazón has guardado tus ilusiones, y el día que las eches á volar de nuevo, ¡somos perdidos!

CÉSAR ¡Cómo juzgáis de todo, sin comprenderlo, ni meditarlo siquiera! ¿Qué sería del ave, que plegando sus alas, se durmiese sobre el polvo de un camino? Dios ha dado la inspiración al hombre como dió al pájaro las alas para que vuele, para que suba; y el hombre que no aprovecha su talento y se limita á gozar de una vida sedentaria, es como el ave que se revuelca en el polvo, pudiendo remontarse por el aire puro.

GABRIELA ¡Eres incorregible! Has de pensar siempre lo mismo; has de ver visiones durante t[illegible] vida.

[illegible]R Esto no fué más que decirte...

[illegible]IELA Que aquí todos somos tontos, menos t[illegible] [illegible]arece que bien claro está.

Space 5932, 19.37

Harvard College
Library

FROM THE FUND OF

HARRIET J. G. DENNY

OF BOSTON

lanzarte en el revuelto mar de la política, sin considerar que en sus horribles tempestades, los más zozobran, los menos llegan al puerto, y aun éstos caen también y se hunden muchas veces para no levantarse jamás. Esto lo ha dicho papá, pero ahora yo lo repito porque me parece oportuno, ¿lo entiendes?

CÉSAR ¡Ya!

GABRIELA Sí, señora, mañana, lunes y día quince del mes, día de perlas para empezar algo bueno. César lo ha dicho: á las horas convenientes trabajará en el despacho, y se acabaron las novilladas, ¿verdad César? Y en las horas que sus ocupaciones más precisas le dejen libres, trabajaremos todos arrasando aquel palacio de esperanzas qne sus ilusiones levantaron para atormentarle, y del cual quedan todavía algo más que ruínas.

CÉSAR *(Bajo á Gabriela.)* Eso tampoco es tuyo.

GABRIELA ¿Me quieres dejar en paz? ¡Siempre lo mismo! ¡Fastidioso!

MERCEDES ¿Qué tienes?

GABRIELA Que César se figura que soy tonta.

MERCEDES ¡César!...

CÉSAR Yo no digo nada, pero ella se empeña en hacer un discurso cada media hora...

Llega D. ENRIQUE por la derecha.

ENRIQUE ¡Esto es horrible, señores! ¡Qué calor!

GABRIELA ¡Uf! Estás chorreando.

ENRIQUE *(Sentándose.)* No es preciso ir á una playa para tomar baños. En este maldito clima, se toman bien completos.

MERCEDES ¡Y te sientas en medio de la corriente!

ENRIQUE Sí, hija, sí. De mejor gana me sentaría sobre un montón de hielo. ¡Qué gusto! Aquí se respira.

MERCEDES Haces mal en ponerte á la sombra.

ENRIQUE ¿Quiéres que me quede al sol? Bastante lo he tomado por esas calles.

GABRIELA Muy sofocado llegas.

ENRIQUE Sí, mucho. Toma el sombrero y el bastón. *(Dáselos.)* Y bájame, si quieres, el casquete.

Vase GABRIELA corriendo.

MERCEDES ¿Y no sería mejor que subieras á desnudarte y á descansar?

ENRIQUE Aquí me siento perfectamente. ¡Qué fr tan rico!

GABRIELA vuelve con el casquete.

...ELA El casquete. *(Lo dice cantando y se l á D. Enrique.)*

ENRIQUE Gracias. Pues señor, cada día estoy más enamorado de mi casa y de mi jardín. ¡Qué árboles, qué follaje! Buena compra hice.

CÉSAR ¿Viene usted de la Alcaldía?

ENRIQUE Sí. Por cierto que me traen mareado. Yo no sé cómo pueden enredar cosas tan sencillas. Hombre, ¿por qué no se te ocurre asomarte alguna vez por allí?

CÉSAR ¿Con qué objeto?

ENRIQUE No has visto espectáculo más divertido que una sesión borrascosa. Hoy mismo, Pérez, hablando de las inundaciones, se ha desbordado. Nada, con decirte que le llamó *indecente* al río porque se sale de madre cuando llueve mucho... ¡Qué frases, qué conceptos, qué alusiones! Aquel hombre es una zanahoria sin sazonar. Te digo que la cosa es digna de verse.

CESAR Lo supongo, y me imagino el salón de juntas, como una jáula de fieras.

ENRIQUE ¡Quizá es peor! *(Momento de silencio, después del cual la conversación toma distinto giro, y distinta entonación los personajes que la sostienen.)* Y á todo eso, supongo que ya s la novedad.

MERCEDES ¿Qué novedad?

ENRIQUE ¿Nada os ha dicho César?

CÉSAR Si yo no sé...

ENRIQUE Pero, hombre, tú vives en el limbo y no te enteras nunca de lo que ocurre. Si no se habla de otra cosa, por la gracia de Dios. ¿Y vosotras, no habéis notado nada?

GABRIELA Nada.

MERCEDES Ni sé á qué puedes referirte.

ENRIQUE Pues anoche llegó la señora Baronesa, nuestra vecina.

CÉSAR *(A D. Enrique.)* ¿Usted conoce á esa señora?

ENRIQUE Alguna vez la ví, hace ya muchos años.

GABRIELA Tú irás á visitarla, ¿verdad papá?

ENRIQUE Pienso cumplir como á un caballero corresponde.

MERCEDES ¿Ha venido también el señor Barón?

ENRIQUE No. El señor Barón está en París.

MERCEDES ¿Pues llegó sola con su servicio?

ENRIQUE La acompaña una persona de respeto.

MERCEDES ¿Algún pariente?

ENRIQUE No, un amigo y servidor de su esposo. U[illegible]télite del hombre político, que le destina al s[illegible]o de su señora, no se sabe si para que á ella l[illegible]útil ó para que á él no le canse.

[illegible] ¿Y pasarán aquí todo el verano?

ENRIQUE Creo que sí.

CÉSAR *(Con énfasis.)* Compadezco á esa señora.

MERCEDES ¿Por qué razón?

CÉSAR Porque si no la mata el calor, la matará el aburrimiento. Además, ese caserón, que no ha sido habitado en muchos años, estará incapaz.

GABRIELA ¿Qué sabes tú, si no lo has visto?

CÉSAR Pues por lo que se ve, lo digo. El jardín está hecho un basurero, y todas las habitaciones de esta parte son destartaladas y sombrías.

ENRIQUE Así tendrá más fresco. Y no les debe parecer tan malo, cuando conociéndolo de sobra, vienen.

CÉSAR Es cierto; si ellos se resignan...

ENRIQUE ¡Claro!

Entra RAMÓN por la derecha, con un pliego grande y una carta. Entrega las dos cosas á CÉSAR.

RAMÓN De parte del señorito Ricardo.

CÉSAR ¿Quién lo trajo?

RAMÓN El portero de la Sociedad de Agricultura.

CÉSAR ¿Espera contestación?

RAMÓN No, señor.

Vase RAMÓN.

CÉSAR Está bien. *(César deshace el paquete, que contiene un grueso cuaderno manuscrito, y lee en la cubierta.)* «José Fiel, contra Modesto Fernández. Escribanía de D. Lucas Pacheco.»

ENRIQUE ¿Y qué te dice Ricardo?

CÉSAR *(Rompiendo el sobre de la carta.)* Ahora voy á verlo. *(Leyendo.)* «Querido César: Te recomiendo este asunto, que según me han dicho, es un lío de mil demonios. Arréglate como mejor te plazca. Tu devotísimo *Ricardo.*»

GABRIELA ¿Te manda un pleito?

CÉSAR *(Viendo la carta.)* Aún dice más. *(Lee.)* «Como el asunto urge, te agradecería que le dieses pronto un vistazo, y que esta noche me hablaras algo de él en el Casino.» ¡Un vistazo! *(Haciendo girar las hojas hacia uno y otro lado.)* ¡Tá, tá, tá!... Y es una friolera lo que hay escrito.

MERCEDES Haz cuanto te sea posible para complacer á Ricardo; ya sabes lo mucho que te quiere.

CÉSAR Y yo le agradezco que se acuerde de mí en tales ocasiones. *(Hace intención de irse.)*

GABRIELA ¿Vas arriba?

R No; me quedo en el cenador del empa-
donde tendré más fresco y más tranquilidad
volver papelotes mal escritos.

ELA Hasta luego.

MERCEDES Así me gusta, que trabajes.

Vase CÉSAR por el foro de la izquierda.

ENRIQUE ¡Pobre César! Si pudiera apagar en su cerebro tantos delirios que le inquietan, si pudiera olvidar las locas esperanzas que le animan... Es un buen muchacho y tiene corazón. Hoy hablé con Ricardo, que le ve todos los días, y es quien mejor puede llevarle al buen camino. Ricardo le ha reprendido y él ha confesado de llano que consideraba indigno su modo de proceder; le remuerde la conciencia.

GABRIELA Y quiere complacernos en todo.

ENRIQUE *(Poniéndose de pie y observando hacia la parte donde se supone á César.)* Mira, mira cómo se interesa por su trabajo. Esto halaga su vanidad, y mientras reflexiona y piensa en el pleito, olvida sus tonterías y sus planes descabellados.

MERCEDES Tú confías mucho, pero temo á todas horas que tome una resolución decisiva y vaya á Madrid en busca de esas modernas y malditas aventuras, exaltado por el orgullo y atraído por la política.

Vuelve RAMÓN.

RAMÓN La señora Baronesa. *(Se retira.)*

ENRIQUE *(Sorprendido; á Mercedes.)* ¡(

les! *(Llévase maquinalmente las manos al chalecho y al bigote, como si tratara de hacerse una toilette instantánea. Las señoras hacen un gesto que significa: «Lástima que no estuviéramos advertidas, porque nos encontraría más arregladas.» Los tres se ponen en pie.)*

Entra LUISA.

ENRIQUE *(Adelanta tres ó cuatro pasos y la saluda ceremoniosamente.)* ¡Señora!... *(Crúzanse entre todos los saludos de ordenanza.)*

LUISA Quizá importuno con mi anticipada visita.

ENRIQUE ¡Importunar! ¿Cómo pudo pensarlo? Haga usted el obsequio... *(Ofreciéndole el brazo para subir la escalera apoyándose en él.)*

LUISA *(Rehusando graciosamente.)* ¡Oh! No. Ustedes estaban aquí. No quiero, al poner los pies en esta casa, empezar causando una incomodidad.

ENRIQUE No puede serlo para nosotros recibir á usted, si no como se merece, como nuestros medios y nuestra voluntad alcanzan.

LUISA Este jardín es para mí el más agradable
[illegible]n.

ENRIQUE Como usted quiera. *(Le ofrece una
[illegible]a. Todos se sientan.)*

LUISA ¿Es hija de usted, ésta señorita?

ENRIQUE Sí, señora. *(Presentándolas.)* Mi hija Gabriela. Mi hermana Mercedes.

LUISA Tiene usted una hija muy hermosa.

ENRIQUE No tengo más gloria ni más consuelo en el mundo.

LUISA ¿Qué más puede usted desear?

ENRIQUE Nada deseo; soy feliz y vivo tranquilo.

LUISA *(A Mercedes.)* Y usted, señora, contribuirá grandemente á endulzar la existencia de su hermano.

MERCEDES ¿Cómo no he de procurarlo, después que su inagotable bondad me ha sacado de la miseria y labrado el porvenir de mi hijo?

LUISA ¡Tiene usted un hijo!

MERCEDES Sí señora.

LUISA ¿Que vive en esta casa?

MERCEDES Sí señora. Hace un año que acabó su carrera en la Universidad.

LUISA ¿Y piensa establecerse aquí?

ENRIQUE Ese es el problema. Por de pronto, le han nombrado secretario del Banco de Agricultura, y tiene abierto bufete, donde no le faltan algunos trabajillos.

LUISA ¡Ah! ¿Es abogado?

MERCEDES Sí señora.

LUISA Será un muchacho de provecho...

MERCEDES Es muy jóven todavía para que comprenda lo que más le conviene.

LUISA ¿Delira?

MERCEDES Con demasiada frecuencia.

LUISA *(A Gabriela.)* ¿Es poeta?

GABRIELA No, señora; jamás ha querido hacer un verso.

LUISA Esto indica ya cierto positivismo. Pero usted será muy aficionada á la poesía.

GABRIELA ¿Por qué lo dice usted?

LUISA Porque tales aficiones son propias de las niñas inocentes y bonitas. ¿Y quiere usted mucho á su primo?

GABRIELA *(Algo turbada.)* Sí, señora; como nos hemos criado juntos... y es mi primo...

LUISA *(Sonriendo pícaramente.)* Quizá he sido indiscreta.

GABRIELA *(Avergonzada de haberse sonrojado tan inoportunamente.)* ¡Indiscreta! ¿Por qué?

LUISA Y estará usted pensando: «¡Qué señora t[illegible] [illegible]guntona!»

[illegible]RIELA Eso no. *(Momento de silencio.)*

[illegible]A *(A D. Enrique.)* Sr. D. Enrique, mucho l[illegible] [illegible]á sorprendido mi visita.

ENRIQUE ¿Por qué razón, señora?

LUISA Porque fuí algo impaciente. Pero sentía invencibles deseos de conocer á ustedes. No supondrá usted cuántas veces me ha preocupado esta idea: «¿Quién vivirá ahora en aquella casa?»

ENRIQUE Humildes servidores de usted.

LUISA Muchas gracias, D. Enrique. No sabe usted lo cavilosa que soy cuando me fijo en un pensamiento. Así he venido, faltando á la más vulgar etiqueta, que me obligaba á tener paciencia y prudencia.

ENRIQUE A mi modo de entender, señora, todas las formas convencionales de nuestra educación pueden trocarse, habiendo voluntades, necesidades ó irresistibles deseos que á ello obliguen.

LUISA Tal pensaba yo al acercarme á la puerta de esta casa, y tal pienso ahora brindando á ustedes franca y leal amistad.

ENRIQUE Amistad que agradezco y no rehuso. ¿Cómo rehusarla, si por mucho tiempo ha sido también uno de mis más ardientes deseos?

LUISA ¿Y de qué provenía ese deseo?

ENRIQUE Difícil me sería explicarlo. La patías tienen corrientes desconocidas. Yo visto á usted hace algunos años. Desde en me han hablado de usted muchas veces

puedo hacer justicia y juzgar más bien de sobrios que de hiperbólicos á los que me cantaron sus alabanzas, pues no es preciso ser lince para ver que es usted muy hermosa y comprender que será muy buena.

LUISA Gracias, D. Enrique. ¿Seremos siempre amigos?

ENRIQUE Siempre amigos. De usted depende todo.

LUISA *(Tendiendo su mano derecha á D. Enrique. Éste le ofrece la suya.)* Las manos que se oprimen con verdadero afecto, no se harán fácilmente traición. Nuestra amistad queda asegurada; pero no me olvido de que fuímos en otro tiempo rivales.

ENRIQUE ¿Rivales?

LUISA Cuando se puso en venta esta casa, yo dí órdenes para adquirirla, pero mi administrador se acobardó viendo á usted decidido á dar por ella un tesoro. ¿Por qué mostraba tan rudo empeño en hacerla suya?

ENRIQUE Fué quizá una chochez de viejo, quizá capricho de niño. Pudo también influir en la resolución la sombra de ese palacio. *(Refiriéndose al caserón de Luisa. Ésta sonríe, como diciendo «ya sé que esto es una galantería.»)* Sí se-

ñora. Cansado de luchar con la fortuna, quise retirarme á vivir tranquilo. El cariño que conservaba á esta ciudad, donde nací, me atrajo á la casa de mis padres; pero, además de ser pequeña y no reunir las comodidades que yo apetecía, estaba llena para mí de tristísimos recuerdos. Entonces se habló de vender esta casa, me gustaron sus condiciones y sus vecindades, y... de ahí mi empeño en adquirirla.

LUISA Tuve un verdadero disgusto cuando mi administrador me comunicó su derrota.

ENRIQUE Sírvame de disculpa el no haber conocido á usted al hacerle la guerra. Pero si entonces perdió esta casa vacía, hoy la recobra ganando con ella nuestras atenciones y nuestro cariño.

LUISA Agradezco á usted el ofrecimiento y voy á explicar las razones de mi empeño. Cuando era yo muy niña, mi pobre madre me trajo á esta ciudad algunas veces. Más tarde, revueltas políticas desterraron á mi padre de la corte, y vivimos aquí un año entero en la santa paz de nuestra casa solariega. Pronto conocí á mis vecinos, los de esta casa, y pasaba los días enteros jugando en este jardín, cuyo dueño, D. Agapito—respetable y cariñoso anciano,—queriendo darme en cierta ocasión una sorpresa, mandó abrir un boquete y enca-

jar en él un postigo que ofreciera libre paso al patio del caserón. Ya no me fué preciso salir á la calle para entrar en esta casa; todo era mío. Mi jardín estaba entonces casi tan abandonado como ahora, y éste fué mi jardín.

ENRIQUE En efecto, días atrás encontramos la puerta, que tupidas madreselvas ocultaban. Y para que usted no halle diferencia alguna entre estos, y aquellos tiempos, entre estos y aquellos vecinos, me atrevo á rogar á usted que la mande abrir de nuevo para gozar á todas horas y con magnífica libertad del silencio y sombra del bosquecillo, sembrado para usted de dulces recuerdos.

LUISA Mil gracias, D. Enrique; pero yo no puedo aceptar semejante ofrecimiento. ¿Quiére usted que ande todo el día por la casa de mis vecinos como cuando tuve trece años? Sería un abuso intolerable en nuestras actuales circunstancias.

ENRIQUE De ninguna manera. El bosquecillo está bastante apartado del jardín y completamente separado de él por la glorieta, que forma una doble muralla de follaje. Nadie llega allí generalte, pues sólo mi hija va algunas veces en buse violetas.

SA Es usted demasiado amable conmigo.

IQUE Mañana mandará usted desatrancar la

puerta; yo diré á Ramón que aclare las madreselvas para dejar libre el paso ¿No me ha prometido usted amistad franca? Pues yo le pruebo mi franqueza con este sencillo obsequio. *(Momento de silencio muy breve.)*

CÉSAR entra en escena. ENRIQUE le presenta á la BARONESA.

ENRIQUE La señora Baronesa.

CÉSAR Tengo sumo gusto en conocer á usted, ilustre señora. *(Deja sobre un tiesto los protocolos que traía y se sienta cerca de Luisa.)*

LUISA Yo siento verdadera satisfacción pudiendo contar á usted entre el número de mis amigos. Si está usted ocupado en algún trabajo, le ruego que por mí no se distraiga.

CÉSAR El trabajo se coge á todas horas, una visita para nosotros tan agradable pocas veces se recibe. *(César hablará sin caer en el más pequeño ridículo, pero con la afectación propia de las personas bien educadas, que han tenido poco trato social, cuando quieren «echar el resto.»)*

LUISA Mil gracias. Su señor tío y usted me confunden con tanta galantería.

CÉSAR ¿Viene usted con la idea de pasar todo el verano?

LUISA Mientras no se presente algún est so pienso hacer.

CÉSAR La compadezco á usted, señora.

LUISA ¿Por qué?

CÉSAR Por lo mucho que ha de aburrirse.

LUISA Como ya he dicho á D. Enrique, me traen aquí recuerdos de la niñez, siempre queridos. Vine resignada y resuelta á vivir en la soledad de mi viejo palacio, pero ya que la torpeza de mi administrador me proporcionó tan agradable vecindad, no dejaré de aprovechar esta fortuna. Siendo mía esta casa, sólo encontraría recuerdos en ella, porque ha de saber usted, que corriendo por este jardín he pasado parte de mi vida; pero siendo de ustedes, además de los recuerdos felices de días que ya pasaron, encuentro buenos amigos que alegrarán mi corazón en los días por venir, y una compañera... porque no creo que Gabriela se niegue á ser mi constante compañera.

ENRIQUE Ella, como yo y todos nosotros, desea ser á usted agradable.

LUISA *(Á Gabriela.)* ¡No es poco lo que vamos á divertirnos! *(Á César.)* Y usted será nuestro acompañante algunas veces... cuando sus ocupa-
es lo permitan.

ISAR Mis ocupaciones me permitirán siempre
ir á usted, con lo que tanto gano.

SA Ya sé que trabaja usted mucho.

CÉSAR La necesidad obliga; no es un mérito.

LUISA Á usted le disgustará la vida de provincia, ¿es cierto? Un hombre como usted debe aspirar á más que vivir en un obscuro y estrecho rincón del mundo.

CÉSAR Aquí está mi familia...

LUISA Su familia, que no querrá sacrificarle. Usted tiene talento, y el talento, como el diamante, no puede darse á conocer arrinconado en completa obscuridad. Sin un rayo de luz no brilla. *(Esta conversación, que anima bastante á César, disgusta á Mercedes, Gabriela y D. Enrique, quienes se miran con impaciencia, no sabiendo cómo atajarla prudentemente.)*

CÉSAR La conciencia que de mis méritos he adquirido, no me permite admitir la comparación, y... la rechazo por lisonjera y engañadora.

ENRIQUE Yo creo que un joven aprovechado puede también sacar partido de sus estudios en una modesta provincia. No todo se alcanza entre el bullicio y la lucha. La gloria está reñida con la tranquilidad; no lo dude usted, señora. Si se sumaran todas las angustias, todos los sinsabores que cuesta alcanzar la fama de un nombre; si pudieran escribirse de modo que todos los ilusos las comprendieran, la modestia sería cualidad más

general, y tal vez se lograse arrojar del mundo á la locura.

LUISA La tranquilidad, señor don Enrique, no es para gentes jóvenes, que sienten bullir la sangre en sus venas y latir en su cerebro un mundo de esperanzas. El día que quitara usted á la vida esa vestidura de ilusiones tan halagadora, el día en que la humanidad entera fuese utilitaria, sensata y egoísta, ¿qué nos quedaría? Cuando todos viviéramos tranquilos, la tranquilidad, convertida en profundo hastío, sería nuestra muerte.

CÉSAR (*Habla, más que por convencimiento, por halagar á Mercedes y Gabriela, que parecen suplicar con sus miradas.*) Durante mucho tiempo he creído como usted que los hombres debían lanzarse al mundo para estudiar todo lo bueno y todo lo malo que hay en él; pero luego he dudado, y entrando poco á poco en las teorías de mi tío, voy creyendo que no debo salir de aquí, y aquí me quedo.

LUISA El talento siempre brilla y se hace lugar.

ENRIQUE Pero, ¿quién ha descubierto el filón? ¿Dónde está el talento? ¿Quién es capaz de adivinarlo? Si esto se supiera, si no se confundiesen las ilusiones y las necias ilusiones, los delirios del sueño y las realidades de la vida, muchos

incautos que hoy son desgraciados, serían venturosos.

LUISA Acaso las razones de usted son tan atendibles como las mías. El pró y el contra suelen ofrecer iguales motivos de certeza ó de incertidumbre. De ahí nacen tantas dudas que nos enloquecen, y tantos antagonismos odiosos. Quédese cada cual con su razón, y volviendo á nuestro primer debate, diré que acepto agradecida su ofrecimiento, y mañana mismo daré orden para que dejen franca la puerta de las madreselvas... siempre que á Gabriela no le desagrade ser mi compañera.

GABRIELA Tendré gran placer en serlo.

LUISA (*Levantándose.*) Y ahora mismo—con permiso de su papá,—iremos á dar una vuelta por el bosquecillo. (*Todos se han levantado. Ella se acerca á Gabriela.*)

ENRIQUE Yo las acompañaré...

LUISA No lo consiento.—Me basta la compañía de Gabriela.—(*Con marcada intención.*) Y usted, César, ¿quiere acompañar á su prima?

CÉSAR (*También solapadamente.*) Y á usted; de mil amores.

LUISA (*Á César.*) He comprendido... (*Es decir: «sé que son ustedes novios, y cuanto aquí ocurre.»*) Perdone usted mi acaso indiscreta conversación.

GABRIELA (*Sonriente y ruborizada.*) ¿Qué dice usted, señora?

LUISA (*Á César.*) Dé usted el brazo á su prima. (*César vacila un momento.*) Y á mí, Gabriela. —Vamos.—Hasta luego.

MERCEDES y D. ENRIQUE se quedan viéndolos alejarse por la derecha, segundo término.

MERCEDES (*Preocupada.*) ¿Quieres que te hable con entera franqueza?

ENRIQUE Presumo lo que vas á decir.

MERCEDES ¿Adivinas mi pensamiento, ó piensas como yo?

ENRIQUE Si así pensara, no procuraría para mi hija la amistad de la Baronesa.

MERCEDES Creo que has obrado muy de ligero...

ENRIQUE Yo sé que no; cada cual tiene sus designios.

MERCEDES Pero los tuyos no pueden conducirte á buscar para Gabriela una amiga... loca.

ENRIQUE Desgraciada.

MERCEDES ¿Tú la conoces?

ENRIQUE Sin conocerla, no le abriría de par en las puertas de mi casa.

MERCEDES Y ella, ¿te conoce?

ENRIQUE Hoy me ha visto por primera vez.

MERCEDES Y sin conocerte, vino á tu casa pocas horas después de llegar, y acepta tus ofrecimientos y te brinda con su confianza, y se nos mete aquí para vivir entre nosotros.

ENRIQUE Razones ha dado.

MERCEDES ¡Razones! No; ahora... ya no tiene trece años; y por muy superficial y caprichosa que sea, no debió hacer ostentación de sus debilidades de carácter con gentes que no se las preguntan y que acaso no quieren escucharlas.

ENRIQUE Para no dudar de ella, te bastaba saber que la tolero en mi casa y le confío mi hija.

MERCEDES La razón de los hombres se obscurece muchas veces en presencia de una encantadora como esa, que á vosotros os parece un ángel y á mí un demonio.

ENRIQUE ¿Y si yo me propusiera salvarla?

MERCEDES Queriendo salvarla, puedes perderte y perder á Gabriela.

RAMÓN se acerca por la derecha.

RAMÓN Un caballero, que viene acompañado por dos guardias, desea ver á usted.

ENRIQUE ¿No te ha dicho su nombre?

RAMÓN Entregóme su tarjeta.

ENRIQUE Veamos. (*Leyendo.*) «Ruego á

se sirva escucharme y hacer justicia. Eugenio de Ricamora y de la Tabladilla.» Dí á ese caballero que pase. (*Sale Ramón por donde entró.*) Un desconocido que pide justicia... Veamos. (*Mercedes se retira hacia la izquierda. Enrique se adelanta hacia la derecha.*)

Entran por la derecha D. EUGENIO y dos GUARDIAS municipales.

EUGENIO ¿Es usted el señor Alcalde de la población?

ENRIQUE Para servir á usted.

EUGENIO (*Con tono enfático.*) Aunque la hora ni el lugar sean los más oportunos, la autoridad, que vela á todas horas y en todos lugares por el bien de su pueblo, siempre estará dispuesta á hacer justicia.

ENRIQUE Sepamos lo que ocurre.

EUGENIO Antes que todo, voy á decir á usted quién soy.

ENRIQUE He visto la tarjeta y no recuerdo haberle conocido jamás.

EUGENIO Lo extraño; porque mi nombre ha ido lo suficiente para que le conocieran hasta los más apartados rincones de las más atrasadas provincias.

ENRIQUE (*Amostazándose.*) Ruego á usted que,

para evitar *más* impaciencias, exponga francamente su pretensión.

EUGENIO Antes quisiera presentarme á usted.

ENRIQUE Creí que ya lo había hecho.

EUGENIO Ayer llegué á este pueblo, á esta población, con la señora Baronesa de la Sierpe. De modo, que tengo el gusto de ser vecino del señor Alcalde.

ENRIQUE (*Con frialdad.*) Siga usted.

EUGENIO Voy al caso. Figúrese que salí esta tarde á dar un paseo á caballo. Usted extrañará tal vez que el día de mi llegada esté dispuesto á dar paseos...

ENRIQUE (*Secamente.*) Yo no extraño nada, señor don Eugenio.

EUGENIO En Madrid, estoy reputado como uno de los mejores jinetes.

ENRIQUE (*Imperturbable.*) ¿Conque salió usted á caballo?...

EUGENIO Sí, señor. Y como el potro era muy duro de boca y estaba resabiado... falseaba mucho y quise probarle mi poderío. Al sentirse dominado por un puño maestro, se iba enfureciendo... Pero tuve un descuído, perdí una brida y el caballo salió desbocado, al escape. ¡Imposible me fué detenerle! Cruzaba calles y calles, veloz como un rayo.

Así llegamos hasta una plazoleta donde estaban jugando algunos niños; no me sintieron y el potro los atropelló. Llegaron estos señores, que ansiosos de cumplir con un deber, quisieron defenderme; yo mostré inquebrantable empeño de ver á usted, y aquí me acompañaron.

ENRIQUE (*Acercándose á los Guardias que han permanecido apartados, junto al bastidor.*) ¿Hubo alguna herida que ofrezca gravedad?

UN GUARDIA No, señor.

ENRIQUE. Quedo enterado. Pueden ustedes retirarse.

GUARDIAS Buenas tardes, Sr. D. Enrique.

ENRIQUE Alabo su celo. Vayan ustedes con Dios.

GUARDIAS Á la orden de usted.

EUGENIO ¿Puedo quedar completamente tranquilo?

Vanse los GUARDIAS

ENRIQUE Por de pronto, sirviendo de fianza mi palabra, recobra usted su libertad. Luego... ya es cosa del juez; según sea el daño.

UGENIO Poca cosa; el susto; casi nada. Un quillo se desmayó; los otros cayeron... Ví algu- angre sobre su ropita... pero ya sabe usted lo son chiquillos... esas criaturas. En fin, aposta-

ría que ya están de nuevo jugando en la calle.

ENRIQUE Si es así, no volverá usted á ser molestado.

EUGENIO Mil gracias, don Enrique, y aprovecho esta ocasión para ofrecerme como vecino y como amigo.

ENRIQUE ¿Llegó usted anoche con la señora Baronesa?

EUGENIO Que no tardará en hacerse conocer de ustedes.

ENRIQUE Ya hemos tenido el gusto de verla entre nosotros. Ahora estará recorriendo el bosquecillo.

EUGENIO Usted me permitirá que la espere.

ENRIQUE Ya no tardarán en acercarse á este sitio. Sentémonos. (*Ofrece una silla á D. Eugenio y se sientan.*)

EUGENIO Gracias.

ENRIQUE Y usted, ¿piensa pasar todo el verano en esta ciudad?

EUGENIO La Baronesa debe decidirlo. Como el Barón está muy ocupado con algunos negocios... Luego la causa política... ¡el partido!... El Bar yo somos compañeros de la infancia... El otro me dijo: «Luisa desea pasar el verano en su c rón; acompáñala, porque yo no puedo acompañ

ENRIQUE Oigo voces por aquel lado... Sí, ellos son, que vuelven de dar un paseo.

EUGENIO ¡Preciosa niña! ¿Es hija de usted?

ENRIQUE Hija mía.

EUGENIO (*Mirando con pertinacia hacia el sitio donde se oyeron murmullos de voces y después las sonoras carcajadas de Luisa.*) ¡Muy hermosa! Tiene usted mucho que agradecer á la Naturaleza. ¡Muy hermosa!

Entran por el fondo derecha: LUISA, radiante de alegría y apoyada en el brazo de CÉSAR, quien se dirige á ella con notoria emoción. Algo más atrás GABRIELA, muy triste y pensativa.

LUISA ¡Qué feliz soy! ¡Con qué gusto he recorrido estos lugares!

CÉSAR (*Á Luisa.*) ¿Será casualidad que donde usted dejó sus más gratos recuerdos, haya encontrado yo mis más queridas esperanzas? (*Luisa se aparta de César, acercándose á Enrique.*)

LUISA Ya estamos de vuelta. ¡Hola, mi señor don Eugenio! ¿Cómo le hallo aquí?

EUGENIO Con motivo de una desgracia... Luee lo explicaré á usted.

JISA ¡El hombre de las desgracias! (*Á César abriela.*) ¡Ah! Tengo el gusto de presentar á des á mi querido amigo D. Eugenio de Rica-

mora y de la Tabladilla. (*Á Eugenio.*) ¿Pero conocía usted á D. Enrique?

EUGENIO Ahora he tenido el gusto de conocerle. Me han traído preso.

LUISA ¡Já, já, já! ¿Y qué crímen había cometido? Alguna seducción.

EUGENIO No, señora; pero atropellé á unos chiquillos y quisieron detenerme. Gracias á la justicia de D. Enrique, ya estoy libre...

LUISA (*Á Enrique.*) Hizo usted bien no permitiendo que le encierren. ¡Já, já, já! (*Luisa está en una disposición de ánimo capaz de obligarla á reirse de su sombra y tomar á broma sus propios dolores. (Luisa, Eugenio y Enrique siguen su conversación. César les escucha dirigiendo frecuentemente á la Baronesa furtivas miradas. Gabriela se retira hasta encontrar á Mercedes, que clava en ella los ojos para descifrar sus sentimientos.*)

MERCEDES (*Á Gabriela.*) Tú sientes algo: ¿qué te pasa?

GABRIELA Nada; no siento nada.

MERCEDES Estás pálida, triste...

GABRIELA ¡Ay, qué empeño! ¿Por qué lo dice usted?

MERCEDES Porque lo veo. No quieras engañarme.

GABRIELA Nada ocasiona mi tristeza. (*Siguen hablando separadas de los demás.*)

LUISA Creo muy oportuno que nos retiremos. Estamos abusando.

ENRIQUE ¡Abusar! No, señora.

LUISA (*Á Enrique.*) Le repito á usted mis ofrecimientos, rogándole que no los crea palabras vanas; acepto con toda el alma su cordial acogida, y ruego á usted me reconozca como su más humilde servidora. Por mucho que yo hiciera, nunca sería bastante para pagar el bien que usted me ofrece. (*Á César.*) Cuidado con faltar á lo prometido. Como duermo poco, me distraigo leyendo hasta muy tarde. No me olvide, César.

CÉSAR Luego subiré á llevar el libro y á ofrecer á usted mis respetos. Digo... si no estorbo...

LUISA ¿Estorbar... en mi casa? Usted quiere que le regale los oídos y no he de hacerlo. ¿Hasta después?

CÉSAR Sí.

LUISA (*Acercándose á las dos mujeres.*) Adiós, Gabriela; otro beso. Adiós, señora; adiós, D. En-
e.

GENIO Á los pies de ustedes. Servidor de
les.

SA (*Estrechando la mano á César, mirán-*

dole fijamente y riendo.) Beso á usted la mano.

CÉSAR (*Emocionado.*) Adiós, Luisa.

LUISA (*Volviéndose.*) Hasta mañana, Gabriela. (*Vanse retirando hacia la derecha.*)

EUGENIO Servidor de ustedes... (*Á Enrique, que los acompaña.*) No permito... (*Dirigiéndose de nuevo á las señoras.*) Á los piés de ustedes. (*Á César, que se queda junto al bastidor.*) Servidor de usted.

Desaparecen LUISA y D. EUGENIO, acompañados de D. ENRIQUE.

GABRIELA (*Acercándose á César, que los mira alejarse.*) César, tengo celos; ¡tengo celos de esa mujer!

CÉSAR (*Distraído.*) ¡Qué tontería!

GABRIELA Pues, díme que me quieres como siempre, que me querrás siempre, que no irás esta noche á su casa.

CÉSAR ¡Que no vaya á su casa! ¿Por qué razón, si estoy obligado?

MERCEDES ¡Gabriela!

GABRIELA (*Se arroja llorando en los br de Mercedes.*) ¡Ya no me quiere, ya no me q

ENRIQUE (*Al entrar.*) ¡Gabriela! ¿Por qu ras? ¿Qué tienes?

GABRIELA (*Disimulando.*) Nada; no sé por qué lloro... ¡Si no tengo nada!

ENRIQUE (*Abrazando á Gabriela.*) ¡Dímelo, díselo á tu padre, hija de mi corazón! ¿Qué te ha hecho, qué te ha dicho ese loco?

CESAR (*Entre irrespetuoso y suplicante.*) ¡Tío! ¡D. Enrique!...

ENRIQUE (*Con entereza.*) ¡Aparta, ingrato!

AQUÍ TERMINA LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

RAMÓN trabajando en arreglar el jardín. D. ENRIQUE saliendo de su casa.

ENRIQUE ¡Ramón! Deja eso y escucha.

RAMÓN ¡Señor!...

ENRIQUE Quiero que me hables con el corazón en la mano; quiero que me digas tu sentir en lo que voy á preguntarte. Contesta, pues, sin ambajes ni vacilaciones, la verdad; la verdad clara y sencilla.

RAMÓN Juro hacerlo como usted manda.

ENRIQUE Hace algunos años que sirves en mi casa, eres buen muchacho y no temo equivocarme creyendo que nos tienes afecto. Á pesar de todo, yo no debiera tratar contigo de ciertas cosas, pero la necesidad obliga, y, teniendo que fiarme de alguien, ¿de quién mejor que de tí?

RAMÓN Puede usted decirme cuanto quiera, sin ningún reparo, seguro de que sabré apreciar su confianza.

ENRIQUE Y, en caso de que no se confirmaran sospechas, si por fortuna hubiera pecado yo [illegible]loso, olvida lo que te digo, como se olvidan [illegible]rios de un enfermo. ¿Qué tendría de parti-

cular que delire, cuando me abrasa la calentura?

RAMÓN ¿Está usted malo, D. Enrique?

ENRIQUE No lo sé, no lo sé. Acércame una silla, y ven á mi lado para que yo no tenga que esforzar mucho la voz... Sentiría que alguien nos escuchara.

RAMÓN Estamos solos en el jardín.

ENRIQUE Pues voy al caso. Y te repito que, si por fortuna me equivoco, antes de sospechar de quien no ha pecado, piensa que yo he perdido el conocimiento. (*Pausa.*) Hace un mes que llegó la señora Baronesa. Recordarás que al día siguiente de su llegada vino á visitarnos, que te mandé separar las madreselvas de aquella puerta, que desde entonces doña Luisa baja todos los días al bosquecillo y sube con frecuencia á mi casa, que Gabriela y César pasan muchas veces á la suya... En fin, que desde la llegada de esa señora, entre ella y nosotros ha sido frecuente el trato. Esto lo sabes tú y lo saben todos en la ciudad.

RAMÓN Es cierto.

ENRIQUE Y... ¿qué dice la gente?

RAMÓN (*Algo turbado.*) Pues le diré á u con franqueza; quiero decirle á usted lo que l la gente, que, mejor ó peor hablado, lo repe nosotros, y nosotros lo sabemos mejor que -

porque cada cual oye lo que en su casa se murmura... Pues verá usted. Hay en la ciudad muchos que envidian la confianza que usted tiene con esa señora. Otros, á la verdad, no son del mismo parecer, y dicen... y murmuran que si fué, que si vino... Hay otros, por el contrario, que le compadecen á usted por haber dejado entrar en su casa semejante *besilisco*, que así dicen ellos. Hay quien malicia —voy á serle á usted franco,—de si el señorito César y esa señora... Pero todo es un decir, á la verdad, porque como cada cual habla á su modo, es difícil sacar el agua clara.

ENRIQUE A eso vine yo precisamente. No te avergüences de contarme lo que sepas. Ya te dije que, para averiguar lo que sucede en mi casa, te he llamado.

RAMÓN Don Enrique, son difíciles de tratar estas cosas, y sentiría equivocarme. Después... quizá usted mismo me lo echaría en cara.

ENRIQUE Diciendo nada más lo que hayas visto ó lo que hayas oído, no es fácil que te equivoques.

RAMÓN Pero como nunca se ve tan claro ni se ; tan terminante... resulta que me pide usted un ıosible.

ıRIQUE No, Ramón. Tú andas todo el día por ardín, entras y sales, lo observas todo sin que

nadie recele de tí; reparas en mil pequeñeces, para entretener el pensamiento, por curiosidad... y la curiosidad es muchas veces enemiga del crimen. Tú sabes lo que yo deseo que me digas. ¿Por qué te empeñas en atormentarme callándolo?

RAMÓN Por no darle á usted un disgusto mayor, D. Enrique; porque bien sabe Dios si estimo el pan que cómo en esta casa, y lo que sería yo capaz de hacer por ahorrar á ustedes una pesadumbre... Pero ya que usted se empeña y de mis palabras fía, voy á decirle mi sentir y lo que haya de verdad en todo.

ENRIQUE ¡Mis recelos no eran delirios!

RAMÓN Tal creo. *(Pausa. Luego sigue, bajando la voz y pausadamente.)* En el bosquecillo tienen algunas entrevistas. Otras veces, cuando va D. César al caserón, bajan los dos, pero no salen del jardín de la Baronesa... Como en el desván hace un calor insoportable, la otra noche me quedé á dormir en la barraca. Ya eran más de las doce' sentí ruído y desperté; abrí los ojos al momento de pasar el señorito... Ella bajó también, y estuvieron juntos hasta el amanecer... Le digo á usted que estas cosas parecen imposibles. Yo me hago cruces cada vez que pienso en ello. ¡Si no tienen perdón de Dios!

ENRIQUE (*Pesaroso.*) ¿Estás seguro de que no te engañas?

RAMÓN ¿Engañarme? ¡Ya, ya! Eso es lo que yo quisiera, para bien de todos. Y ya, suelta la lengua, no hay por qué callar nada. Que lo visto de noche fuera un sueño, extremando la cuestión, puede creerse. Pero, ¿y las veces que á la luz del sol les he visto besarse?

ENRIQUE ¡Besarse!

RAMÓN Sí, señor; y ellos bien saben que para mí no hay secreto, porque alguna vez los he cogido *infraganti*. En el bosquecillo, en el cenador, en todas partes. Yo no quisiera ofender á usted, pero... esto es una vergüenza. ¡Y parece una señora tan cabal doña Luisa!

ENRIQUE ¡Imprudentes! ¡En mi propia casa!

RAMÓN La misma reflexión me hice yo muchas veces... ¡Que en la honrada casa de mi señor don Enrique sucedan tales cosas!

ENRIQUE (*Dejándose llevar por sus pensamientos.*) ¡Esa desdichada viene á insultar mi do-

(*Momento de silencio.*) ¡Gracias, Ramón; tenucho que agradecerte! Pero, sobre todo, cui- con la lengua; no digas á nadie una palabra...

ÓN Ni con tenazas me la arrancarían.

Vase D. ENRIQUE por la derecha, primer término, LUISA y D. EUGENIO entran por el último bastidor de la derecha, donde se supone la comunicación entre los dos jardines.

EUGENIO Parecióme oir la voz de D. Enrique. Hablaría con el jardinero.

LUISA (*Distraída.*) ¡Quizá sí!

EUGENIO (*Refiriéndose á Ramón, quien, recogiendo las herramientas, los observa.*) ¡Qué miradas nos echa el muy bribón!

LUISA Esa gentecilla es siempre insolente.

Vase RAMÓN par la derecha, segundo término.

EUGENIO Ya se fué, como si huyera de nosotros. ¡Y no se vuelve pocas veces á mirarnos!

LUISA Hombre, ¡qué reparón es usted! Parece una damisela melindrosa.

EUGENIO Y usted, ¡qué despreocupada! Parece un muchacho travieso.

LUISA Sí, ¿eh? ¡Qué gracia!

EUGENIO Luisa, nos estamos saliendo de nuestros dominios.

LUISA Me alegro.

EUGENIO ¿Porque venimos á pasear frente á los balcones de D. Enrique?

LUISA ¿Tiene algo de particular?

EUGENIO No me parece bien... Es un al[illegible]ento de morada.

LUISA (*Irónicamente.*) ¡Que sea tan escrupuloso y tan posma quien se entretiene machacando chiquillos por las calles!

EUGENIO No evoque fatales recuerdos.

LUISA ¿Todavía tiene usted el susto en el cuerpo?

EUGENIO Confieso que le tuve, y no flojo, al verme en presencia del juez. Estos provincianos salvajes me inspiran horror. En Madrid...

LUISA Sí, en Madrid hubiera ido usted á la cárcel y le hubieran vaciado el bolsillo, que sería como quitarle el pellejo. Aquí se contentaron con una piltrafa: una multa insignificante. Vea usted la diferencia. (*Momento de pausa.*)

EUGENIO Repito á usted que no me parece prudente pasar la tarde aquí sin ningún objeto.

LUISA ¡Sin ningún objeto! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

EUGENIO O con un objeto que sólo sirve para agravar nuestra situación.

LUISA Quiero ver á César cuando llegue.

EUGENIO Y nada más natural que aguardarle á puerta de su casa. ¡Ay, Luisa! ¡Si supiera usted nal que nos hacen esas impaciencias! Mire us- (*Señalando á la casa de D. Enrique.*) Todas persianas están cerradas.

LUISA ¿Y qué?

EUGENIO ¿Usted sabe si alguien nos observa desde los balcones?

LUISA Supongamos que toda la casa está en acecho, que ven entrar á César, que me apoyo en su brazo y damos una vuelta por el jardín. ¿Hay en esto algo de extraordinario?

EUGENIO Nada, nada.

LUISA ¿No es César amigo mío? ¿No me dispensa D. Enrique repetidos obsequios? ¿No le correspondo con amistad franca? ¿Ha sucedido algo que pudiera turbar la paz de nuestras relaciones?

EUGENIO ¡Pst! No... pero...

LUISA Si es así, ¡alma de Dios! ¿por qué me aconseja usted un retraimiento tan inoportuno?

EUGENIO Luisa, no hemos llegado á entendernos.

LUISA Es verdad.

EUGENIO Y es preciso que nos entendamos.

LUISA También es verdad.

EUGENIO Pues yo le aseguro á usted que nos entenderemos.

LUISA Así sea.

EUGENIO Luisa, usted está enamorada de César; es decir, usted distingue á César como si estuviera enamorada de él.

LUISA (*Entre risueña y grave.*) ¡D. Eugenio!

EUGENIO Ese muchacho, hallando en el amor de usted la realización de antiguas esperanzas, entrégase por completo á su loca pasión y no perdona imprudencia ni temeridad alguna.

LUISA No tanto, no tanto.

EUGENIO Gabriela quiere á su primo como quieren los ángeles, antes de que la sociedad, pervirtiendo sus instintos, los convierta en mujeres; con ese cariño que encierra toda la dulzura, toda la terneza de un corazón virgen de sensaciones.

LUISA ¡Hola, hola! ¿Poesía... y todo?

EUGENIO D. Enrique ha recogido á César, le ha dado una carrera, le ha mostrado el camino del porvenir. D. Enrique ha hecho más por su sobrino. Después de sacarle de *la nada,* es decir, de la pobreza, para ofrecerle un paraíso, le ha puesto al lado de una mujer encantadora. César y Gabriela se aman como unos tortolitos. D. Enrique contempla su obra satisfecho.

LUISA Me parece que se remonta usted demasiado. Ya está en las nubes.

:UGENIO Pues en dos palabras desciendo á la rra. Llegamos nosotros. Creo que me será pertido hacer aquí un largo paréntesis, que usted rá llenar con sus impresiones de estos días.

Todo marcha bien; pero usted y César se equivocan. Creen que sus amores están ocultos bajo el velo del misterio, y no hay tal velo ni tales calabazas. Cien ojos los miran, cien oídos los escuchan. Sí, señora; es preciso confesarlo. Han cometido ustedes muchas imprudencias.

LUISA ¡D. Eugenio! (*Como diciendo: «No sea usted tan claro.»*)

EUGENIO. Yo no sé cómo cunden ciertas noticias; pero lo que sé, Baronesa, es que mucha gente está enterada de lo que aquí sucede. ¡Ustedes acaso creían que ni yo lo sospechaba! (*Momento de silencio.*) ¿Y piensa usted que Gabriela contemplará impasible el naufragio de sus ilusiones? ¿Piensa usted que D. Enrique permanecerá mudo, cuando una poderosa mano destruye la obra en que él cifraba la felicidad de su hija? No, no-puede ser; esto es un absurdo incomprensible. Aquí, muy pronto, ha de suceder algo grave, algo que no puedo comprender... pero sucederá, con regocijo de los maldicientes, que ya clavan en usted sus lenguas envenenadas.

LUISA Me parece que de nuevo se remonta ted á las nubes.

EUGENIO (*Duramente.*) No, señora; bien to en el fango que me salpica.

LUISA (*Con risa forzada.*) ¡Já, já, já!... Sus observaciones son ridículas, y, como tales, las desprecio.

EUGENIO ¿Sabe usted el papel que me reserva en esas tramoyas?

LUISA (*Con desprecio.*) ¡Pobre hombre! ¡Qué infeliz es usted!

Entra CÉSAR por la derecha, primer término.

CESAR ¡A los pies de usted, Luisa! ¡Adiós, Tabladilla! ¡Bendito sea tan inesperado encuentro!

EUGENIO En verdad; de algunos días á esta parte, poco nos vemos.

LUISA Como usted está siempre metido en el casino... (*A César.*) Es la primera tarde que se digna acompañar á su amiga.

EUGENIO Jamás me apartaría de su lado si no comprendiera con frecuencia que... para nada me necesita.

LUISA ¿Teme usted servir de estorbo?

EUGENIO ¡Líbreme Dios de hacerlo á sabiendas!

ESAR (*A Eugenio.*) No hace mucho rato que ñito Peña y Pepe Gloria me preguntaron por ed. (*A Luisa.*) D. Eugenio es el alma del ca-

EUGENIO Voy á despachar la correspondencia mientras ustedes toman el fresco. (*Á Luisa.*) Ya ve usted, si no la acompaño, la dejo bien acompañada. Que ustedes se diviertan. Hasta luego.

CÉSAR Adiós.

D. EUGENIO sale por la derecha último término.

LUISA (*Apoyándose en el brazo de César.*) ¿De dónde vienes?

CÉSAR De la Sociedad de Agricultura. Tres horas he pasado en aquella maldita oficina, donde la prosa me consume y el aburrimiento me mata.

Poco á poco vanse apartando de la casa de D. ENRIQUE, y cuando el diálogo comienza á tomar interés, se encuentran ya á la derecha, segundo término, á bastante distancia de la casa, desde la cual no pueden verlos por ser obstáculo para ello el cenador.

LUISA ¿Y por qué vas, causándote tan grande violencia?

CÉSAR Por cumplir con mi deber.

LUISA ¡El deber que tú mismo te impones!

CÉSAR Para pagar con mi obediencia una deuda de gratitud.

LUISA Así entretienes la mayor parte del día. Así sacrificas los goces de nuestro amor á un miserable destinillo.

CÉSAR ¿Qué puedo hacer mientras viva en esta casa?

LUISA Renunciar á un porvenir menguado; decir que no has nacido, que no te educaste para servir á una sociedad de paletos.

CÉSAR ¡Sería dar un disgusto á mi tío!

LUISA No es cuenta tuya si su egoísmo no le permite ver las cosas como son y apreciarlas en lo que valen. Esas gentes lo juzgan todo con un criterio erróneo, disparatado. Llaman *miserias humanas* á las grandezas de la tierra, *esperanzas locas* á las más justas aspiraciones... ¿Qué logran retirándose al rincón más obscuro de una provincia? Vivir en un círculo más estrecho, en un mundo más pequeño, pero que adolece de los mismos defectos que la corte más corrompida.

CÉSAR Ya lo sé.

LUISA Pues ¿por qué no te resuelves á seguir mi consejo?

CÉSAR Escucha, Luisa. Cuando el amor de Gabriela era el único encanto que me ofrecía esta soledad, considerando mío cuanto me rodeaba, llegué á creerme con derechos á que nunca debí aspirar. Jamás me hice cargo del bien que recibía
l pago que daba, porque ésta era mi casa,
e D. Enrique era mi padre. Pero ya todo ha
iado. Al abrir á tu amor mi corazón, he abier-
ojos á la verdad. ¡Ahora comprendo lo que

soy aquí! Un hombre á quien por misericordia recogieron siendo niño, á quien dieron una carrera mostrándole un camino en el porvenir... Sin esa caridad, tal vez hubiera pedido limosna; jamás te conociera como te conozco, y si algún día pasaras junto á mí, me hubieras dado una moneda de cobre, y así me has dado tu corazón. Desde que no amo á Gabriela, pesan sobre mí como una losa los favores que debo á mi tío. Yo no puedo ser del todo ingrato.

LUISA (*Sentándose.*) ¡Y lo eres para mí!

CÉSAR (*Tomando asiento á su lado sobre un pequeño sofá de mimbre, donde quedan los dos muy juntitos.*) No, Luisa; no lo digas; no digas eso: tú no sabes lo que siento y cómo vivo por tu cariño. Yo he soñado mucho, he delirado mucho, y en mis ensueños de gloria y en mis delirios de ambición te he visto muchas veces... Cuando, después de larga vela invertida en intrincadas lecturas, abría la ventana de mi cuarto para que las brisas del jardín refrescaran mi frente; al contemplar la obscura mole de tu palacio entre los árboles del bosquecillo, mientras la luna dibujaba mil r os en los cristales de aquellas ventanas, te fi á través de los cristales ó asomada á las ve s donde luego te he visto tantas veces. O ir

tí con frecuencia, sabía que eras hermosa y deaba conocerte, pensando en tí cada día y soñan- contigo muchas noches. Cuando mi tío me nunció tu llegada, cuando te ví por vez primera, i corazón no pudo contener su alegría; creí volerme loco y cometer alguna torpeza. Tantas vees me habían echado en cara mis delirios, que ave tentaciones de gritar: «Miradla, necios; era »ella mi mayor delirio. Sin saber dónde estaba, la veía, y sin conocerla, la adoraba. Decid ahora »que todas las ilusiones mueren y que no hay enueños que se realizan.» Tú dejaste caer sobre mí una blanda mirada; yo sentí en aquel momento vergüenza, por no ser el más hermoso de los hombres. Luego me regalaste una sonrisa, con la que respondías á mi pensamiento, diciéndome acaso: «Desecha tus temores, porque has entrado en mi »corazón.» Desde entonces me parecieron siglos las horas que venían preñadas de promesas, y minutos las que pasaban arrastrando en su marcha nuestros placeres; desde entonces he sentido ansia frenética de verte y amarte, y cuanto más te ve 7 cuanto más te gozo, el delirio turba más y m mi razón... ¡Luisa, Luisa mía! Aunque todo el m do muriera de amor por tí, no serías tan amad no ahora, que yo te amo.

LUISA Me amas, sí, me amas. Tú no sabrías engañarme, ni es posible fingir un cariño como el tuyo. Ahora lo soy todo para tí; tu vida es un reflejo de la mía; pero más adelante... llegaré á serte indiferente y te arrepentirás de haberme querido.

CESAR (*Con sincero apasionamiento.*) ¡Nunca!

LUISA ¡Oh, sí! Que no en vano el tiempo transcurre, y tú eres muy joven todavía, mientras yo comienzo á decaer... No es ahora la primera vez que lo comprendo, pero es la primera vez que con amargura lo deploro. ¡Qué terrible crueldad esta ley de la existencia! Y todas mis lágrimas no bastarían para impedir que cada minuto imprima una arruga sobre mi frente y encanezca un cabello de mi cabeza... Pues el camino es peligroso y cansado el viaje, yo quisiera que el carro de la vida pudiera pararse alguna vez, cuando nos aman á los treinta y seis años, á esa maldita edad en que nuestros atractivos deslumbran como la rápida luz que no brilla más que un momento entre dos sombras. ¡Por qué, cuando el alma comienza á vivir, el cuerpo envejece! Me horroriza pensarlo. Esa primera vejez, edad de lucha, que no es respetable ni bendita. (*Mientras hace todas estas reflexiones, Luisa se entristece y César no deja de contemplarla con avidez.*)

CESAR (*Tomándole una mano.*) ¡Eres muy hermosa! ¡Sí! Esta hermosura no se pierde, porque la materia la recibe prestada del alma, torrente de luz y de pasión; y si, como tú has dicho, el alma comienza á vivir, ¡cuánto placer nos queda todavía! No dudes, no, de mi cariño ni de tus encantos, pues ni aquél se puede agotar, ni éstos se han de consumir. Y serás siempre joven, siempre hermosa, y yo te querré siempre... ¡Siempre!... Y el amor mantendrá lozana tu juventud. ¡El amor, que todo lo puede! Yo tengo también mis preocupaciones y mis afanes: tengo también dudas que me consumen y pensamientos que me atormentan; y cuando tú te entristeces imaginando un porvenir, yo me estremezco adivinando un pasado que me agobia, y siento celos y desesperación.

LUISA (*Visiblemente conmovida.*) ¡César, no prosigas! Yo puedo explicarte toda esa historia ignorada que tanto te mortifica.

CÉSAR (*Exaltado.*) ¡Ah, no! ¡Perdona, no te quiero escuchar!

LUISA Sí; tú no sabes quién soy, ni por qué te
ai Muchas veces quise decírtelo, pero temía
e\ recuerdos, casi siempre humedecidos con
m to. He sido muy desgraciada, y ahora me
si ompletamente feliz. El egoísmo me impo-

nía silencio. No quise turbar un solo instante la dicha que gozo, que toda mi vida busqué, y que sólo encuentro al fin de mi vida. En lo que te diga, ¿me creerás sincera?

CÉSAR ¡Si no quiero que hables! ¡Si sólo quiero que me perdones!

LUISA No; tú temes escuchar algo que tu orgullo no pueda sufrir; pero tengo que advertirte una cosa. No voy á confesarme contigo, porque no me juzgo pecadora. Quizá tenga mucho que deplorar, pero no tengo nada de qué arrepentirme. Ni he vendido mi corazón, ni he violado mi conciencia. Habré podido equivocarme, pero no pretendí engañar. ¡Odio el engaño, porque me ha lastimado muchas veces!

CÉSAR (*Más exaltado al verla llorosa.*) ¡Oh, no puede ser! ¡Calla!

LUISA (*Con dulcísimo cariño.*) ¿Y ese infierno que abrasa tu cabeza? Sí, quiero apagarlo; quiero que vivas tranquilo; quiero que me sientas honrada como amante. ¡Sí, honrada!

CÉSAR (*Cubriéndose la cara con las manos, como si aquellas palabras hubieran hecho llar una tempestad en su cabeza, dice am mente.*) ¡Pobre Luisa!

LUISA (*Abatida ya.*) Me compadeces,

dome usurpadora de ese nombre. Todo tu amor no es bastante para salvar mi dignidad... Adúltera me adoras, pero sientes que nuestra unión es un crimen. Te fascinan estos lazos, pero me juzgas mudable, y temes que mi capricho los rompa en un instante... (*Enjugándose los ojos.*) ¡Ah! ¡Yo he deseado llevar la paz á tu corazón!... ¡pero es imposible! (*Llora.*)

CÉSAR ¡Qué torpemente ocasioné tu llanto! ¡Vida mía! Tú debes disculparte, tú sabrás disculparte... y yo quiero creerte. ¡Necio de mí, que antes no te quise oir; ahora te ruego que hables! Te lo ruego, porque tu silencio me mata. Necesito que me lo digas todo para saber que tú eras inocente como eres buena y cariñosa. (*Momentos de angustioso silencio.*) ¿Callas? Es una venganza indigna de tí; cuando me humillo, cuando reconozco mi error, cuando te imploro de rodillas... (*Ella calla y llora; él la contempla con la ansiedad pintada en el semblante.*) ¿Sigues callando?

LUISA (*Con voz entrecortada por los sollozos.*) ¡Si no puedo hablar!... ¡Si será inútil cuanto diga!

AR (*Aumentando su exaltación.*) ¡Ódiame, ciame, porque todo lo merezco! ¡Soy un mi-! Pero tu silencio y tu llanto han sido tan tes como pudieran serlo tus palabras. No

sé quién me lo inspira, no sé quién me lo dice; pero yo lo siento y lo escucho, y mi corazón y mi cerebro están atentos á esa voz que me repite mil veces: «Mira cómo llora, piensa lo que ha sufrido y no dudes que es honrada.»

LUISA ¡No lo dudes, honrada! Puedes darme tu corazón, y podrías ofrecerme tu nombre, si el mío no estuviera ligado con el de un infame. ¡Fué una sorpresa, una villanía! Codiciando mi fortuna, me dijo que me amaba; yo era una niña, le creí, le amé, y nos unimos para siempre... ¡Para siempre! No. Que mi alma vivía muy pura, cuando la suya se arrastraba por el fango de la tierra. Pronto su cinismo me hizo ver lo que mi inexperiencia no supo adivinar. ¡Su desprecio era mi martirio, y no me quedaba otro consuelo que mi llanto! Un día me acerqué á su puerta, que estaba cerrada; oí una voz dulce, muy dulce, y luego la de mi esposo, muy amante; ¡nunca lo fué tanto para mí! Pronunciaron mi nombre; sentí la humillación como un insulto y no pude contenerme. Llamé á la puerta con repetidos golpes, crujió una falda, rechinó un postigo, y cuando mi esposo me dejó entrar, estaba solo. «¿Quién es esa mujer?»—grité indignada. Y otra interrogación contestó á la mía: «¿He preguntado acaso quién era el hombre que ayer estuvo en tu

cuarto?»—«¡Mi padre!»—dije con orgullo. «Pero esa mujer...» «No es mi madre»—contestó riendo bárbaramente. ¡Parecíale poco la ofensa y añadió la burla!... Seguimos viviendo bajo el mismo techo, pero sin vernos una sola vez. Yo lloraba mucho. Al principio le odié, luego le despreciaba, y al fin llegó á serme indiferente... Mi situación era difícil, insostenible, en aquella edad de ilusiones y amorosos ensueños... ¡No pude resistir, y fuí vencida! Entonces mi esposo se acercó á mi puerta... Creí que iba á matarme y temblé; pero lejos de mostrarse ofendido, me hablaba cortesmente, sin abandonar su sonrisa de diablo. «Quiero que desde hoy rompamos el hielo que nos separa, dijo. El uno por el otro, cuando estamos solos, debemos hacer agradable nuestra soledad.» Su cinismo me hizo estremecer... ¡pero desde entonces somos buenos amigos, y ni una nube ha obscurecido el cielo de nuestras... miserias!

CÉSAR ¡Sí! ¡Torpes miserias que agotan el sentimiento y ciegan la razón! Sigue contando.

LUISA Ya he dicho todo lo que debieras saber, l[illegible] ie puede disculpar.

[illegible] Pero esa historia termina en una fecha [illegible] na, y yo quisiera averiguarlo todo. Nece- [illegible] si en algún tiempo tu corazón ha latido

con más violencia que ahora; si alguna vez ha sido más completa tu dicha.

LUISA *(Con vehemencia.)* ¡Ah! ¡Nunca! Te lo juro, lo juro mil veces.

CÉSAR Confíame tus pasados delirios. Con esto tendré una prueba más de tu cariño.

LUISA *(Poniéndose de pie.)* Una prueba mayor quiero darte.

CÉSAR *(Idem.)* ¿Cuál?

LUISA La que mayor sacrificio me cuesta; la única que puede librarte de tus dudas para que nunca vuelvas á dudar. Temes que mi pasión sea un capricho pasajero, una engañosa coquetería, y yo estoy empeñada en probarte que no me has comprendido. Quiero probártelo, aunque me cueste perder la inmensa dicha que aquí gozo. Mañana marcharé á cualquier sitio donde no me abandone la tentación; en Octubre volveré á Madrid, para vivir como siempre he vivido, expuesta á todas las asechanzas de la sensualidad, y tú permanecerás al lado de Gabriela. Dejaremos pasar medio año sin vernos, sin escribirnos, sin saber nada el uno del otro, y cuando el plazo termine, yo te repetiré mi pasión, y tú probablemente me mostrarás tu indiferencia.

CÉSAR ¡Qué locura!

LUISA En ese tiempo me juzgarás mudable, falsa y caprichosa. Yo me vengaré de tí queriéndote mucho, mucho más de lo que alcanzas á suponer, mucho más de lo que nadie pudo quererte.

CÉSAR ¡Luisa! Tú no eres capaz de hacer lo que dices. ¡Imposible! Y si lo hicieras, yo te seguiría, te seguiría siempre, porque no puedo vivir lejos de tí. Todas mis fantasías, todos mis delirios se calman con una mirada de tus ojos; toda mi dignidad la diera por un beso de tus labios. Torpe y atrevido, quise penetrar el misterio de tu existencia; pero ¡qué me importa todo si de todas maneras he de amarte, si, aun siendo tú la criatura más infame de la tierra, no te arrojaría de mi corazón!

GABRIELA *(En el cenador.)* ¡Ah! *(Grito escapado, involuntario, agudo.)*

Sale GABRIELA por la derecha del cenador, da dos pasos vacilante con los puños apretados sobre las sienes y cae al suelo sin sentido.

LUISA *(Rabiosa.)* ¡Nos escuchaba!

CÉSAR ¡Gabriela!

[illegible]s de un momento de sorpresa é incertidumbre corre [illegible] ella, pero al mismo tiempo entra D. ENRIQUE por la [illegible]ha, primer término, se adelanta é impide que CÉSAR [illegible]erque á la niña. LUISA se oculta entre los últimos ár- [illegible] la derecha. D. ENRIQUE levanta y sostiene entre sus

brazos á GABRIELA desmayada, y CÉSAR queda cerca de ellos como petrificado. Momentos de silencio.

ENRIQUE No la toques, no te acerques á ella. Sólo yo puedo recogerla en mis brazos. Tu soberbia la hizo caer; mi cariño la levanta. ¡Gabriela! ¡Hija mía! *(Gabriela sigue desmayada.)* Mira lo que habéis hecho, y si no te remuerde la conciencia, ¡eres un infame!... No hace mucho tiempo ¡bien puedes acordarte! Os amábais; pero tú tenías en el pecho una víbora que envenenaba tu sangre: ¡la soberbia! Y atraído por la ostentación que deslumbra, olvidaste que á esta modestísima hermosura puedo cubrirla de brillantes y avergonzarte con tu pobreza. *(Movimiento de indignación y sorpresa en César.)* No creas que te insulto, porque la pobreza no es pecado. Un día se vieron colmadas tus ambiciones; la serpiente silbó á tu oído y la escuchaste con inefable placer. Incauto, te dejaste avasallar; obcecado, no comprendiste que arrastrabas á un ángel en tu caída... Ella odió este jardín que tanto amaba; huyendo de tu presencia se refugió en mis brazos; sufrió callando, lloró bendiciéndote... y mientras hacías ostentación de una infamia vergonzosa, ocultaba su noble martirio!... *(Momentos de silencio.)* Hoy la impaciencia la trajo á este

lugar. Angustiada por la duda, buscó la certeza... Si el dolor no la mata, habrá muerto el cariño que te tuvo. No pienses más en ella, porque ya no se acordará de tí.

CESAR *(Iracundo y dolorido á la vez.)* ¿Me desprecian ustedes? Hacen bien. Á usted le debo protección y cariño, la vida entera y la vida de mi madre... Mientras no extinga esa deuda soy un esclavo, y en un momento de obcecación me creí libre, dueño de mi pensamiento y de mi alma, que no me pertenecen, que había dado en cambio de un pedazo de pan. *(Gabriela ha vuelto en sí, pero continúa con el cuerpo apoyado sobre el pecho de su padre y sin atreverse á mirar á César.)*

ENRIQUE ¡El orgullo te hace delirar!... Nada me debes por tí ni por tu madre. Es mi hermana, que siempre me ha querido; por ella lo hice todo; agradéceselo á ella, si sabes agradecer. Si algún día puse trabas á tus locos proyectos de ambición, no fué porque me creyera dueño de tu libertad. Corre á realizar tus ensueños; huye de nosotros; aquí seguiremos viviendo como hasta hoy hemos vivido.

ando los desengaños y la miseria te hayan en-
do lo que yo no supe enseñarte, acuérdate de
rincón y vuelve tranquilo, porque, donde esté
dre, nunca te faltará lugar.

CÉSAR *(Con soberbia. D. Enrique y Gabriela ya le han vuelto las espaldas y se acercan á la escalera.)* Gracias, mil gracias. Pero no volveré á recoger esa limosna, porque si soy vencido, sólo la muerte será mi amiga.

GABRIELA *(Deteniéndose al pie de la escalera.)* ¡Padre, padre mío! No le dejes marchar; díle que no se vaya. No quiero que muera.

ENRIQUE Desprecia nuestro cariño.

GABRIELA No lo creas, nos quiere como siempre.

ENRIQUE ¡Ha torturado tu corazón!

GABRIELA Le queda mucho tiempo para arrepentirse.

ENRIQUE Ha dejado de amarte.

GABRIELA Pero yo le amo todavía, y siempre le amaré. Díselo; díle que no se vaya; que le perdonas como yo le perdono; que le ruegas como yo le ruego...

ENRIQUE Serénate, hija mía.

GABRIELA Ya sé que no me ama; pero teniéndole cerca me queda el consuelo de verle, de adivinar sus pensamientos, de saber si es feliz ó desdichado. ¿Se lo dirás todo, padre mío? Mira, si él se aleja de nosotros, mi angustia será insoportable, y moriré, pensando á cada instante que él puede morir sin que yo le vea.

ENRIQUE No llores más por un ingrato, que nunca mereció tu amor ni tus lágrimas.

Apoyando á su hija, suben despacio la escalera. LUISA aparece por la derecha, y poco á poco se va acercando á CÉSAR, que está inmóvil, perplejo y caviloso.

GABRIELA ¿Por qué no te acercas á él para decirle todo lo que yo siento?

ENRIQUE Porque su orgullo le aparta de nosotros, y no me comprendería.

GABRIELA *(Con desaliento.)* Si he sido siempre buena, Dios mío, ¿por qué me haces sufrir?

ENRIQUE *(Viendo á Luisa.)* ¡Allí estaba, en acecho!

GABRIELA *(Horrorizada.)* ¡No quiero verla! Huyamos.

Empuja con violencia la puerta de cristales, y entran precipitadamente.

LUISA Lo escuché todo. ¿Qué piensas hacer?

CÉSAR Un mar de dudas bulle en mi cabeza. ¡Siento la humillación, y no puedo vengarme! Quisiera poseer oro á montones para arrojarlo, puñado tras puñado, á la cara de ese viejo que me . ¡He vivido de limosna tantos años! Si con to afán conservaron mi vida para mostrarme ho de tanto tiempo mi pequeñez y mi locura, devolveré esta vida que detesto.

LUISA ¡César!

CÉSAR Es el único camino posible, la única resolución honrada. Todos han de llorarme cuando muera; todos me maldecirán mientras viva.

LUISA ¿Y qué te importan sus maldiciones?

CÉSAR No lo comprendo, pero llegan á herir mi corazón. Quisiera evitarlas, y no puedo; quisiera olvidarlas, y el dolor no me lo permite. *(Momento de silencio y angustia.)* Esa pobre niña, que sufre callando; esa desdichada madre, que todo lo ignora; ese viejo... que tiene razón, porque él me lo dió todo para que yo hiciera feliz á su hija, ¡y la mato! ¡Mira qué cuadro tan horrible! Llanto y desolación, tristeza y muerte. Y sobre mí, el oprobio y la vergüenza... y el remordimiento que no me abandonará.

LUISA *(Con amargura.)* ¡Sólo ese cuadro se graba en tu memoria! ¡Y no hay en él un color brillante que contrarrestre tan obscuros colores; no hay una ilusión de amor que mate tus odios, una dulce esperanza que borre tus recuerdos, una imagen querida que desvanezca la imagen de Gabriela! Dentro de tu cerebro los escuchas; todos te hablan con sus tristezas... Todos, menos esta mujer, que quisiera ofrecerte algún consuelo. No es contra tí; conmigo luchan. Y comienzo á sentirme

vencida, porque leo en todos los semblantes la indignación que inspiro, y azota mis mejillas la fría bofetada del desprecio. Yo lo sufriría todo por tu amor, pero tu indiferencia no puedo sufrirla.

CÉSAR ¡Mi indiferencia!

LUISA ¡Ahora mismo, pensando en todos, te olvidabas de mí, cuando todos están lejos, cuando yo sola estoy á tu lado, cuando todos te reprochan y yo te adoro!

CÉSAR *(Con exaltación amorosa.)* ¡Luisa!

LUISA Nuestra posición aquí es insostenible. Esta tirantez de relaciones se hace insoportable, y los celos me asesinan, y no quiero perderte. César, ¿qué piensas hacer?

CÉSAR ¡Si yo supiera decidir!... Pero dudo todavía.

LUISA ¿Tanto te ligan esos lazos?

CÉSAR Tanto, que me falta valor para romperlos. ¡Aquí está mi madre!

LUISA *(Con amargura.)* ¡Aquí está Gabriela! «Esa pobre niña, que sufre callando,» supo inspi- amor y ahora te inspira compasión... cuando amor ni compasión te inspiro. Tal vez no me , ni me odias, ni me compadeces en estos mo- os de preocupación, pero soy un estorbo para iones... Pues bien; yo quiero que obedez-

cas á los impulsos de tu alma y de tu conciencia. No pienses ya en mí, porque no volverás á verme. *(César la mira sorprendido. Ella sigue con dulce ironía.)* Ahora, cuando me vaya, acércate á ellos... que lloran tu desvío. Todos te lo agradecerán, y yo me olvidaré de todo... ¡Adiós! Déjame besar tu mano ¡por última vez! *(Le toma una mano y la besa.)*

CÉSAR *(Oprimiendo la mano á Luisa.)* ¡Por última vez! *(Quedan un momento mirándose fijamente.)*

LUISA *(Decidida á salir.)* ¡Suelta!

CÉSAR *(Deteniéndola.)* ¡Espera!

LUISA ¡No; que allí te aguardan todos con los brazos abiertos!

CESAR *(Apasionado.)* ¡No; que aquí estás tú, que vales más que todos!

LUISA ¡Ah! *(Exclamación de alegría al sentir seguro su triunfo.)*

CÉSAR Pronto, muy pronto saldremos de aquí, ¿es cierto? Y nunca volveremos á respirar este aire, que sin cesar nos repetiría los gemidos de los que aquí sufren por nosotros. Pero antes quisiera ver á mi madre, estrecharla entre mis brazos, darle un beso que endulce su soledad cuando no me vea. *(Sube precipitadamente la escalera y se pá-*

ra, mirando á través de los cristales de la puerta.) ¡Sola, y llorando por su hijo!

LUISA entra en el cenador. CÉSAR abre con cuidado la puerta y llama, sofocando la voz.

CÉSAR ¡Madre, madre, yo soy! ¡Por aquí, silencio!

Baja al jardín, y detrás de él, MERCEDES.

MERCEDES ¿Por qué me llamas con tanta reserva? ¿Qué quieres, hijo mío?

CÉSAR ¿Has visto á D. Enrique?

MERCEDES Sí: lo sé todo. Allí están. *(Señalando á los balcones.)* La pobre niña no tiene consuelo.

CÉSAR ¡Me odiarán!

MERCEDES No lo creas; te quieren como siempre, y hablan de tí con toda la ternura de un padre y de una hermana... ¡Hijo mío! ¿Dónde aprendiste á ser ingrato? Porque yo no te dí este germen de maldad, que no cupo nunca en mi corazón. Tu conciencia está turbada. Piensa un momento; piensa con calma; piensa por Dios; no es tarde todavía; y [illegible] sabes arrepentirte, nosotros sabremos ol[illegible]ar.

[illegible]SAR *(Con cínico orgullo en el pensamiento, con dulce expresión, teniendo en cuenta á [illegible]bla.)* Vosotros olvidaréis, pero yo nada

olvido. Me han insultado recordándome mi pobreza... ¡Como si al bajar á este mundo hubiese yo escogido la cuna que debía mecerme y el hogar que me prestaría abrigo! ¿Habrá sido culpa mía nacer pobre?

MERCEDES *(Enternecida y triste.)* Culpa tuya no fué. Pero has olvidado que se lo dices á tu madre.

CÉSAR *(Con cariño, pensando el mal que ha hecho.)* ¡Madre!

MERCEDES Tu alma está perdida, el orgullo te ciega, y cada palabra tuya es un aguijón que se clava en nuestros corazones.

CÉSAR ¡En tu corazón! No, madre mía. Si sabes cuánto te adoro, ¿por qué quieres que pierda el juicio buscando argumentos contra tus dudas? Ellos ya nada son para mí, no volverán á verme; pero tú vivirás siempre en mi memoria, y al fin de la penosa lucha que me espera, volveré á llamarte como ahora te llamaba, para que mis brazos te opriman y mis labios te besen. ¡Adiós, adiós! No tardarás en verme.

MERCEDES ¿A dónde vas?

CÉSAR Buscando mi porvenir y mi fortuna, á realizar los sueños que tanto os atormentaban. *(Momento de silencio.)* Saliendo de este obscuro

rincón olvidado, hay un mundo que desconoces, lleno de luz, de vida y de entusiasmo ardiente. Allí voy con un ejército de ideas que llamásteis delirios, á luchar por mi gloria y á recibir el premio de mis afanes en vez de la mezquina limosna que aquí me dieron. *(Abrazando á Mercedes.)* Adiós, madre.

MERCEDES *(Abrazándose al cuello de César y sujetándole.)* No te irás. Allí está ella que te aguarda; la he visto. Quisiste engañarme. Tu fortuna, tu porvenir, no te arrancarían de mis brazos; pero el capricho de esa mujer lo puede todo, y me abandonas por ella... *(César forcejea para desasirse.)* Pero yo no te abandono; será preciso que me arrastres, y aun así me iré contigo...

CÉSAR ¡Déjame!

MERCEDES ¡No! Si tan obcecado estás, rompe mis brazos, porque mientras tenga fuerza en ellos no me separaré de tí.

LUISA *(Desde el cenador.)* ¡Adiós, César!

CÉSAR *(Con angustia.)* ¡Aguárdame, Luisa!

MERCEDES ¡Y se atreve á llamarte, cuando yo os escucho! *(Gritando.)* ¡Enrique, Gabriela... Enrique... Enrique... Enrique!...

LUISA sale del cenador y se sienta abatida á la derecha. MERCEDES, sin fuerzas ni aliento, deja á César y llora. César que-

da abismado. GABRIELA acércase á Mercedes para consolarla y llorar con ella. D. ENRIQUE clavando los ojos en César y hablándole con decididos ademanes.

MERCEDES *(Á Enrique.)* Ayúdame... ¡No puedo más!... ¿No sabes lo que intenta? Huye de nosotros... nos abandona... ¡no le volveremos á ver!

ENRIQUE *(Á César.)* La duda es odiosa; ¡ya no cabe dudar! Aquí, tu madre, vertiendo amargas lágrimas; allí, ella, que se tapa el rostro con las manos, avergonzada de no tener rubor en las mejillas. Pronto, decide por última vez, entre aquella pasión y este cariño... Si vienes con nosotros, nadie te recriminará; si vas con ella, nadie os cerrará el paso. Cualquier camino es para tí expedito; escucha tu conciencia y resuelve pronto, ¡ahora mismo! *(Silencio y angustia general.)*

CESAR *(Acercándose á Luisa.)* ¡Luisa, el brazo!

La Baronesa se apoya, y los dos van muy despacio, por la derecha, recorriendo el jardín hasta desaparecer entre los árboles del último término. Mercedes cae sobre una silla y sigue llorando en silencio. Gabriela se acerca á su padre, sorprendida y confusa.

GABRIELA ¡Se va! ¿No ves que muero? ¡Padre, deténle!

ENRIQUE *(Abrazándola.)* ¡Hija mía!

GABRIELA *(Cada vez más exaltada.)* Ruégale mucho; pídele, por Dios, que no se vaya, que no se aparte de nosotros... Corre, corre... *(Momento de*

silencio. Al ver desaparecer á los amantes entre las ramas, y á su padre inmóvil y mirándola fijamente, dice con desesperación.) ¡Ah! ¡Tú también te complaces en atormentarme!

ENRIQUE *(Sintiéndose herido.)* La pasión hizo á César ingrato... Á tí, rebelde... Á él le abandono... y quieres que te maldiga.

GABRIELA Si muero desesperada, ¿qué mi importa? *(D. Enrique, mirando á su hija, recobra su serenidad. Al verla palidecer y vacilar, le apoya la cintura con la mano izquierda, y con la derecha la sujeta las dos manos.)*

ENRIQUE ¡Gabriela! Tus manos están heladas, tus ojos se extravían... *(D. Enrique desea que su hija le mire, pero ella se fija sólo en el lugar por donde salieron César y Luisa.)* ¡Mírame! ¡No! ¡Mírame!

GABRIELA ¡César, César de mi alma! *(Arranca en lloro convulsivo y desolado.)*

ENRIQUE *(Casi loco de dolor.)* ¿Crees en mis palabras, en mis juramentos? Pues bien, yo te lo juro, te lo juro por lo más sagrado, por la salvación de mi alma. ¡César no saldrá de aquí si tú no [illegible]es!

AQUÍ TERMINA LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Aparece RAMÓN en primer término, mirando hacia el fondo.

RAMÓN Sí, no hay duda. Escucho sus pisadas, el roce de su vestido... Ya se acerca... Parece que viene triste, meditando. Hace una hora que don Enrique me dió para ella una carta; debería darle una cita, y ella, la orgullosa serpiente, acude mansa como una cordera.

Entra LUISA por la derecha, último término.

LUISA ¿Qué haces aquí, Ramón?

RAMÓN Si molesto á la señora...

LUISA No me molestas.

RAMÓN Si la señora quiere que la acompañe...

LUISA No es necesario.

RAMÓN D. Enrique me mandó aguardar aquí creyendo que, si su excelencia bajaba sola, podría yo ser útil en algo á su excelencia. Como está el bosquecillo tan espeso y el jardín tan frondoso...

LUISA Gracias, Ramón; pero no me atemorizan [illegible]ras. Además, hoy brilla tanto la luna, que [illegible]e la noche en claro día.

[illegible] Siendo así, quizá prefiera su excelencia [illegible]etire.

¿D. Enrique te mandó que le avisaras?

Puedes hacerlo, pero no te lo exijo. *(Momento de silencio. Óyese á la derecha el ruído vibrante de una llave que gira y de una reja que se abre.)*

RAMÓN No, señora... Pero si lo desea su excelencia... Alguien abrió la reja. *(Repítese el mismo ruído, como si cerraran.)*

LUISA Será D. Enrique.

RAMÓN No; es el señorito.

LUISA (*Disgustada.*) ¡Qué contratiempo! Vete, Ramón.

RAMÓN Señora...

Saluda y se va por el fondo izquierda. Entra CÉSAR por la derecha.

LUISA ¡César!

CESAR Luisa, ¿qué haces aquí?

LUISA (*Visiblemente contrariada.*) Te aguardaba con impaciencia; me habéis dejado sola; tenía miedo y angustia... He bajado á respirar el aire de la noche y ahuyentaba las tristezas del presente imaginando las alegrías del porvenir. ¿Es cierto que vamos á ser muy felices? (*Durante toda la escena, César se mostrará, como siempre, apasionado é iluso; Luisa, con notable impaciencia, quiere disimular su turbación, y al mismo tiempo dar á entender á su amante la necesidad de abandonar sus delirios.*)

CESAR Por tí lo dejo todo; por tí seré ingrato y cruel. Tu amor es algo más que mi felicidad; tu amor es mi vida. Le siento fascinador, irresistible, y me dejo arrastrar por sus encantos cuando la ilusión de amarte y la esperanza de ser amado por tí, sofocaron todas las ilusiones y todas las esperanzas de mi vida, cuando ya no me queda otro porvenir ni otro deseo que adorarte, como adoran los fanáticos á sus dioses.

LUISA No puedo dudarlo, porque la perfidia no cabe en tu pecho, y no es posible que me engañes. Hace dos horas, aquí mismo, lo he presenciado. En ruda lucha contra todos tus sentimientos y tu conciencia, mi amor ha vencido. Mi amor, que es una locura, una fascinación, un crimen. Mi amor, guarida de tormentos horribles, de celos insoportables, que de todo hacen dudar, que de todo hacen temer... Cuando estés lejos de mí, sufriré pensando que alguien me roba tu cariño; cuando estés á mi lado, querré ocupar por completo tu corazón y tu alma, querré leer en tus miradas, en tus son- [illegible] y en tu frente, aquel amor que será mi única [illegible]a; me esforzaré por borrar los recuerdos de tu [illegible]ado; no toleraré que sueñes en un porvenir don- [illegible] no exista, donde yo no lo sea todo, todo... Y [illegible]sia, nunca satisfecha, tal vez te hastíe... Juz-

garás abominable esclavitud lo que hoy te parece dulce yugo; querré sujetarte con lazos de flores, pero creyéndolos cadenas de hierro, los romperás cuando la tentación te ayude... La tentación, que te presentará muchas mujeres como yo, con las cuales no podré luchar disputándoles tu corazón, porque tienen contra mí un arma poderosa: el encanto de lo desconocido.

CESAR (*Irónico y celoso.*) ¿Y de qué modo me defiendo yo contra los hombres que no dejarán de asediarte con ese mismo encanto?

LUISA ¡César, me ofendes!

CESAR Ignoras que hay dolores que alargan la vida y tormentos que hacen eterno el amor; que no seduce á los héroes la gloria, sino el peligro; que no hace firmes á los amantes el amor, sino el sufrimiento que el amor les proporciona. Enigmas crueles que nunca se descifrarán, sin que deje nunca de existir su inverosímil influencia. (*Momentos de silencio.*) Cuando, al separarme de tí, me encuentro solo, el recuerdo de tus caricias alegra mi pensamiento y el aire impregnado de tu perfume orea mi frente. ¡Qué sensación tan agradable, qué panorama tan hermoso! Unas tras otras, nuestras dichas de cada momento pasan; pasan, y el cerebro las finge con nimios detalles... Y me

extasío... *(Hasta aquí va sufriendo la impresión de un agradable recuerdo; desde aquí sus palabras toman un tinte sombrío, que se convierte luego en ira y al fin en pasión inmensa.)* Y la tristeza se apodera de mi corazón, y se ennegrecen los colores, y el perfume se pierde y mi frente se abrasa. Porque ya no soy yo quien está contigo... Es... tu amante. . El que fué... el que será... ¡Duda horrible! Yo lo veo; y él recoge tus caricias... ¡las mismas caricias que juraste serían sólo para mí! Entonces te detesto, te maldigo, quisiera matarte para que mi temor no se convierta en certeza... Pero la realidad me lleva otra vez á tu lado. Te encuentro hermosa, arrebatadora, enamorada; y cuando tus ojos se fijan en los míos, la tortura de la imaginación deja lugar al placer de los sentidos, y comprendo que te amo un poco más de lo que te amaba hasta entonces.

LUISA ¡Pero sufres mucho, como yo sufro cuando no te veo! Y este tormento, lejos de aminorarse, aumentará de día en día, porque, ni es posible que yo prescinda en absoluto de la consi-
ción que debo al mundo en que siempre he
do, ni es prudente que abandones las esperan-
en que cifras tu porvenir.

AR ¡Mi porvenir! Está cifrado todo en tu
).

LUISA Perdóname, César; pero yo no te lo puedo ocultar, no sé ocultarlo... Hemos proyectado una locura. En un arrebato de pasión se piensa muy pronto, y se decide muy fácilmente y se finge la felicidad en cualquier parte. ¡La felicidad! Para obtenerla emprendemos mal camino. Tú no sabes cuál será en adelante nuestra situación; yo lo he pensado, ¡y me aterra! Aquí soy enteramente libre y vivo sola; allí soy esclava de todo y no puedo aislarme. ¡No puedo! (*Momento de silencio. Luisa se repone un poco de su gran abatimiento, y sigue con pausada entonación.*) Piensa lo que nos espera, si me acompañas. Un día de gozo, amargado por las tristezas que en el porvenir nos amenazan. Y luego, para tí, el rincón modesto de una casa mezquina, el trabajo penoso, la lucha constante, el desengaño hiriéndote á cada paso y la indiferencia en el corazón de todos... Para mí, los fingimientos y las contrariedades, dulces palabras dichas con la boca llena de hiel, miradas complacientes y lágrimas vertidas con disimulo, cuando nadie me vea; brillante claridad alrededor y negrura intensa en el alma... Y para dicha suprema de uno y otro, la peligrosa cita en lugar apartado, con mucha inquietud y escaso tiempo, el necesario apenas para que juntos lloremos nuestra desgracia.

CESAR ¡Desgracia horrible! Sí; aun á costa de muchos sufrimientos, será preciso que ocultemos nuestro amor, el amor que sólo por su grandeza es digno de ser venerado y sería escarnecido.

Yo me someto á todo, á todo, menos á vivir lejos de tí. Alguna vez gozaremos de nuestra encantadora soledad, y entonces el dolor de muchos días no será bastante para ahogar la dicha de un momento.

LUISA (*Tristemente impresionada.*) A pesar de todo, ¿lo has decidido? ¿Tu resolución es irrevocable?

CESAR (*Apasionado.*) Si conoces la inmensidad de mi cariño, ¿cómo lo pudiste dudar? (*Momento de silencio. Vacilación por parte de Luisa, que después de algunas dudas resuelve como más conveniente por de pronto alejar á César.*)

LUISA El tiempo apremia, las horas transcurren veloces y son cortísimas las que nos quedan para preparar nuestro viaje. ¿Has visto á don Eugenio?

CESAR No me fué posible encontrarle. (*Don [illegible] que abre la puerta de cristales de la gale- [illegible] mira al jardín y se retira, volviendo á [illegible] arla. Luisa nota este movimiento, que pasa [illegible] rtido para César.*)

LUISA (*Impaciente.*) Sin él nada podemos hacer. Es necesario que le busques inmediatamente. Que no olvide la urgencia con que le llamo. Tendrá muchas cosas que preparar para que nuestra marcha no parezca una fuga. Corre, corre; la ansiedad me devora.

CESAR Y mañana, lejos de aquí, lejos y contigo...

LUISA Tengo un presentimiento fatal; quiera Dios que no se realice. Aquí te aguardo.

CÉSAR se va por el primer término de la derecha. LUISA le mira alejarse. Entretanto GABRIELA baja al jardin, y cuando LUISA corre hacia la escalera precipitadamente creyendo encontrar á D ENRIQUE, se sorprende al ver á GABRIELA sola.

LUISA ¡Gabriela! ¿Viene usted á buscarme? (*Con amargura.*) ¡Debí suponerlo!

GABRIELA (*Sollozando.*) ¡Ah, señora!

LUISA (*Ya repuesta.*) No llore usted, hija mia, no llore usted.

GABRIELA Hace un momento tenía fuerzas y y resolución para todo, y ahora siento haber dado este paso, y á nada me atrevo.

LUISA D. Enrique le dijo á usted que aquí estaba yo.

GABRIELA Sí, señora; fué mi padre quien me lo dijo. Yo sentía un dolor tan agudo, tan intenso,

que ni las promesas y los juramentos de mi padre pudieron calmarle. Mis ojos ardían, pero ya no lloraban; borrábanse del pensamiento las ilusiones más queridas, y de todo corazón deseaba la muerte. ¡Deseo criminal, indigno de una mujer! Pero el sufrimiento anonada, y el mío era horrible. Mi padre, acariciándome sin cesar y llorando como un niño, me repetía una y mil veces amables esperanzas, que él juzgaba certezas y yo imposibles. Cuando es tan grande el desconsuelo, se duda de todo, de todo lo que no sea una prueba cierta, palpable, material... Yo no sabía esto hasta que he dudado de los juramentos de mi padre. Pero él es muy bueno, y perdonando la incredulidad que le ofendía, me ofreció el convencimiento que yo deseaba. *(Silencio prolongado.)*

LUISA Le dijo á usted que viniera á buscarme, que me participara sus dolores, y que yo le daría la certeza de sus dichas... (*Con profunda amargura.*) ¡D. Enrique se ha vengado duramente de mí!

GABRIELA (*Sin poder reprimir su llanto y ca-*
-ndo de rodillas á los pies de Luisa.) ¡Perdón,
-a!

-A (*Intentando levantarla.*) ¿Qué hace

-RIELA Así debo hablar en esta triste cir-

cunstancia á quien puede con una palabra devolverme la felicidad ó quitarme la vida.

LUISA (*Apartando la vista de Gabriela para disimular su turbación.*) No, Gabriela; así no puedo escucharla. Mi martirio sería insoportable.

GABRIELA (*Levantándose.*) ¡Su martirio! ¿Es cierto que sufre usted al pensar lo que yo he sufrido? (*Luisa sigue evitando las miradas de Gabriela, y se enjuga disimuladamente los ojos.*) Míreme usted, señora; míreme usted con esos brillantes ojos llenos de lágrimas; con esos ojos cuyas miradas son una esperanza para mí, porque veo en ellos toda la dulzura de un corazón de ángel... ¡No extraño que á él le arrebataran, si á mí me seducen!

LUISA (*Impaciente.*) ¡Gabriela! ¡Basta, basta, por caridad! Yo no puedo defenderme al sentir la herida en lo más íntimo de mi orgullo, y usted es demasiado inocente y muy humilde para comprender el daño que me hace. Estoy dispuesta á renunciar á todo, á sufrirlo todo... menos este tormento que me vuelve loca.

GABRIELA (*Con vehemencia.*) Por la María se lo ruego. No me abandone usted.

LUISA Sólo me falta pronunciar una una promesa terminante, decisiva... Pues

lo afirmo, yo que nunca he mentido... Esta noche marcharé sola.

GABRIELA ¿Y si él, obcecado, se resuelve á seguirla; si despreciando súplicas y razones, no abandona sus criminales proyectos?

LUISA (*Muy abatida.*) Entonces... D. Enrique sabrá contenerle.

GABRIELA (*Desesperanzada.*) No, señora; mi padre nada puede con él cuando la soberbia le exalta; su indomable soberbia, que ha de ser en esta ocasión mi más tirana enemiga... Y si él comprendiera que todos juntos conspiramos contra sus ilusiones; si adivinara el afán con que lucho para lograr lo que podría ser mi dicha constante y será mi muerte y su desesperación... ¡Dios mío! Nunca, nunca me lo perdonaría.

LUISA Tranquilícese usted.

GABRIELA Acusando á César por sus delirios, todos hemos delirado. ¡Todos! Mi padre, suponiendo en usted un poder que nadie tiene; yo, buscando las pruebas que mi padre me ofrecía, sin detenerme á reflexionar que todo era imposible, y uscreyendo que mis celos estaban fundados en vidia, y que su sacrificio sería bastante para rme. ¿De qué me sirve que usted le rechace, también le pierdo? Los dos sufriríamos igual

pena: yo, llorando y queriéndole siempre; él, rabiando y maldiciéndome á cada momento... ¡Ah! Todo es inútil, todo imposible... Amele usted, señora; ámele usted mucho, y así conseguiré al menos que no me maldiga.

(*El decaimiento de Gabriela infunde valor á Luisa, que movida por la compasión, se goza proporcionándole consuelos.*)

LUISA Usted ignora el motivo á que obedecen las promesas de D. Enrique y mis promesas, y desespera cuando más podía esperar.

GABRIELA Tiene usted razón, señora. Cuanto á mi alrededor sucede, es para mí un misterio incomprensible. Yo debí comenzar por preguntarme á mí misma, por interrogar á mi padre, por suplicar á usted que no me lo ocultara, cuál fué el hechizo que cayó sobre nosotros para cambiarnos á todos en tan corto tiempo. Mi padre, que renegaba de César, ahora trata de perdonarle; usted que era mi enemiga, llora por mis penas y me ofrece alivio á costa de su alma; y yo, que viendo en usted algo de infernal y terrible, buscaba seguro refugio en los brazos de mi padre, siento que sus brazos no bastan á sostenerme, que sus lágrimas no me consuelan, y busco en usted el apoyo y el consuelo que necesito... Antes de pretender llegar al fin,

debí desvanecer estos enigmas, para convencerme de lo que aún no estoy convencida, pues me parece un sueño cuanto me sucede.

LUISA Un sueño, sí; horrible pesadilla, de la cual despertará usted fácilmente en brazos de la felicidad.

GABRIELA ¡Imposible!

LUISA ¿Imposible? ¿Y si yo poseyera un recurso seguro que aplacara la soberbia de César, obligándole á doblar humildemente la rodilla á los pies de la mujer á quien ama?... Porque César la ama á usted, Gabriela; ¡César, á quien sólo he sabido inspirar el delirio arrebatador que se extingue para siempre, cuando la razón y la conciencia recobran su dominio! (*Momentos de silencio.*)

GABRIELA Hay en las palabras de usted tan noble entereza, que cuando he dudado de todo, ¡hasta de los juramentos de mi padre! no puedo dudar de esa dulce y armoniosa voz, que llega á mi oído como una esperanza del cielo.

LUISA ¡Será usted feliz!

GABRIELA Muy feliz, si consigo lo que usted [illegible]mete. ¡Usted me ha salvado!

[illegible] Yo no tengo ninguna parte en esta obra, [illegible] vez por ser del todo buena, la fortuna no [illegible]erla mía. D. Enrique ha calculado los re-

cursos de esta difícil situación, cuyo satisfactorio resultado es infalible. Si usted hubiera podido vencer su amor y olvidar á César, la ingratitud no sería olvidada: el ingrato saldría hoy de esta casa para no volver jamás á ella, y yo jamás averiguara lo que ahora sé. ¡Pero como usted moría por el amor que alienta su alma, D. Enrique prefirió á todos sus rencores, á todos sus castigos, y tal vez á la paz de su conciencia, la vida de Gabriela, puesta en peligro por los delirios de un loco! (*Momentos de silencio.*)

GABRIELA ¡Cuánto misterio encierran sus palabras! ¡Cuánta obscuridad para mi pensamiento, y cuánta luz para mi corazón! ¡Mi padre se ha sacrificado por mí haciéndome dichosa!

LUISA *(Vivamente emocionada.)* ¡Gabriela... hemos terminado! *(Hace ademán de retirarse.)*

GABRIELA No, señora. Para que usted comprenda con qué derecho he sido pertinaz y cruel, cuando todos sufren por mí, quiero que se me imponga un sacrificio; el mayor, el más insoportable. Y yo lo sufriré con paciencia y con gusto, pensando que así me justifico á los ojos de una mujer que amargó su corazón para salvar mi vida. ¿Qué puedo hacer, señora, para que nunca dude usted de que soy buena?

LUISA (*Con vehemencia.*) Dar mi recuerdo al vido antes que al odio, y no despreciarme jamás. *Momento de silencio.*) ¡Adiós, Gabriela! ¿Quiere sted estrechar mi mano cuando me despido para empre, pues no es fácil que nos volvamos á er?

GABRIELA (*Muy conmovida.*) ¡Porque deseo ue nuestra separación sea eterna, quisiera hacer terna la despedida! Hay en mí dos sentimientos ue luchan: el temor de perder la dicha que hoy recobro, si usted permanece á nuestro lado, y el agradecimiento que á usted me atrae con fuerza irresistible. Sí, señora; quisiera no separarme de usted y acompañarla en su soledad; pero al verla tan hermosa, al contemplarla sus ojos, que á mí también me fascinaron, el egoísmo me hace desear esta separación, que me apesadumbra, porque usted se va sufriendo, mientras yo quedo satisfecha y feliz... (*Le coge una mano, que oprime febrilmente entre las suyas.*)

LUISA ¡Ah! ¡Si supiera usted cuánto agradezco es ernura!... (*Momento de silencio.*) ¡Adiós, ad

RIELA ¿Así se despide usted de mí?... ¡Se- ñc .. Es un deseo ardiente que no puedo con- te Quizá una nueva crueldad mía... Quiero

un beso. (*Luisa se lo da, apasionado, ardiente.*) ¡Gracias!

Acércaseles D. ENRIQUE, saliendo del cenador.

ENRIQUE Perdonen ustedes mi atrevida curiosidad; pero esperando á que llegaran á este punto de su entrevista, escuché desde el principio su conversación.

GABRIELA (*Con alegría, corriendo hacia su padre y abrazándole.*) Si ya lo sabes todo, no tengo que decirte cuánta es mi dicha.

ENRIQUE (*Siguiendo abrazado con Gabriela.*) ¿Todavía dudas de mí?

GABRIELA ¡Ah, no! La Baronesa es un ángel.

ENRIQUE (*Separándose de Gabriela y acercándose á Luisa.*) Oiga usted, señora, cómo habla el agradecimiento, y piense si las palabras de esta niña y el amoroso beso que imprimió en sus labios son compensación suficiente á dos horas de angustia, y alivio bastante para calmar tristes penas.

Mientras hablan LUISA y D. ENRIQUE, GABRIELA recorre el jardín, entrando y saliendo del cenador, y parándose á observar las matas y arbustos ó á coger flores.

ENRIQUE Mire usted retratada en su semblante la satisfacción y la paz de su alma. Porque su dicha es merecida y verdadera querría contárselo á todo el mundo, y que todo el mundo participara con ella de su dicha. Después de vivir muchos

s apartada de estos lugares, que, por haber si-
campo de sus glorias, hacían más agudo su
artirio: ¡con qué gusto pisa este suelo, que sólo
ra ella produce flores! ¡Con qué atención regis-
a los rosales, no tan lozanos como cuando ella
s regaba! ¡Con qué cariñoso recogimiento con-
mpla los árboles, á cuya sombra fué dichosa! Y
arece decirles á todos: «La borrasca pasó, y vuel-
o á estar con vosotros; ya nunca os privaré de mi
resencia ni de mis cuidados.» Y las flores contes-
an agradecidas envolviéndola en una ola de per-
ume, y los árboles la saludan inclinando sus ra-
nas y riendo alegremente con el murmullo de sus
hojas. Mírela usted. ¡Hermosa criatura! Iríase por
el mundo cantando sus amores, y volvería tranqui-
la, trayendo en los labios todas las sonrisas y en
el corazón todas las dulzuras de los que sienten
como ella la pureza del amor. Porque las dichas
puras, como los arroyuelos, arrastran con su co-
rriente las hojitas y las flores que recogen á lo larg-
go de la ribera, y van dejando el fondo de su cau-
c [illegible] quijas y el cieno. Mire usted esa expansión
t [illegible] ral de la dicha, y crea que los placeres que
r [illegible] en pregonarse y los amores que avergüen-
z [illegible] o viven ocultos: ni son verdaderos, ni son
l [illegible] s.

LUISA Ha sido usted muy cruel conmigo.

ENRIQUE Bien sabe Dios, señora, que no era mi pensamiento martirizarla ni someterla á dolorosa tortura. Bien lo sabe Dios, y bien claramente lo han demostrado mis acciones. Yo anhelaba para todos nosotros ese cariño que usted no quiso repartir, haciendo injustas preferencias. Viendo á usted alejada del oropel que deslumbra, del ruido que atolondra, de los picantes y fuertes olores que exaltan, quise darle ocasión de apreciar diferencias entre la noble amistad y el cínico pandillaje, entre el cariño verdadero y el arrebato caprichoso, entre el amor profundo y la sensación brutal y delirante. Quería, poniéndola cerca de Gabriela, hacer sentir á usted la inocente alegría que al hogar proporcionan los hijos; quería que usted me envidiara la felicidad de ser padre, y que, al salir de esta casa, llevara usted en la memoria un grato recuerdo y en el corazón una dulzura jamás sentida, y en los ojos el llanto sin fuego que redime, arrancado por el alma purísima de Gabriela. Mis intenciones eran honradas, pero usted las hizo imposibles. Puse delante de sus ojos un adorable objeto para que usted se recreara con su vista; pero creyéndole solamente obstáculo que le cerraba el camino, sin admirar sus perfecciones, buscó usted

manera de pisotearlo... Quise dar á usted una lección amable; no fué culpa mía si se convirtió en severo castigo.

LUISA ¡Muy severo! Pero lo sufro resignada, aunque quizás no lo considere del todo merecido. ¡Tiene usted la dureza de los seres intachables! Yo también veo mis defectos, pero los juzgo de muy distinta manera. Es una ley á que todo el mundo obedece. Mientras el fuerte lucha hora tras hora, sin darse por vencido, el débil encuentra á cada paso fuerzas poderosas que le dominan y le arrastran. Lo que para uno sería insignificante tropiezo, es para otro segura caída; y así se van formando tan distintas las conciencias, porque ninguno quiere vivir sin honor; y así, lo que á juicio del fuerte sería crimen horrible, es, juzgado por el débil, falta perdonable. Para comprender mis pasiones, sería preciso que descendiera usted hasta mí; pues mal mide los objetos del valle quien se halla en la cumbre de la montaña, y todos le parecen pequeños. (*Poco á poco se va excitando; levanta la voz y acciona nerviosamente.*) No me disculpo, ne rebelo, á nadie reprocho; pero pido compa- y usted la tendrá de una desdichada.

:IQUE Recuerde usted que Gabriela está :erca de nosotros.

LUISA (*Reprimiendo su voz y sus ademanes.*) César no tardará en venir; vuelve á buscarme, yo no quiero verle; no quiero que una vez más me martirice con sus delirios. Recíbale usted y dígaselo todo; todo, si es necesario. Que al menos me deje marchar en calma.

ENRIQUE No, señora; quiero que siempre ignore lo que usted solamente supo cuando era imposible ocultarlo.

LUISA Y si se obstina...

ENRIQUE Usted defiende su libertad.

LUISA (*Horrorizada.*) Pero si la pasión y la cólera le ciegan... ¡Está loco!

ENRIQUE Entonces... yo lo escucharé todo y saldré á tiempo.

LUISA ¡D. Enrique, D. Enrique! ¡Me abandona usted á la orilla de un abismo tan profundo!

ENRIQUE Usted sabrá evitar el peligro. En último caso, muestre mi carta. Y aquí estaré yo.

LUISA Es usted un hombre intachable, pero tiene corazón de pedernal.

Momentos de silencio. Se oye á la derecha un rumor de voces; luego el ruido de la reja que se abre.

ENRIQUE ¿Oye usted? Ya llegan á la reja; ya se despide de D. Eugenio... No me alejaré; puede usted estar confiada y tranquila.

Retírase hacia la izquierda, donde está GABRIELA.

ENRIQUE ¡Gabriela!

Esta quiere hablar, pero D. ENRIQUE le señala á CÉSAR, que entra por el otro lado.

ENRIQUE ¡Silencio!

Vanse D. ENRIQUE y GABRIELA por el cenador.

CESAR D. Eugenio vino ya. Subamos, Luisa, y acelera los preparativos de nuestro viaje, porque no estaré satisfecho hasta encontrarnos lejos de aqui.

LUISA Antes quiero que me escuches.

CESAR En tu casa podremos hablar con más calma. Subamos.

LUISA No. Es preciso que aquí te diga lo que vas á oir.

CESAR Habla, pero sin olvidar mi angustiosa impaciencia.

LUISA (*Momentos de silencio. Indecisión en Luisa; sobresalto en César.*) ¿Es cierto que me quieres mucho, que por mí te atreverías á realizar el mayor sacrificio? Piénsalo bien, y responde.

ʌR Esta pregunta... Luisa, ¿lloras y dudas

ʌ Dudo, porque ignoro el respeto que te
ʌ y ahora vas á darme una prueba.

CESAR ¡El respeto que tú mereces! Acaba. ¿No comprendes mi loca inquietud?

LUISA Si de tu generosidad dependiera la paz de mi vida, ¿serías generoso?

CESAR ¡La paz de tu vida! ¿Qué no haré por alcanzarla?

LUISA Y si yo te dijera: «Hemos acariciado una idea imposible, nos arrullamos en dulces ensueños y soñando vivimos; abre los ojos, conserva el agradable recuerdo de mis amores, pero no quieras llevar adelante tu delirio.»

CESAR (*Sorprendido.*) ¡Luisa!

LUISA (*Con angustia.*) No sé cómo expresarme... No puedo... Mira; he hablado con D. Enrique y... (*Bruscamente, después de un momento de duda.*) Es preciso que me dejes sola; es necesario que esta noche no me sigas cuando me vaya.

CESAR ¡Quieres irte sola! Y yo, desesperado, abatido... ¡Imposible! ¡Pobre Luisa! Quisieron abusar de tu ternura. Representaron una escena aquí, aquí mismo, cuando yo corría desolado por esas calles... Ya lo supongo... ¡Si lo estoy viendo en este instante! Mi tío ruega; quizá mi madr-
ca; tal vez Gabriela llora; y tú, enterne
presencia de sus penas, olvidas las tuyas y
tes un sacrificio... que no consentiré Ta-

ron por sorpresa y con astucias cobardes, pero á tiempo vine para defenderte. Aunque todo el infierno se levantara contra nosotros, esta noche te acompaño.

LUISA (*Vivamente.*) No, César; no puede ser.

CESAR Cálmate, Luisa, y piensa si nuestra separación es posible.

LUISA (*Con resolución.*) Es inevitable.

CESAR (*Rápido.*) ¿Porque ellos lo desean?

LUISA (*Enérgica.*) Porque yo lo quiero.

CESAR (*Exaltado.*) ¿Y pretendes que al verte marchar no te siga?

LUISA (*Enérgica y fría.*) Te lo exijo.

CESAR (*Suplicante.*) No, Luisa de mi alma; olvida sus ruegos y atiende los míos.

LUISA (*Con frialdad.*) Los tuyos serán vanos... (*Sin poder disimular su emoción.*) Y con ellos no logras más que atormentarme.

CESAR (*Exaltado.*) Mira que siento fuego en la cabeza, que arde mi cerebro, que mi razón se borra... ¡No me contradigas, no me desesperes!

LUISA ¿Esto es amor ó soberbia tiranía?

CESAR Será... lo que tú quieras. Ya no suplico; no busco razones para convencerte. Dí lo que quieres, haz lo que te plazca; pero piensa que yo contigo, que no me aparto de tí.

LUISA (*Con orgullo.*) ¿Eres loco? Si tratas de imponerme tu voluntad, no has de lograrlo.

CESAR (*Abatido por la sacudida nerviosa que acaba de sufrir.*) ¡Luisa!... ¿Cuántas veces me juraste amor, pasión eterna! ¡Cuántas veces habrás mentido! Y yo te creí siempre... (*Contemplando fijamente á Luisa.*) ¿Cómo dudar de aquellas palabras, si las pronunciaron esos labios, si las dieron calor esos ojos?... ¡Es horrible pensar que así se puedan fingir la dulzura y el cariño!

LUISA (*Sincera y compadecida*). Yo no fingía, yo no te engañaba. ¡Te lo juro!

CESAR No lo jures, porque voy á creerte; porque dudaré de mi razón para no seguir dudando de tí, cuando todo es falso... y nunca me amaste.

LUISA (*Vivamente.*) ¡Oh, sí; con toda mi alma!

CÉSAR ¿Pues por qué me mata tu desvío? ¿Quién tuvo fuerza bastante para torcer tu corazón? ¿Ellos?

LUISA ¡No pronuncies su nombre!

CÉSAR Mil veces lo repetiré para maldecirlo, para pisotearlo... ¡Ellos! También dicen que me quieren; y también me asesinan... ¡Vuestros cariños sólo tienen puñales para mí!

LUISA ¡No lo creas! Tu intemperanc
berbia, tu orgullo... son los puñales que
á cada hora. (*Momentos de silencio.*)

CÉSAR La última palabra, la última pregunta: ¿me amas todavía?

LUISA Sí.

CÉSAR ¿Estás dispuesta á satisfacerme?

LUISA No.

CÉSAR (*Dejándose arrebatar de nuevo por su desesperación.*) Sabes cuánto sufro, y no me consuelas y me amas... ¡Mentira! ¡Necio de mí, que no supe adivinar en tus vacilaciones, en tus temores, el deseo que á separarte de mí te obliga! ¡Necio yo, que debí comprenderlo antes de que me lo dijeras claramente! Pero yo no sufro la indiferencia ni el desprecio; no se arrancan de mi corazón mis más preciadas ilusiones; no se juega con mi porvenir y con mi vida impunemente, ¡no! Jamás renunciaré á tu amor; no quiero perder el tesoro de tus encantos. Te seguiré constantemente á donde vayas, seré tu sombra... y habrás de matarme si no quieres verme. ¡Mi venganza será más terrible todavía! Tú tienes un esposo, un hombre sin dignidad y sin vergüenza que consiente tus maldades; pero que, como tú, odiará el escándalo. Pues bien; yo veré á ese hombre, riéndome de su deshonra y de tu castigo; y mi ruidosa carcajada, resonando en todas partes, será repetida por mil ecos, pues no faltará mil bocas que anhelen reirse de vos-

otros. ¡Luisa! ¡Yo te amaba tanto!... ¡Eres una infame!... (*Abatido por su exaltación, se deja caer sobre una silla, apretándose los puños sobre la frente. Luisa se acerca á él, dolorida y humillada.*)

LUISA (*Llorando.*) ¡Dios mío, qué injusticia!

CÉSAR (*Divagando.*) Todas las ilusiones de mi vida se cifraban en ella... ¡y así me paga! Yo te conocí antes de verte, y te amé sin saber que existías. En las horas de insomnio y de locura, tu imágen, reflejada en los cristales de aquellas ventanas, (*Refiérese á las del caserón.*) vino á turbar mis dichas más tranquilas. Eras el espíritu tentador que aguijoneaba mi soberbia, haciéndome despreciar esta casa (*La de D. Enrique.*) llena de luz y de vida, para fijarme en el obscuro y desierto caserón, que me representaba otro mundo y otros placeres con afán deseados; algo irresistible que atrae y deslumbra, que arrebata y ciega... Aquí, todo me parecía monótono, sencillo, trivial; y deseaba entrar en la lucha más terrible de la existencia, y ambicioné honores y gloria... queriendo escalar esa región, para mí desconocida, donde se
la fiebre y se goza con delirio... Tú cor
carrera, saliéndome al encuentro; me hic
tir lo que yo deseaba, lo que fueron mis l

siones... ¡Y ahora sufro y rabio y me desespero!... ¡Y comprendo que la fortuna castiga nuestros delirios malditos, realizándolos alguna vez!

LUISA (*Dulcemente.*) Pero me perdonas y me olvidas.

CESAR (*Levantándose con tan grande exaltación que parece rematada locura.*) ¡No, no! Es una insensatez, una fascinación; pero me arrastra y no quiero resistirla... Maldíceme, ódiame, despréciame... No renuncio á mi obra.

LUISA Eres capaz...

CESAR (*Vivamente.*) ¡De todo! Y tu resistencia sería inútil, porque lo que no se hace de voluntad, se hace... á la fuerza... ¡Vamos! (*Con la mano derecha la coge por una muñeca, y con la izquierda señala hacia el caserón. Luisa se resiste á seguirle.*)

LUISA ¡Me oprimes brutalmente!

CÉSAR Así oprimiría tu garganta, si tu agonía bastase para calmar mi tormento, mi agudo tormento, que pronto te librará de mí. ¡Vamos!

SA Aguarda, que aún tengo contra tu ce- d una justificación poderosa. Quiero que leas papel. (*Con la mano que tiene libre busca el llo.*)

AR Hay fuego en mis ojos. ¡Sería imposi-

ble! *(Continúa él forcejeando para llevarla y ella para no seguirle.)*

LUISA Escúchame, pues, y avergüénzate de tu despotismo abominable.

CÉSAR Nada quiero escuchar, nada quiero saber.

LUISA Por Dios te lo ruego, escucha.

CESAR ¡No, no, no!

Siguen los dos obstinados, cada cual en su empeño. D. ENRIQUE sale precipitadamente del cenador, coge con sus dos manos la derecha de CÉSAR, obligándole á soltar á LUISA, y luego le rechaza. CÉSAR da tres ó cuatro pasos hacia atrás. D. ENRIQUE coge una mano á LUISA, interponiéndose entre ella y CÉSAR. Los dos hombres se miran fijamente, irritados, amenazadores.

ENRIQUE Suelta, suelta, ¡miserable! ó todas tus insensateces no bastarán para librarte de mi castigo. Insultas á una mujer, y con violencia le impones tu voluntad... ¿Qué es esto? ¿Somos hombres ó fieras? ¿Caballeros ó asesinos? Si tu razón ha cegado, estos puños te harán ver mis razones. De tus fuerzas abusas y con las mías vengo. Si das un paso hacia ella, te rompo el bautismo. *(Don Enrique, erguido frente á César, está dispuesto á hacer lo que dice, César comprende su inferioridad, su flaqueza, y muestra desaliento.)* Ya ves cómo no faltan poderosos obstáculos que te contengan; ya ves cómo ese torrente de ilusiones que

en tu cerebro se desborda, traído á la realidad, encuentra límites bien estrechos. (*Momentos de silencio y angustia.*) Con afán te persigo; rompo tus alas cuando arrancas el vuelo; te arrebato la dicha que tus brazos oprimen (*Irónicamente.*) y á todo me guía un bárbaro egoísmo, una tenacidad indomable y una soberbia mayor que la tuya. ¿Verdad que así me imaginas, así me aprecias y así me juzgas ahora que te revuelves furioso entre tus odios, sin un rayo de luz en la inteligencia, sin un honrado sentimiento en el corazón? ¡Pero ignoras cuán grande es tu delirio, cuán torpe es tu engaño! Como ligera chispa enciende una hoguera, reduciendo duros leños á escasas cenizas, puede una palabra mía levantar en tí el remordimiento que consuma tus errores y los convierta en llanto. (*Don Enrique se acerca más á César y sigue hablando en tono reposado y voz sofocada.*) Hubo siempre mujeres provocativas y hombres apasionados, y tu ejemplo me trae á la memoria el recuerdo de un hombre como tú, que amó á una mujer como ella. (*Luisa.*) Hace ya... mucho tiempo. Un ambi- político huía de los furores revolucionarios. ado de marinero llegó á Lóndres, y su mu- dó en España. La mujer era coqueta y her- acercó á ella un joven soñador... Tú, que

lo has sentido, puedes imaginar hasta qué punto llegarían su locura y su abandono... Pasaron los días y los meses y un año al fin... El marido regresaba, y era necesario despertar de aquel sueño, volver á la realidad y esconder la prueba viviente de aquellas relaciones. Un amigo del amante recogió una niña, con pañales aún, hermosa y sonriente; la madre, recobrando los goces del mundo que adoraba, olvidóse de todo; y el padre trabajaba con afán para ofrecer á su hija una fortuna, ya que no podía ofrecerle un nombre sin mancha. Mira la mujer: es aquélla. *(Señalando á Luisa, que á poca distancia de ellos llora.)* El amante murió; yo era el amigo... Y la niña... ¡esa desdichada que te adora! *(Enjúgase dos lágrimas que no ha sabido contener.)* Mi deseo fué honrado. Quise que la madre y la hija se conocieran y se amaran ignorando el secreto de su vida... Pero los resabios de la baronesa y tus delirantes ilusiones, estorbaron mis propósitos... Ahora júzgame, y piensa en vuestra iniquidad... ¡y avergüénzate!

D. Enrique se aparta de César. Este, lloroso y aba.. soberbio al verse rodeado de obstáculos infranque sienta, abandonado á su destino más fuerte que él. l acerca, esperando sin duda de su amante alguna pal perdón ó de consuelo. César la mira con rabia y d

CÉSAR ¡Gabriela es tu hija! ¡Tu riva!

loca! Vete; pronto... Y procura que no volvamos á encontrarnos. ¡Vete!

LUISA (*Separándose de César.*) ¡Cruel!

ENRIQUE (*Acercándose á ella, compadecido de su inmenso dolor y de su triste humillación.*) Espere usted, señora. Su llanto me manifiesta un deseo que no se atreve usted á expresar con palabras... porque usted no llora la pasión que ahora pierde, sino aquel amor que despreció hace muchos años. Llore usted, señora; quizá estas lágrimas no basten para redimirla, pero llegan al fondo del alma. Quiero que dé usted un beso á Gabriela.

LUISA (*Radiante de gozo.*) ¡Oh! ¡Gracias, gracias!

D. ENRIQUE sube á la galería y vuelve trayendo de la mano á GABRIELA, llegando con ella hasta el centro del escenario, donde está LUISA. MERCEDES baja detrás de ellos y queda al pie de la escalera, llorando. CÉSAR permanece sentado, inmóvil, con la cabeza hundida entre los hombros.

ENRIQUE (*A Gabriela.*) La señora baronesa quiere despedirse de tí. Dale un abrazo. (*Luisa y Gabriela se arrojan una en brazos de otra y se b[illegible] n pasión.*)

[illegible]RIELA (*Llorando.*) ¡Quizá nunca nos vol[illegible]os á ver!

[illegible]A (*Tristemente.*) ¡Nunca!

Sepárase de GABRIELA y tiende la mano á D. ENRIQUE. La emoción no le permite hablar. D. ENRIQUE, comprendiendo el desconsuelo de LUISA, le otrece el brazo para acompañarla Ella rechaza este movimiento, le toma la mano, que aprieta convulsivamente, y pronuncia entre sollozos las últimas palabras.

LUISA No; déjeme usted ir sola.

GABRIELA ¡Sola, con ese tormento en el alma!

Vase LUISA por la derecha último término. GABRIELA abraza á su padre. Momentos de silencio. Luego CÉSAR se levanta, apoyándose en el respaldo de la silla con una mano.

CÉSAR Y yo mañana, con bien distinto rumbo, porque no tendría valor para sufrir humillaciones ni me considero digno de vivir en el seno de una familia honrada. Será una nueva muestra de mi orgullo indomable; pero me falta decisión para quitarme la vida, y voy á buscar la muerte muy lejos de aquí... en América, donde nadie me vea, donde nadie me consuele, donde acabe mis malditas horas como un desesperado. (*Vuelve á sentarse, abatido.*)

GABRIELA (*Alucinada.*) Padre, ¿qué dice? ¿Que quiere morir? ¡Ingrato!

Después de pronunciar con angustia estas palabras, mira á D. ENRIQUE y á MERCEDES, que no se mueven, como si estuvieran petrificados; luego á CÉSAR, que permanece en la misma posición que antes, sin alzar la vista del suelo.

GABRIELA Pero ¿qué ha de hacer, si todos le abandonan? (*Corre hacia César, le toma la cabeza*

con las dos manos, y le da un beso en la frente.) ¡César! ¡Vida mía!

D. ENRIQUE se acerca á MERCEDES. CESAR siente una conmoción como si hubiera recibido sobre su piel una lluvia de fuego.

CÉSAR ¡Gabriela! ¿Qué has hecho? ¡Soy indigno de tí!

GABRIELA (*Con entusiasmo.*) ¡No, no lo creas!

Arrodillase á los pies de CÉSAR, le toma una mano, se la acaricia y le mira sonriendo. MERCEDES y D. ENRIQUE contemplan extasiados aquel cuadro de amor.

ENRIQUE (*A Mercedes.*) Tranquilízate, nada temas. ¿Lo ves? Ella le salvará. ¡Pobre criatura! ¡Si supiera quién ha sido su madre!

AQUI TERMINA LA TERCERA JORNADA Y DA FIN LA SEÑORA BARONESA

ÍNDICE

—

Dedicatoria..... pág. 5
Prólogo..... pág. 7

LOS VENCIDOS: Comedia moderna.

Lugar de la escena de los actos 1.° y 2.°..... pág. 29
Lugar de la escena del acto 3.°..... pág. 30
Observaciones..... pág. 31
Personajes..... pág. 32
Acto primero..... pág. 33
Acto segundo..... pág. 79
Acto tercero..... pág. 143

LA SEÑORA BARONESA: Acción dramática en tres jornadas.

Personajes que figuran en ella..... pág. 197
Escenario..... pág. 199
Jornada primera..... pág. 201
Jornada segunda..... pág. 239
Jornada tercera..... pág. 275

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS.

La Montálvez.—Estudio crítico.
Historias crueles.—Novelas cortas.
Dramaturgia castellana.—Estudio sintético (*).
La señora baronesa.—Comedia social.
Los vencidos.—Comedia moderna.
Los senyors de paper.—Drama catalán (colaboración Pompeyo Gener).
Libritos, librotes y librajos.—Libelo pedagógico.
En defensa propia.—Libelo.
La Linterna.—Libelo periódico.
Desde la platea.—Divagaciones y críticas.

EN PRENSA

Palabras y plumas (**).
El casino y la taberna.
Los placeres de la juventud.
Camino tortuoso.
Novelas infantiles.
Historias crueles (nueva edición).

(*) Sáenz de Jubera, editor.
(**) López Bernagosi, editor.

IMPRENTA ROJAS, MOSTENSES, 24.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.